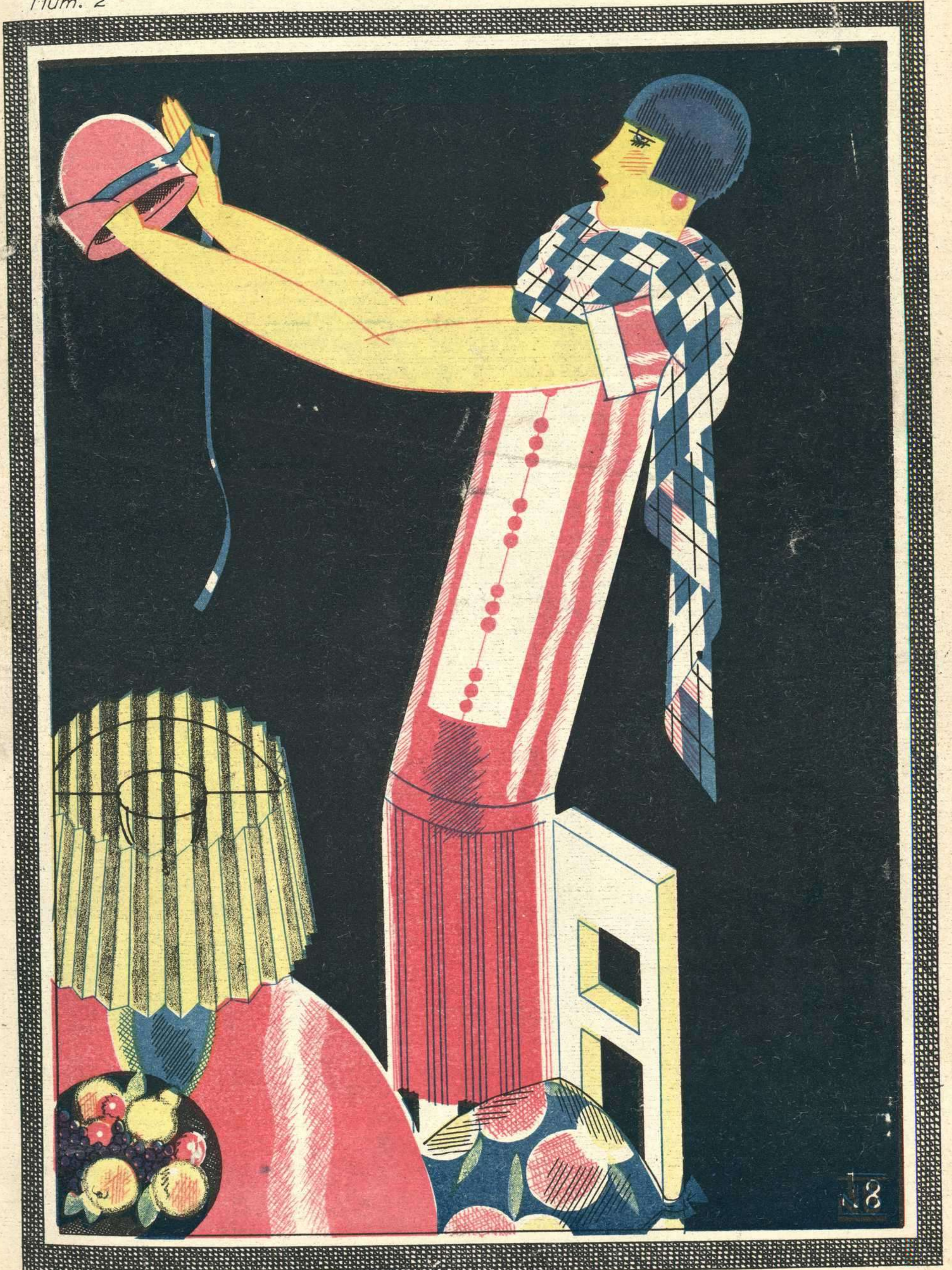


MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 2

50 Céntr.



Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un *ruogo razonado* al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene *más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.*

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza *no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero.* Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

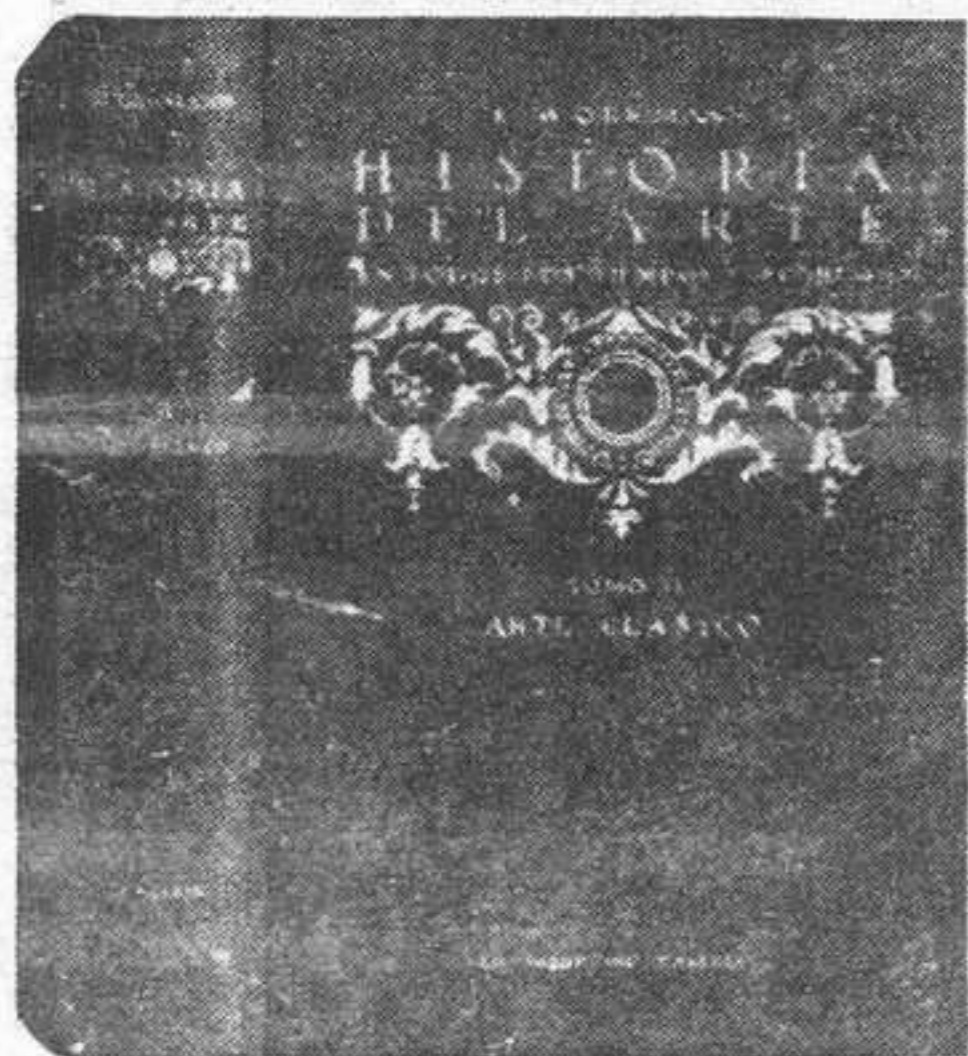
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son *el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo.* Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección *única* también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. **En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.**

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al *Arte rupestre en España*, o el que en el tomo II se ocupa de la *Arquitectura romano-española*, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre *todos* hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra *tres distintas encuadernaciones*, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que *cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.*

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO



Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN

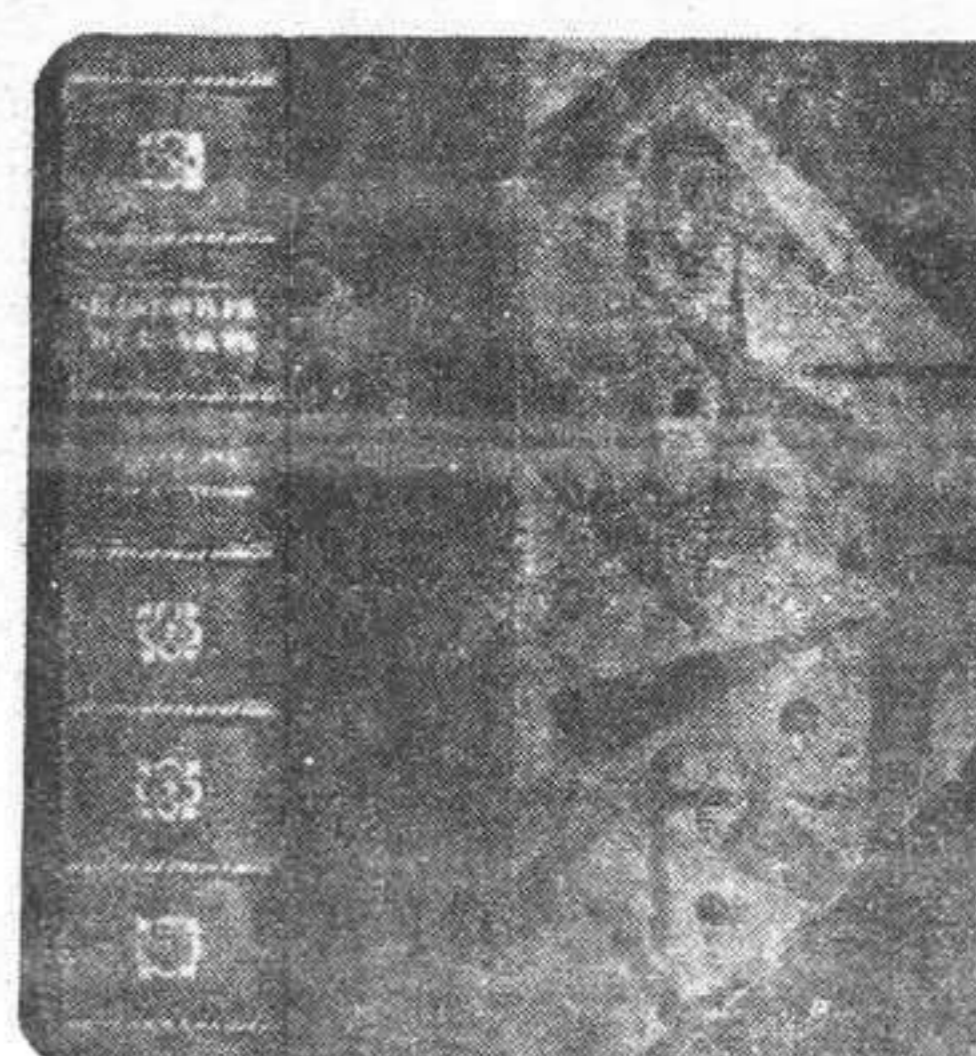


Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor *Historia del Arte* y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO



La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS

NOVEDADES HIGIÉNICAS

PARA SEÑORA

FAJAS, CORSÉS, SOSTENEDORES,

todo de caucho marca

“MADAME X”

SERVILLETA HIGIÉNICA ABSORVENTE,
PROTECTOR Y CINTURILLA DE CAUCHO

(uso mensual)

“MADAME X”

DUCHA VAGINAL “Madame X”

y todos los artículos de señora, maternidad y puericultura, podrá adquirirlos en los siguientes establecimientos “Madame X”, servidos por señoritas:

MADRID

Travesía del Arenal, 2
(Mayor, cerca Puerta del Sol.)

BARCELONA

Paseo de Gracia, 127.

SEVILLA

San Isidoro, 1, entresuelo
(esquina Francos, 21.)

SAN SEBASTIÁN

Garibay, 22.

La correspondencia dirigirla a

“MADAME X”, Travesía del Arenal, 2, MADRID



¿LE GUSTAN A USTED MIS OJOS?

Uso la célebre pasta

NORTEAMERICANA, núm. 55.

para embellecer las pestañas.

Nada mejor para embellecer los ojos y dar realce y brillo a la mirada. En forma de pasta muy fluida, su aplicación es fácil y cómoda, no irrita ni pica a los ojos, no ennegrece el lagrimal, no destiñe al frotarse o al reír, no forma grumos.

Riza, ennegrece y alarga las pestañas.

Frasco, ptas. 3,50 en las droguerías.

DEPOSITARIO:

JOSÉ CINTO. — RUIZ, 18. MADRID

VELLO

DESAPARECE
INMEDIATAMENTE
CON EL

DEPILATORIO GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

ESTUCHE, 6 PESETAS

EN DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS

CONCESIONARIO: P. Suñer-Sicilia, 29. Barcelona.

“PRESA”

LA CASA DE LOS SOSTENES

GRAN CORSETERÍA

FUENCARRAL, 72. :: Teléfono M. 48-00

MADRID

Fuera canas



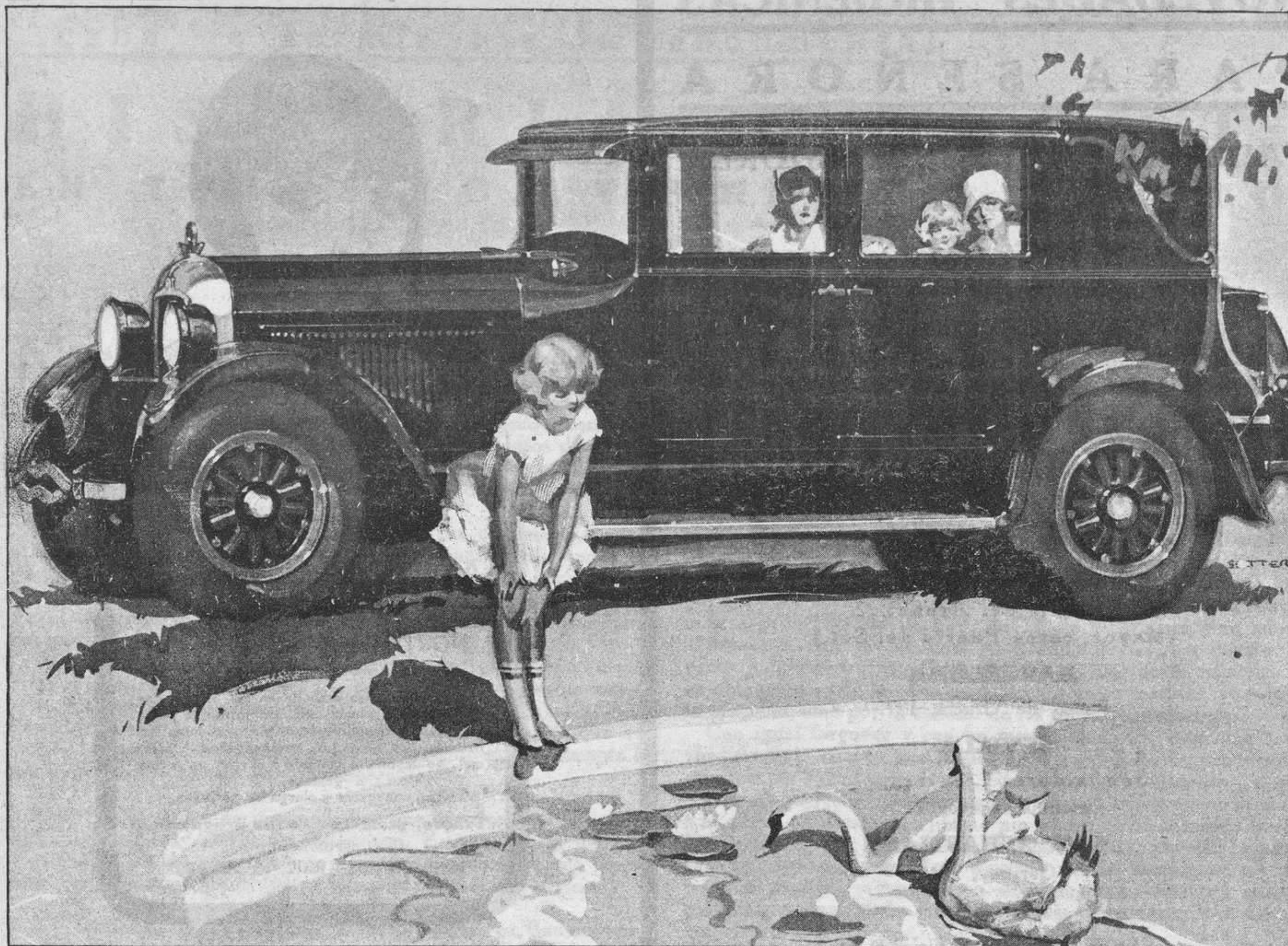
Sin teñirlas
ni arrancarlas

Brillantina

India

(Sin grasa)
Gran invento

Producto antiséptico completamente higiénico, compuesto de raíces indias aromáticas. Único que SIN TEÑIR, y por consiguiente sin manchar ni perjudicar nada en absoluto, devuelve en pocos días a las canas su color primitivo o hace que no salgan si se empieza a usar antes de tenerlas. Por el nuevo procedimiento de proporcionar al cabello el jugo necesario, fortificando su raíz, evitando su caída y devolviéndole el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder su color y fuerza. Este producto ha sido premiado con medalla de oro y diploma de mérito en el Congreso de Higiene, por haber comprobado que es absolutamente inofensivo y de inmejorables resultados. Exíjase en la etiqueta la figura de la india, marca registrada. Precio en España, 5 pesetas frasco. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor, José Barreira, calle Muñoz Torrero, 6, Madrid, y principales almacenes.



STUDEBAKER

**AUTOMÓVILES DE 6 CILINDROS
DE LA MÁS ALTA CALIDAD**

Modelos 1925
STANDARD-SIX, 27 HP
SPECIAL-SIX, 29 HP
BIG-SIX, 36 HP

*Equipados con carrocerías
 Duplex-Faetón, Sedan, Roadster, Cupé,
 Victoria, Berlina, Coach y Brougham.*

Representación General para España
STEVENSON, ROMAGOSA y C^{ia}
VALENCIA, 295. BARCELONA

Agencia Región Centro

J. A. DE LANDALUCE
MARQUES DEL RISCAL, 7. MADRID

Agencia Región Sur
VICENTE DE LA ACENA. SEVILLA

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. II

Miércoles 2 Septiembre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.



María
San Miguel

En la belleza de la hija de los marqueses de Cayo del Rey, en su distinción refinada, en la simpatía inefablemente sencilla de su trato, en cada uno de sus ademanes, cuya gracia risueña siempre parece matizada por una vaga melancolía, la cualidad predominante es la dulzura.

Y esta dulzura, que en algunas mujeres es ñoñez, en María Rosa San Miguel es la manifestación de una inteligencia comprensiva y serena, y forma el más atractivo de los contrastes con las dotes de valentía, arrojo e intrepidez de esta muchacha, alma de acero en un cuerpo de muñeca grácil y sonrosada.

Y en su cara, el brillo de sus ojos de terciopelo, el frescor de sus labios, los delicados colores de sus mejillas, son debidos al mejor de los perfumistas: el aire libre.

—Ya sé—le digo—que practica usted todos los deportes; ¿cuál es el que prefiere?

—La caza —contestó sin vacilar.

—¿Y no le da a usted un poquito de pena de sus víctimas?

—¡Ninguna! —exclama riendo—. Se conoce que el primer tiro me endureció el corazón para siempre.

—¿A qué género de caza se dedica principalmente?



—A todos; últimamente, en «La Almoraima», la magnífica finca de los duques de Medinaceli, cobré yo sola cinco piezas. Quizá sea el jabalí la más interesante de las presas... Y mi ilusión es irme a la India a cazar tigres.

—¿Tampoco le da miedo?

—Tampoco; a quien les da es a mis padres, que no me dejan.

«Pero como mi hermano se acaba de casar, y él y su mujer com-



parten mis aficiones, no desespero de convencerlos para que nos marchemos algún día los tres.

Es tan decidido su acento, que no dudo, que algún día, este mismo diván en el que estoy sentada durante nuestra conversación se verá cubierto por una hermosa piel de tigre de Bengala, muerto por la escopeta de esta fina muñequita de «biscuit».

—¿Cuáles son sus ocupaciones en Madrid?

—Me levanto a las ocho, salvo, claro está, cuando voy a alguna fiesta y me acuesto a las cuatro o las cinco de la mañana. Lo primero que hago después de desayunar es despachar mi correspondencia; ¡tengo siempre una de cartas que escribir! Luego salgo a visitar a mis pobres...

(Aunque tan ligeramente se refiera a este tema de la beneficencia, sé cuán importante lugar ocupa en su vida.)

—... luego vuelvo a casa, y después del almuerzo, me marcho a jugar al *tennis* o al *golf* toda la tarde.

—¿No le quedará tiempo para leer?

—Poco, y, sin embargo, me gusta con delirio la lectura.

—¿Sus autores predilectos?

—Hutchinson; en general me gustan mucho los novelistas ingleses; en cuanto a los franceses, los admiro mucho, reconozco que escriben muy bien, pero me resultan algo monótonos; tengo la impresión de que se parecen todos entre sí.

—¿Y de los españoles?

—Los clásicos y D. Juan Valera; de hoy, me encanta Blasco Ibáñez.

Añade con viveza:

—Me refiero, naturalmente, a algunas novelas tuyas nada más.

—¿Va usted mucho al teatro?

—Aquí, poco; esta última temporada casi no ha habido nada digno de verse, como no sea *El juramento de la Primorosa*; en cambio, en Londres voy mucho; las artistas de allí ¡son tan finas, tan bonitas todas!

—La veo a usted muy entusiasta de Inglaterra.

—Sí, el carácter inglés es el que prefiero, y esto es natural; fíjese que para nosotras, Inglaterra viene a ser una segunda patria, acostumbradas como estamos desde chiquititas a tener institutrices inglesas.

La inalterable afabilidad de mi bella interlocutora me

anima a hacerle la pregunta que no ha de faltar en ninguna de estas entrevistas:

—Si tuviera que ganarse la vida ¿qué profesión escogería?

—Esto mismo me lo he preguntado yo infinidad de veces —exclama ella— y he llegado a la conclusión de que pondría un taller de labores.

—¿Quiere decir que se haría modista o costurera?

—Eso, no —protesta—. Coser y cortar me aburren igualmente. Lo que me encanta son las labores.

—¿Y usted cree que eso da para vivir decorosamente?

—Aisladamente, no; pero yo pondría un gran taller en que se hiciese y se enseñase a hacer toda clase de labores de aguja, malla y bolillos. Le advierto a usted —añade con graciosa vanidad— que soy muy ducha en el oficio.



Y, para convencerme, sale corriendo y vuelve a poco trayendo unas soberbias estolas guarnecidas con malla bordada, delicadísimos bordados de aguja e incrustaciones de punto de Venecia.

No cabe duda: la intrépida cazadora de tigres es la más primorosa de las obreras manuales.

Al despedirme, María Rosa San Miguel me dice con la adorable cordialidad que la caracteriza:

—Pase usted por aquí; así verá un poco «la casa».

«La casa» de los marqueses de Cayo del Rey es, en realidad, un palacio, en que la suntuosidad rivaliza con el buen gusto y el «confort».

Salones... tapices de Gobelinos... alfombras mullidas... retratos de familia... cuadros, muchos cuadros... y salones... más salones...

Mi encantadora cicerone me acompaña con su paso ligero, alado, y ora abre un balcón, ora baja una persiana, para tamizar convenientemente la luz.

—¿Esta dama que parece una miniatura ampliada?

—Es la abuela de mi padre... Ese militar es el duque de San Miguel... Esa señora es mi tía, con un disfraz «Triánón»... Ese es de la familia de mi madre... Olavide... un amigo íntimo de Voltaire que compartió su prisión...

Y añade con un mohín de odio pueril:

—Tiene la misma cara de malo que su amigo.

Por último, María Rosa se detiene ante un retrato de Béjar que representa una señora de sorprendente belleza, vestida con tan altiva elegancia, que, con sus galas modernas, parece una dama de la corte del Rey Sol; y con indecible acento de ternura, al que se mezcla por la primera vez en nuestra larga entrevista una vibración de orgullo, dice:

—Mi madre...





MONINA

NOVELA

POR

GYP

(Continuación.)

—¡Usted no sabe!... Déjeme hacer a mí, ¿quiere usted? Era tan alto, que la joven para llegar al ojal de la solapa, tuvo que empujarse sobre las puntas de los pies. Colocó entonces la flor lentamente, con mucho cuidado. Y cuando hubo acabado, afirmó, amable y gozosa, sacudiendo el revés reluciente de la pobre chaqueta, ya sin forma ni color:

—¡Así, así!... ¡Muy bonito!

Brillantes de ternura los ojos, la marquesa la contemplaba. Y dijo a Bertrada, que también parecía admirar a Monina:

—¿Eh?... ¡Qué adorable es!

La señora de Rueille miró al joven auxiliar, que, muy pálido, seguía aún plantado en medio del salón, y respondió con tristeza:

—¡Pobre muchacho!

—¿Otra vez?... Decididamente te interesa mucho el señor Giraud...

—¡Mucho!... Me gustan las personas delicadas y las tristes... ¡A mí, que soy alegre!

—¡Oh...; alegre!... ¡Según como se tome! Decías hace un momento que Juan ciego... en apariencia. Pues bien, tampoco tú eres alegre cuando alguien te mira...

Sin responder, la joven señaló a Monina.

—¡Esa sí que es alegre de verdad!... ¿No es cierto, abuela?

—Monina, después de haber repartido flores entre los niños, decía al abate Courteil:

—A usted también quiero engalanarle, señor abate. Tome... Y dígame que no es bonita esta rosa... ¡Ah, como bonita, sí que lo es!

Y le ofrecía una rosa enorme, reventona y maciza, que parecía una col.

El abate se levantó sin soltar la bolsa de la lotería, y retrocediendo azorado balbuceaba:

—Señorita, esta flor es soberbia. Pero es el caso... que no sé dónde ponerla... Los ojales de mi sotana son muy chiquititos... y el tallo no podrá entrar... Muy agradecido, señorita..., muy agradecido..., pero no tengo sitio donde...

Riendo, contestó la joven:

—En el cinturón tiene usted sitio, señor abate..., ¡ahí!... ¡Eso es!... Cualquiera diría que se ha hecho para ella.

Y, sin acercarse, plantó el rabo de la flor entre el cinturón y la sotana del abate, que le daba las gracias, saludando torpemente.

—Muy agradecido a sus bondades, señorita... muy agradecido... mucho, mucho.

La rosa, a cada movimiento, cabeceaba en el cinturón, demasiado flojo, moviéndose graciosamente con saltitos ridículos y destacándose de la sotana, enroscada al medrado cuerpo del abate.

Después de haber engalanado a todo el mundo, Monina declaró:

—Ahora voy a ocuparme de mis canastillas.

—¿Dónde? —preguntó el señor de Rueille.

—Pues en el comedor, en el salón, en el vestíbulo, aquí, en todas partes.

Dijeron varias voces: —¡Vamos a ayudarla!

—¡Ah, no!... En vez de ayudarme me estorbarían mucho.

Y cogiendo su canastilla, salió alegre y rosada, en el revuelo de sus faldas, rosa también como toda ella. Y al desaparecer, un velo de tristeza invadió la estancia. Nadie hablaba ya. Sólo se oía el choque de las bolas y el golpeteo de los

números que el abate no cesaba de gritar, regularmente metódico en esto como en todo.

—Abuela —dijo por fin Enrique de Bracieux—, no debía usted permitir nunca a Monina que nos abandonase así... en Bracieux, sobre todo. En París aún puede pasar; pero aquí, en cuanto nos deja, estamos perdidos; es el rayo de luz que alegra toda la casa.

La marquesa se encogió de hombros.

—No digas tonterías. Te olvidas de que muy pronto Monina nos «abandonará» —como tú dices con tanta elegancia— de una manera definitiva.

—¡Cómo!... ¿Va a casarse?

—¡Vaya!... Así lo espero.

—¿Tiene usted alguno a la vista?

—No, en absoluto. Pero ese alguno puede presentarse de un momento a otro. No aquí, claro está. No hay aquí nada que pudiera convenir a Monina; pero es probable que en París este invierno...

Enrique de Bracieux, un buen mozo de veinticinco años, muy parecido a su hermana Bertrada, escuchaba serio y ceñudo. Falló una carambola fácil, y, al ver el asombro de su cuñado, exclamó:

—¡Uf, hace demasiado calor para jugar al billar!... Me voy a echar en la hamaca.

Su hermana le siguió con la vista y murmuró al oído de la marquesa:

—También éste.

La anciana replicó con cierta jovialidad:

—Pero, hija, Monina no puede casarse con toda la familia. Y callémonos, que viene ahí.

Y, en efecto, la fina silueta de la joven aparecía en la puerta que daba a la escalinata. Sin entrar, la joven preguntó:

—Abuela, ¿cuántas personas para la comida del jueves?

—¡Diantre!... No he echado la cuenta... Vienen los La Balue.

—Cuatro.

—Los Juzenocurt...

—Seis.

—El pequeño Barnés...

—Siete.

—La señora de Nezel...

—Ocho.

—¡Nada más!...

—Y diez de la casa, diez y ocho... Pudiéramos ser veinte.

—¿Quiere usted invitar a los Dubuisson, abuela? Me alegraría que viniese Juana.

—Tienes razón. Voy a escribirles.

—No hace falta. Tengo que ir de compras a Pont-sur-Loire; yo les invitaré.

—¡Cómo, niña mía! ¿Vas a la ciudad con este calor?

—No hay más remedio que ocuparse de la comida... Hoy es martes. Además, tengo que ver a la tía Rafut para que venga algunos días; no tengo ropa... Habrá carreras, bailes...

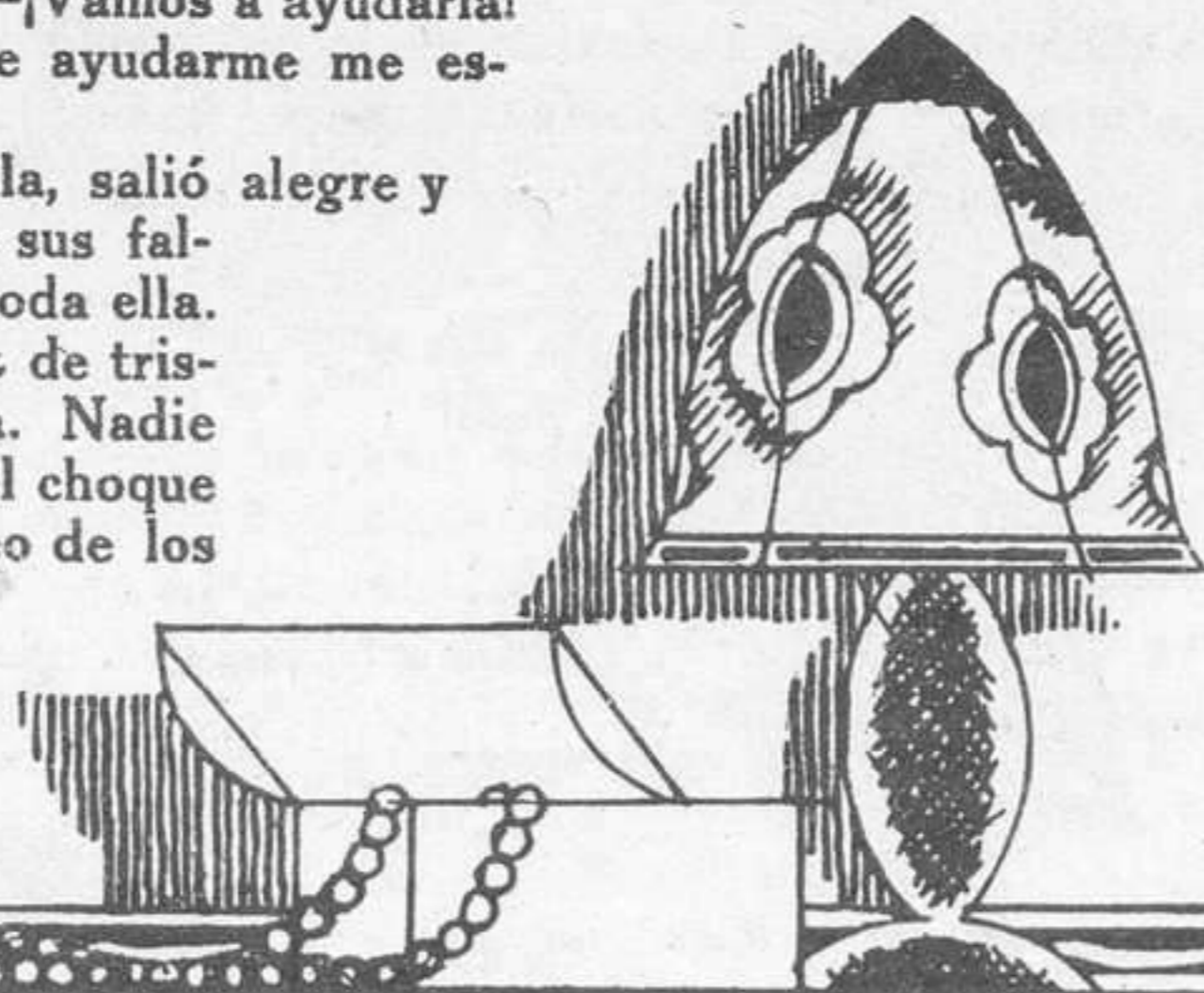
—¡Oh! —exclamó la marquesa, fastidiada—. ¿Vas a traernos otra vez a esa horrible vieja?...

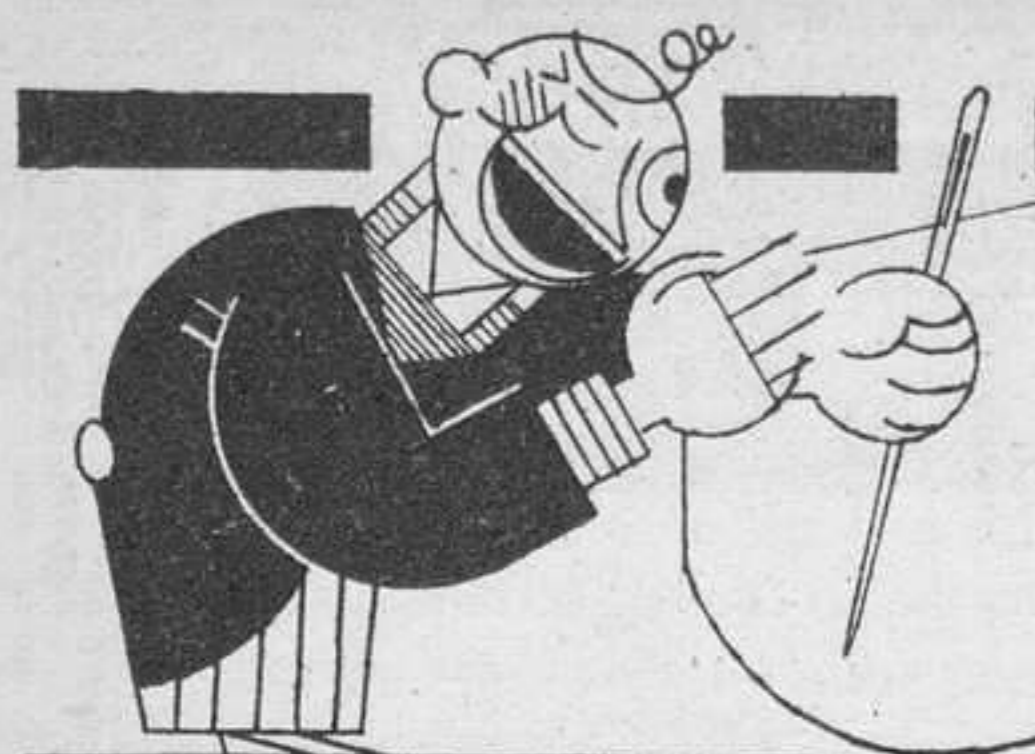
—¡Si es tan buena mujer! ¡Y trabaja muy bien!

—Es posible. ¡Pero hace muy mal efecto!

—¡Oh, abuela! Verdad que no es bonita. Es vieja y pobre, y la pobreza y la vejez no embellecen. Pero me arreglo muy bien con ella. Y la mujer, harta de que sus actrices le paguen mal o de ningún modo, se siente dichosa al verse aquí bien pagada, bien comida y bien tratada.

(Continuará en el número próximo.)





MODA HUMORISTICA

XOYO

EL PEINADO

En mi anterior artículo, hablando del calzado, dejaba a la mujer con los zapatos puestos. Me hubiera gustado dejarla enteramente calzada, o sea con medias; pero éstas son tan finas, tan finas, que apenas se puede hablar de ellas. Quizás hablemos de ellas más adelante.

Ya está la mujer calzada. ¿Qué le falta? El peinarse.

En cuanto se peine, se arregle la cara y se ponga el sombrero os dirá que *ya está*.

Y lo más curioso es que es verdad; no os hará esperar más de tres o cuatro minutos en endosarse el resto de la *toilette*.

Cuando Eva se encontró hecha una mujercita, advirtió que tenía el cabello muy largo.

—¡Caramba, cómo me ha crecido! —se dijo—. Voy a que me lo vea Adán.

Y se marchó en busca del que estaba loco buscando la planta de



tabaco, cosa que no había de descubrir hasta muchos siglos después.

En su marcha, encontró la mujer un río y en él se vió reflejada:

—No estoy mal; otras hay peores. Tengo un hermoso pelo.

Y con sus manos comenzó a hacerle tomar graciosas posturas en torno de su rostro.

—A ver así, con patilla redonda. ¿Y con flequillo? ¿Y todo sujeto en lo más alto?...

La mujer tenía ya el instinto del peinado.

Cuando llegó ante Adán, dejó el pelo completamente suelto sobre su espalda.

El primer hombre era un ser ordenado.

—¡Atiza, Eva! —dijo al verla—. Y sin peinar. Esta mujer no es cuidadosa. Debe de tener una caverna hecha un asco.

Y le volvió la espalda.

Eva comprendió la causa de esa actitud, y desde aquel momento extremó su cuidado en el peinar.

Cuando hubo encontrado el que la favorecía, resueltamente se volvió a presentar ante la vista del que había de ser su compañero.

Adán la vió.

—Le va bien esa onda —pensó. Y también: —El caso es que esta rubia me gusta.

Desde aquel tiempo la mujer ha considerado el cabello como un auxiliar importantísimo de su belleza. De ahí el porqué las calvas están tan fastidiadas de serlo.

En lo que no han estado siempre de acuerdo ha sido en lo relativo a la longitud y distribución del pelo en la cabeza.

En la Edad Media se llevaron mucho las trenzas. Esta moda tiene su explicación. Mientras los esposos partían a las cruzadas, sus mujeres quedaban solas en el castillo, a veces sujetas a leyes severas que les vedaban toda distracción.

Las pobres no sabían leer; los

pajes eran más bien monótonos y no salían de la imagen de los *labios carmesí y la rosa del corazón*.

Los trovadores cantaban al pie del castillo, y como en medio había un foso, y la torre en que habitaban era tan alta, apenas se oía nada, a pesar de que el trovador gritase más de la medida.

¿Qué hacían, pues, las mujeres ociosas?

Pues se trenzaban el pelo; después se lo deshacían, y cuando estaba suelto se lo volvían a trenzar; esto les entretenía.

Más tarde, cuando la civilización había dado un gran paso, las mujeres idearon unos peinados complicadísimos, que precisaban para su confección un peluquero.

¿Con qué objeto? Los peluqueros se habían cuidado de adquirir fama de chismosos y cotilleros, ¡y cuál otra mejor para encantar a una mujer del XVIII!

Las señoras se enteraban de todo lo que ocurría en el mundo por su peluquero. Fueron los precursores de los diarios.

Siguió la historia y las mujeres se pusieron tirabuzones, y el moño alto, y bajo, de lado, y recto.

Hasta que un buen día se cortaron el pelo.

¡Hicieron bien, qué diablo! Por lo menos, se cambió algo; resultaba ya muy monótono el moñito.

Pero surgió la polémica. Esos señores agriados que nunca llegan a comprender que todo lo que hace la mujer joven para acicalar su belleza siempre está bien, protestaron.

—En mis tiempos, el pelo llegaba hasta la rodilla —decían.

Y se les contestó:

—Ahora, no.

Nos parece tan bien el pelo corto, como si mañana deciden llevarlo por los pies.

Ellas son las que tienen que fijar esto, y sus meditaciones ante el espejo han de dar un fruto más sabroso que el del señor que se limita a criticar.

Además, el cortarse el pelo ha sido obrar de acuerdo con la Naturaleza, y no contrariarla, como creen algunos.

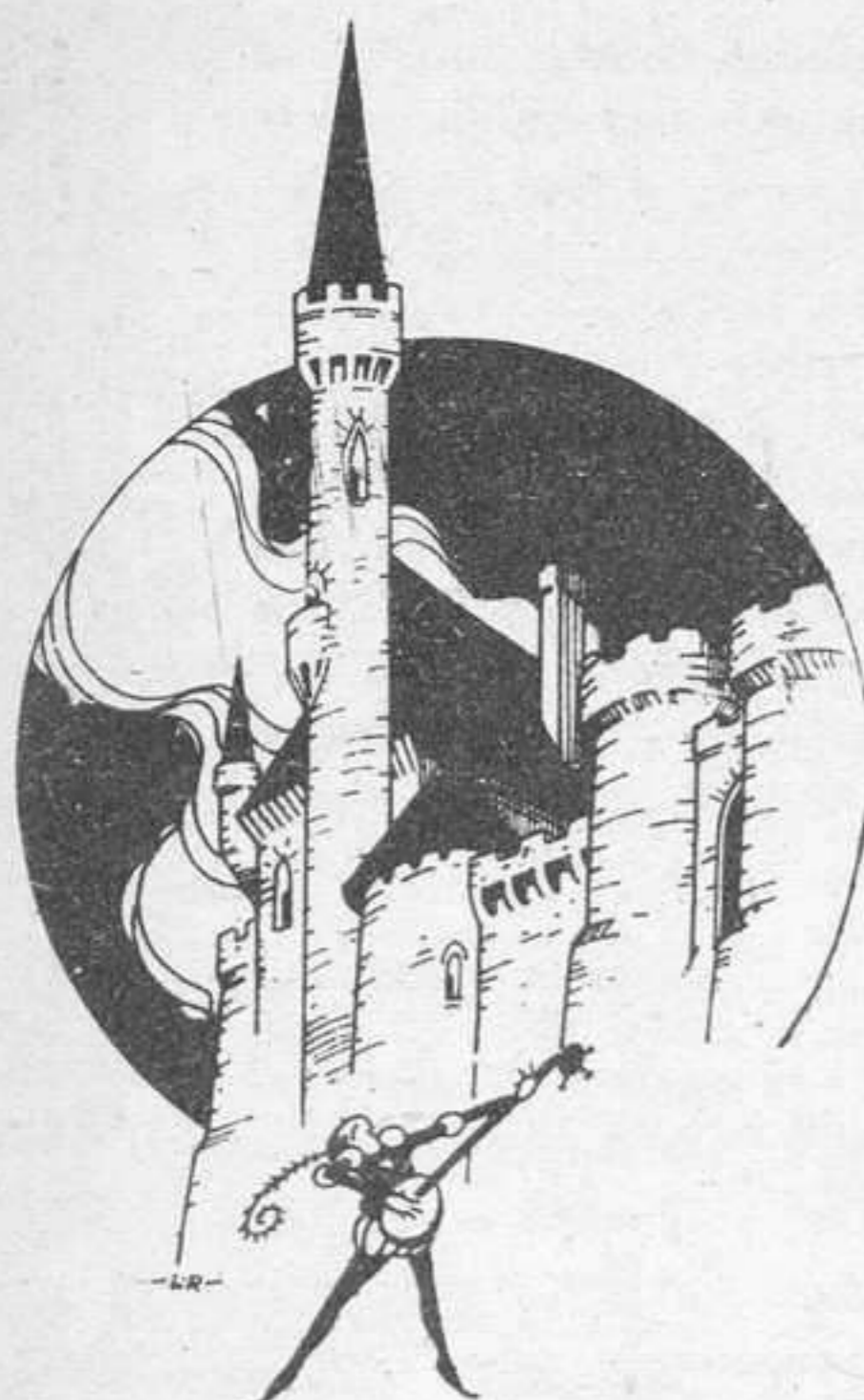
El cabello crece; si no se corta crece hasta un límite, y allí se para y no puede seguir el crecimiento; queda paralizada esa función.

Pues bien; las tijeras vienen en auxilio de la Naturaleza y cortan el pelo, que, encantado, empieza a crecer otra vez.

¿Está esto claro?

¡Pues, al pelo!

EDGAR NEVILLE.



La aventura de Mr. Butterfield

por A. HERING



Mr. John Butterfield marchaba por una carretera poco frecuentada de Bretaña, llevando de la mano la bicicleta con un neumático pinchado. Llovía a cántaros, y el ciclista llevaba media hora buscando inútilmente un refugio. De pronto, lanzó una exclamación de satisfacción, porque descubrió en el horizonte una casa de campo. Dejando la bicicleta junto a la puerta de la empalizada que rodeaba la finca, se internó en ésta y llamó. No le respondieron.

Empujó la puerta, pero estaba bien atrancada. Luego probó la persiana de una ventana que casi llegaba al suelo y tuvo mejor suerte; la persiana se abrió. Mr. Butterfield empujó la vidriera y continuó su buena suerte, porque la vidriera se abrió y pudo entrar en la casa.

Al entrar, miró en torno suyo y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, porque en vez de hallarse en alguna casita pobre de las que abundan en los campos de Bretaña, se encontró en un aposento que podía haber elegido por residencia un artista. Evidentemente los inquilinos se habían marchado sin acordarse de cerrar la persiana y la vidriera. ¡Qué suerte para un caminante calado por el aguacero! Allí pasaría el rato hasta que escampase.

Pero había dejado afuera la bicicleta. Atravesó el jardín, metió la máquina en la cocina y se mudó con la ropa seca que traía de repuesto. Luego encontró un poco de combustible, con el cual encendió la chimenea del saloncito y se sentó ante ella en una butaca de mimbre. En este momento llamaron a la puerta.

—¿Quién diablos será? —pensó—. Si fuese el dueño no llamaría. Debe de ser algún amigo; tal vez algún vecino. ¿Cómo le doy yo explicaciones?

Repitieron la llamada. Tenía que abrir la puerta en seguida, pues cuanto más se retrasara más difícil sería la explicación, y la abrió.

Los que llamaban eran un hombre y una mujer con traje de automovilistas. La señora llevaba un paraguas.

Los dos hombres se miraron un momento. El recién llegado saludó con el sombrero y dijo en correcto inglés:

—Nos tomamos la libertad de pedirle refugio.

—Si es usted tan bondadoso —añadió su compañera con encantador acento extranjero.

La petición no le hizo ninguna gracia a Mr. Butterfield. Había tomado posesión de la casa considerando que sus explicaciones serían bien recibidas en caso de regresar el dueño; pero el asunto se complicaría extraordinariamente si asumía la propiedad del lugar y recibía a los huéspedes.

—Pasen ustedes —dijo al fin Mr. Butterfield con muy poca hospitalidad en la voz.

Los recién llegados aceptaron la invitación con entusiasmo.

—Vienen ustedes calados —les dijo Butterfield cortésmente.

—No; sólo los pies. Traigo los zapatos empapados.

—¿Quizás tenga este señor algún calzado que prestarte! —apuntó el hombre.

Butterfield titubeó. Ignoraba no sólo si en la casa había calzado de señora, sino si había calzado, fuera de lo que fuera.

—Perdonen un momento —dijo—; voy a verlo.

Subió al piso de arriba y entró en la alcoba. En una de las camas había prendas de hombre. La cosa era inquietante. El propietario de tales prendas se había alejado temporalmente y podía volver en cualquier momento. Pero, de todos modos, había mucho calzado.

Butterfield bajó donde estaban sus huéspedes.

—Si tiene usted la bondad de subir —dijo a la señora—, encontrará lo que desea—, y comprendiendo que había que hacerse dueño de la situación, resueltamente continuó: —Siento que no esté en casa mi mujer. Todo está en desorden, y también ha salido la criada. Usted dispensará...

—No sé cómo agradecer tantas bondades —repuso la señora—. No tiene por qué disculparse —y subió a ponerse unos zapatos secos.

El forastero se acercó a la chimenea.

—¡Oh!, esto es... ¿cómo diría?... patriarcal, sí, patriarcal —dijo frotándose las manos al calor—. Tienen ustedes una casa muy có-

moda. ¡Quién diría que podría encontrarse una casa como ésta en la árida costa bretona!

—No es más que regular —repuso Butterfield fingiendo modestia—. Lo que siento es estar solo en estos momentos. Voy a quitar la ropa que tengo puesta a secar y traeré una luz.

Volvió con cerillas y encendió el quinqué de encima de la mesa. El francés inspeccionó las paredes.

—¡Qué colección de obras, de tesoros, tiene usted aquí! —exclamó.— ¡Un retrato de Sarah Bernhardt... y dedicado, según veo!... ¡Y otro de Coquelin *ainé*! ¡Qué suerte, *monsieur*! ¿Son amigos de usted?

—Sí —respondió Butterfield juzgando que era inútil reparar en pequñeces.

Oyóse crujido de faldas y llegó la señora.

—Los zapatos de *madame* me sientan admirablemente —dijo—. ¡Cómo darle a usted bastantes gracias! ¡Oh, Antón! *quel joli salon!* —exclamó contemplando el aposento, cuyo aspecto ganaba indudablemente con la luz del quinqué, combinada con el resplandor de la chimenea—. ¿*Monsieur* toca? —añadió señalando al piano.

—No —dijo Butterfield.— Es mi mujer —explicó.

—¿Me permite? —preguntó el francés abriendo el piano, y, sentándose ante el instrumento, tocó con gran afinación el himno patriótico inglés *Rule Britannia*.

—Es un himno precioso, *monsieur* —dijo.

Después añadió:

—¿Será abusar de su hospitalidad si le pedimos un medrugo?

—Precisamente estaba pensando en invitarles a tomar algo —dijo Butterfield—, pero realmente no sé cómo anda la despensa. Está la casa desorganizada.

—*Allons* —dijo la señora—. *Madame* está ausente y también la madre de *monsieur*. *Monsieur* no sabe dónde están las provisiones, ni si tiene provisiones. Pues bien, *monsieur*, tómeme por su criada. Yo inspeccionaré la despensa. ¡Quietos! —añadió alzando una mano, porque los dos hombres se disponían a seguirla—. Esté aquí, *messieurs*. Yo me las arreglaré sola. Ya verán cómo me porto.

El francés la miró con aire de admiración.

—¿Verdad que es adorable? —dijo—. Dejémosle. Sacaré comida de una piedra. Pero debo hacer mi presentación. Soy el vizconde de Montpellier, y esa señora es mi esposa. Ibamos a Val André cuando nuestro automóvil sufrió una avería a un kilómetro de aquí en ese maldito camino.

Abrióse la puerta de la cocina y salió la vizcondesa con un mantel. Butterfield encendió la lámpara y la dama puso la mesa.

—La comida se servirá dentro de media hora, *messieurs* —dijo—. Tengan paciencia—. Y con hechicera sonrisa se volvió a la cocina.

—¿Qué vas a guisar? —preguntó el vizconde, siguiéndola.

La joven, porque era joven y bonita, dió media vuelta.

—Antón, no des un paso más; te lo prohibo —exclamó poniéndose en medio de la puerta. Sus ojos relucían, y como su esposo insistiese cogió un cuchillo y lo esgrimió.

El vizconde retrocedió alarmado y su mujer soltó una carcajada.

—No tengas miedo, Antón —dijo tirando el arma—. *Mon Dieu*. ¡Mi marido es un cobarde, *monsieur*! —exclamó desdeñosamente—. En la guerra de China huyó ante un mandarín y le expulsaron del ejército. Pero, a pesar de todo, ¡te quiero, Antón! ¡te quiero! —exclamó impulsivamente echándole los brazos al cuello y besándole. Luego, como si se sintiese avergonzada de aquella expansión, corrió a la cocina y la cerró de un portazo.

El vizconde se dejó caer en una silla y Butterfield conservó un silencio no exento de simpatía. ¿Por qué eran tan impulsivos aquellos franceses? ¿Qué satisfacción podía sacar la vizcondesa avergonzando a su marido ante un extranjero?

El vizconde habló al fin:

—Mi esposa ha abierto ante los ojos de usted una página de mi vida que por mi parte hubiera permanecido cerrada —dijo con amargura—. Pero así es. Está usted viendo en mí al último de los





Montpellier..., un expulsado del ejército, un exonerado de sus condecoraciones y de sus honores.

El vizconde se quedó algo triste al acabar de hablar. Evidentemente le había llegado a lo hondo esta referencia del pasado, porque permaneció silencioso contemplando la lumbre.

La vizcondesa entró con platos y cuchillos, y Butterfield se quedó admirado de la destreza con que arreglaba la mesa. Era una mujer maravillosamente hermosa y educada y, además, sabía perfectamente las cosas de su casa. ¡Qué lástima que estuviera casada con un cobarde!

Anunció los diferentes platos del menú y se marchó a la cocina. El vizconde seguía sumido en hondas cavilaciones.

—Si —dijo—, todos los hombres me vuelven la espalda, menos usted y mi *chauffeur*, y el pobre... tal vez se haya desnucado. ¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre y su residencia?

—John Butterfield, de Ossett, Yorkshire.

—John Butterfield Ossett —repitió el vizconde— Bonito nombre. ¿Pertenece usted a la antigua nobleza inglesa?

—No —respondió Mr. Butterfield.

—¡Ah, qué lástima! ¿Pero cómo ha venido usted a vivir a esta casita de Bretaña?

Butterfield meditó un momento.

—Es que... necesito aislamiento —dijo— y lo encuentro aquí.

El vizconde le miró con fijeza.

—Dígame —murmuró—. ¿No tiene usted también algún secreto? ¿No es usted también cobarde? ¿No ha sido usted expulsado del ejército?

Mr. Butterfield movió la cabeza.

—Actualmente soy teniente coronel del batallón de voluntarios del duque de Marlborough.

—¡Teniente coronel! —exclamó el vizconde.

La vizcondesa apareció en la puerta de la cocina con los brazos arremangados.

—Te presento al teniente coronel Butterfield Ossett, del regimiento del duque de Marlborough... Y a usted le presento la señora vizcondesa de Montpellier.

Los tres hicieron una reverencia.

—¿Conque es usted militar? —dijo la joven mirando al teniente coronel con más interés que antes— Yo adoro a los militares... cuando son valientes.

Lanzó un patético suspiro y volvió a sus quehaceres, dejando a Butterfield agradablemente impresionado por su interés por los militares en general y por él en particular.

El vizconde seguía en el piano. En aquellos momentos tocaba con gran sentimiento la marcha fúnebre de un héroe.

—Allons —dijo la vizcondesa volviendo de la cocina con una soperá humeante—. Allons, messieurs. La comida está servida.

Sentados los tres a la mesa, Butterfield había sorprendido dos veces a la vizcondesa mirándole con un interés más que lo ordinario, y quedó preocupado.

—¡Anímese, Butterfield! —exclamó el vizconde, al notar la abstracción de su tertulio. Luego se puso de pie—. *Monsieur* teniente coronel —dijo—, en mi nombre y en el de mi adorada esposa quiero darle las gracias por su hospitalidad, por sus obsequios y por su deliciosa compañía.

La vizcondesa se sonrió amablemente al llevarse la copa a los labios.

Levantóse Butterfield para contestar al brindis, y sus largos años de práctica en la oratoria de sobremesa le permitieron lucirse.

—Señor vizconde de Montpellier —comenzó—: yo soy hombre de acción y no de palabras; pero tengo mucho gusto en expresarle mi agradecimiento por sus halagadoras frases. Le aseguro que su compañía me ha producido un placer extraordinario.

Hizo una pausa, y dejando volar libremente su imaginación, continuó:

—Cuando construí esta casita, dudé si era acertado construirla; pero esta noche ha quedado más que justificado aquel paso y me enorgullece que mis primeros huéspedes sean representantes de la antigua nobleza y de la belleza de Francia.

—¡Bravo, Butterfield! —gritó el vizconde al sentarse el orador, y la vizcondesa le recompensó con otra de sus amables sonrisas.

Encendieron unos cigarrillos, y el vizconde cantó varias canciones. Al fin se levantó la señora, diciendo:

—Antón, mientras quito la mesa sigue tocando el piano si el señor teniente coronel lo permite. Es lo mejor que puede hacer para distraer los pensamientos desagradables —añadió en voz baja, dirigiéndose al anfitrión.

—Siga, siga tocando —dijo Butterfield—. Yo le ayudaré a usted, *madame*.

El vizconde no necesitó que le instaran y tocó inspirados nocturnos, mientras su esposa y su anfitrión llevaban los platos a la cocina. La vizcondesa se puso a fregarlos; pero el militar no se lo permitió. Los fregó él, y ella los secó. En la operación se tocaron sus manos más de una vez, y Butterfield notó con placer que eran innecesarias las excusas. El último plato se lo entregó con verdadero pesar.

Daba el reloj las doce cuando volvieron a la sala.

—Desde luego, esta noche se quedan ustedes aquí —dijo Butterfield—. Si quieren ocupar la habitación de arriba, yo dormiré en esta otomana.

—¡Es usted militar hasta la medula! —dijo el vizconde con tono de admiración—. Yo no podría dormir en el sofá; pero me niego a ocupar la alcoba. Deje el sofá a mi esposa, y yo pasaré la noche paseándome por la habitación, entregado a mis tristes pensamientos.

—¡Qué disparate! —exclamó Butterfield—. Eso, ¡ni decirlo siquiera! ¡Usted pasará la noche arriba!

—¿Quién soy yo para negarme? —dijo el vizconde.

Al despedirse, la vizcondesa le oprimió la mano más de lo debido, y Butterfield le contestó en la misma forma.

Marido y mujer subieron la escalera, dando su final *bonsoir* en el camino. Después se cerró la puerta y Butterfield quedó en posesión del aposento de abajo.

Sentóse ante la chimenea y se puso a pensar en los sorprendentes sucesos del día. A las seis era un triste turista inglés, sin un solo amigo en el país. Y desde aquella hora había tomado posesión de la casa de un desconocido; había recibido y obsequiado a dos huéspedes: un vizconde que había sido expulsado del ejército por cobarde, y su esposa, bella y perfecta cocinera. Habían comido bien, había pasado una deliciosa velada y la vizcondesa había coqueteado con él. Tales cosas no podían ocurrir más que en Francia; país de las intrigas y de las aventuras.

Oyó rumor de voces y de risas en el piso de arriba; pero las risas se apagaron, las voces bajaron de tono y luego quedó todo en silencio: Butterfield atizó el fuego, acercó el sofá y se echó.

¿Qué había sentido? Se incorporó. Había sentido el ruido de una puerta y pasos cautelosos en la escalera. Se puso de pie y vió con asombro que bajaba la vizcondesa, vestida con un amplio peinador blanco y el cabello suelto. Tenía su dedo en los labios, indicando a Butterfield que guardase silencio; pero era innecesaria la indicación, porque Butterfield no podía hablar de puro asombro. La vizcondesa se acercó y se sentó en el sofá.

—Señor teniente coronel —dijo en voz baja—, debe usted de estar sorprendido y quizás, como inglés, algo escandalizado.

—Ni mucho menos...; nada de eso —dijo Butterfield—. Los ingleses no somos como antes. Hemos desechado muchos prejuicios viejos.

—*Monsieur* —continuó la dama—, soy una mujer muy desgraciada. —Y en prueba de ello dejó rodar unas lágrimas.— Ya sabe usted la desgracia de mi marido. He vivido con él muchos años y he procurado consolarle; pero poco a poco ha ido desapareciendo mi amor. No me había enterado de su desaparición completa hasta esta noche en que le conocí a usted, bravo militar, hospitalario y no feo.

—Pues antes le dijo usted a su esposo que le amaba a pesar de todo —replicó Butterfield, al cual no le agradaba el giro de la conversación.

—Sí, lo dije. Impensadamente había revelado un secreto y quise consolarle; pero mis palabras no eran ciertas. He tenido que llevar una vida de disimulo, y desde que le vi a usted se me ocurrió... —la vizcondesa volvió la cara a otro lado— se me ocurrió que sería muy feliz con... con usted.

Butterfield se quedó estupefacto.

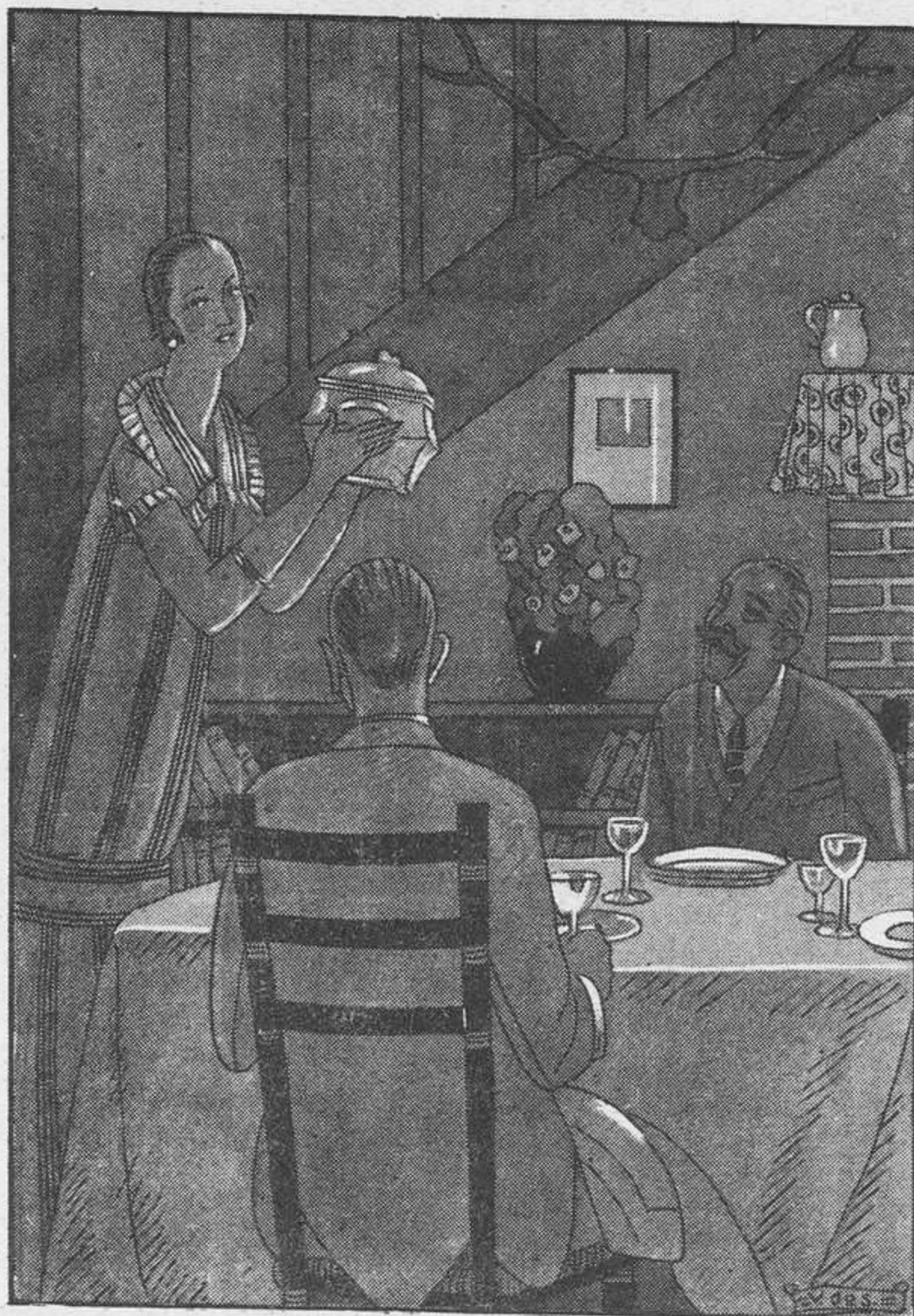
—¿No podríamos huir los dos... ahora..., en estos momentos? —continuó con calma la señora—. Antón duerme profundamente y no se despertará hasta que empiecen a cantar los pájaros. El automóvil está a mano y yo sé conducirlo.

—¡Si se ha roto! —dijo Butterfield.

—Ya lo habrá arreglado León. A la hora del desayuno estaremos muy lejos de aquí, cerca de París. Lo tengo bien pensado todo.

—*Madame* —dijo—, me halaga en extremo su proposición; pero es completamente imposible. La ruego que vuelva al lado de su marido.

—¿Pero no me abandonará usted? —dijo cayendo de rodillas ante él—. Hágame esa promesa, Butterfield. No sabe usted la fuerza del amor de una francesa. No me lo niegue.





Pección compuesta y redactada en París bajo la dirección de Madame Martine Renier redactora Jefe de la Moda en FEMINA de París

Crónica

PARA LA «GRAN SEMANA» EN DEAUVILLE



DEAUVILLE es el lugar donde se miran y observan durante el día todos los veraneantes, donde no hay otro cuidado que el de hacer lo que hacen los demás y el de ir a donde van todos.

La moda se apodera de un sitio, de un restaurante, de la acera de una calle, y todo el mundo decide, sin exclusión, frecuentar aquellos lugares. Lo aceptan así continuamente, sin alegría, sin otra preocupación que la de encontrar a las personas que vieron por la mañana y que



Traje de mañana, de alpaca blanca, adornado con «twill» rojo y negro. El abrigo, tableado como la falda, está forrado de «twill», y lleva un canesú cuadrado. El corte de las mangas es novísimo.

mismo que el de su mejor amiga, o que el de la señora que desconoce. He dicho «casi», porque, a decir verdad, no son completamente iguales. Diríase que la suprema elegancia consiste en que todas las mujeres elijan las mismas formas y los mismos tejidos, cuidando, sin embargo, que un matiz o un pequeño detalle ingenioso ponga una nota de diferencia y personalidad.

Fijaos, por ejemplo, en los vestidos de crespón de China azul, rosa, malva o amarillo, de los cuales una mujer lleva este año infinitas variantes.



Vestido de muselina de seda ocre claro, bordado «a la inglesa» y adornado con paneles plisados de encaje ocre fuerte; volantes plisados en las mangas. Por delante, el vestido se entreabre en pico sobre un chaleco de encaje. El cinturón es de terciopelo verde musgo.

volverán a ver por la tarde. No hay estación de moda sin esta esclavitud.

En Deauville, la elegancia es extrema, y el equipaje de una mujer que desea pasar en aquel punto la Gran Semana es imponente. ¿Quién no creerá que en la actualidad todas las mujeres van uniformadas? El vestido de una es, pues, casi lo

Siempre se componen de una falda plisada, montada en una cinta de goma, y de un *jumper* recto, con bolsillos, y con el cuello abierto. ¡Pero qué variados son si los miramos de cerca! En primer lugar, el plisado de la falda puede ser originalísimo. Han preferido ciertos módistas, *Martial et Armand*, por ejemplo, el



He aquí el vestido de noche de tul que tanto le agrada a «Callot». La parte de arriba es de «fulgurante» color maíz, adornada con «strass». La parte de abajo está formada de volantes muy amplios y pegados con grandes tablas del mismo color y tejido. Gruesa rosa de cinta rosa al talle.



plisado mosaico, que constituye, por su originalidad, un verdadero hallazgo. Los pliegues, planchados en dos sentidos opuestos, según las exigencias del dibujo, forman rombos, cuadrados, incluso figuras más complicadas. Esto constituye una bellísima fantasía. Mucho más sencillo, el plisado que forma grupos de pliegues de diferentes tamaños es de un efecto gracioso y correcto, y, sin duda alguna, menos frágil que el otro. En fin, para los vestidos de mañana, fáciles de lavar, se precisan plisados planos que puedan ser planchados por la doncella en un momento. Hay después los coloridos o, más exactamente, el doble colorido, pues la moda exige ribetear la falda, el *jumper*, los bolsillos y el cuello con dobladillos de distintos matices. Frecuentemente, este adorno se hace en otro matiz del mismo tono; así, un *jumper* azul pálido se adorna con azul oscuro; otro, si es *beige*, se orla en marrón; un vestido rosa se adorna con frambuesa; un *jumper* malva lleva un dobladillo violeta. Acabo de ver esta colección en los baúles de una elegantísima parisina, cuya fantasía en estos momentos da el tono de la moda.

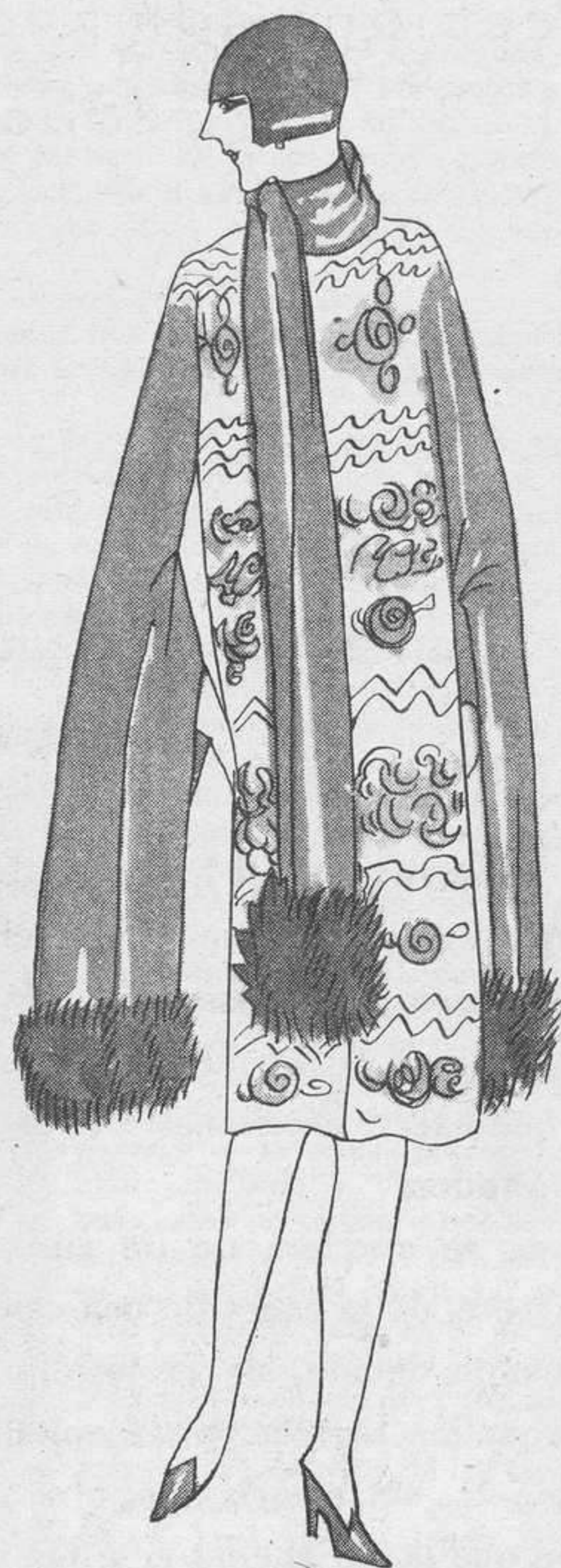
Para variar, además de este trajecito, ya casi clásico, se imponen algunos vestidos *lingerie*. Entended por esto, levitas sin mangas, bordadas a la inglesa, formando cuadrados calados, sobre un viso plisado. *Philippe et Gaston* han presentado algunos de éstos, verdaderamente encantadores, en linón azul sobre *foureaux* blanco, o en muselina amarilla, bordada en blanco. Alternan así con vestidos rectos de linón, guarnecidos con volantes de linón blanco, plisados en canutillo. En fin, he visto reaparecer algunos vestidos de linón blanco con entredós de Milán o Venecia. Esto es muy nuevo y distinto de lo que se viene haciendo desde hace años, pues habíamos abandonado definitivamente el encaje en los vestidos de verano.

Como abrigos, chaquetitas respunteadas con guatina, de *taffetas*, de raso, de cretona estampada, o de *twill* florido. Luego, grandes levitas blancas, ribeteadas con piel de Mongolia, con *renard* o con marabú recortado. He tenido ocasión de ver en casa de *Worth* grandes abrigos de punto con listas de colores, que son, a la vez, de *sport* y muy elegantes. Los sombreritos de fieltro son adecuados al matiz del vestido, a menos que se prefiera el *bangkok* crema o el sombrero flexible en felpilla de punto, que da tonos encantadores. Este último me parece el menos banal de todos, y el más práctico también, pues el fieltro claro pierde rápidamente su color al sol.

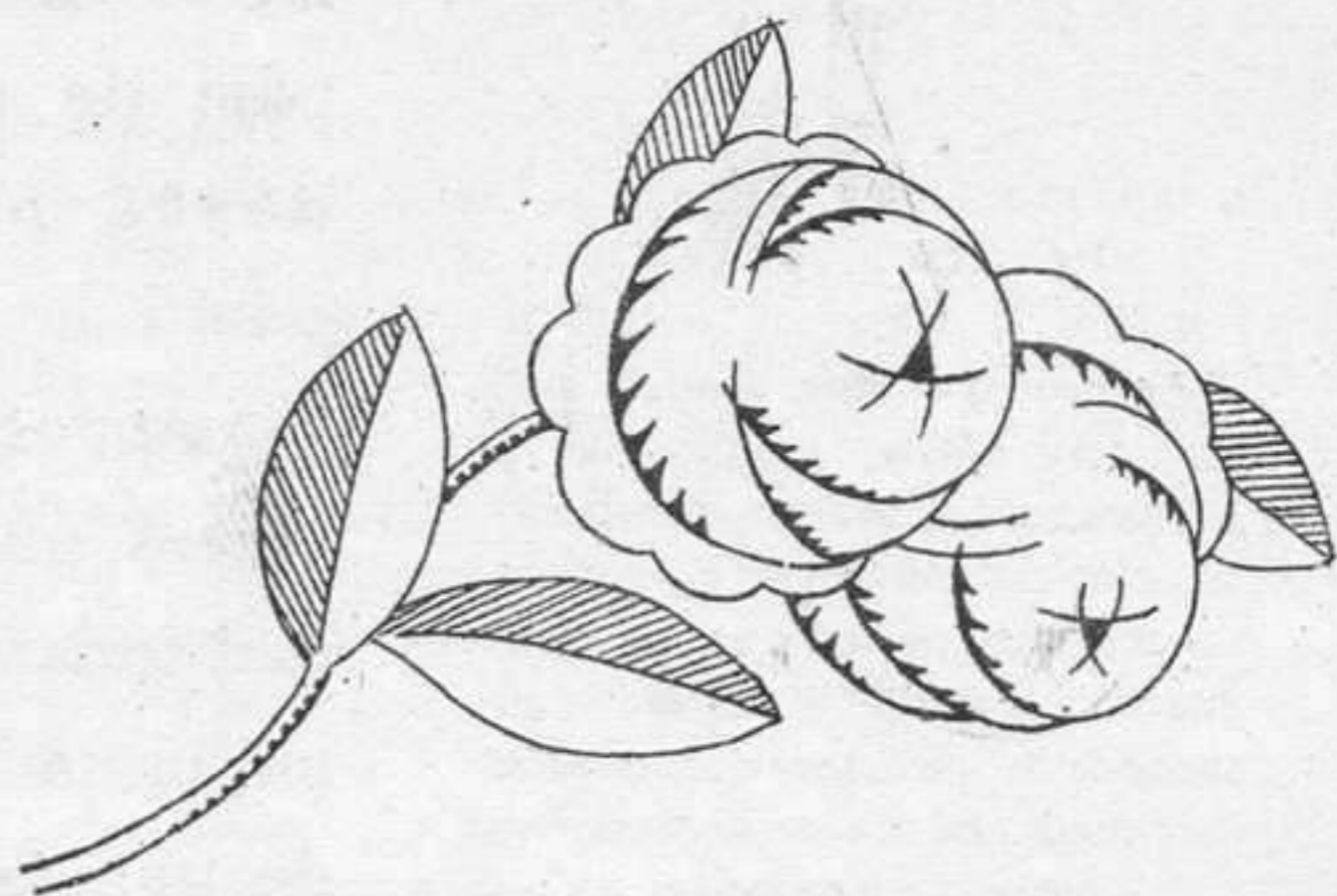
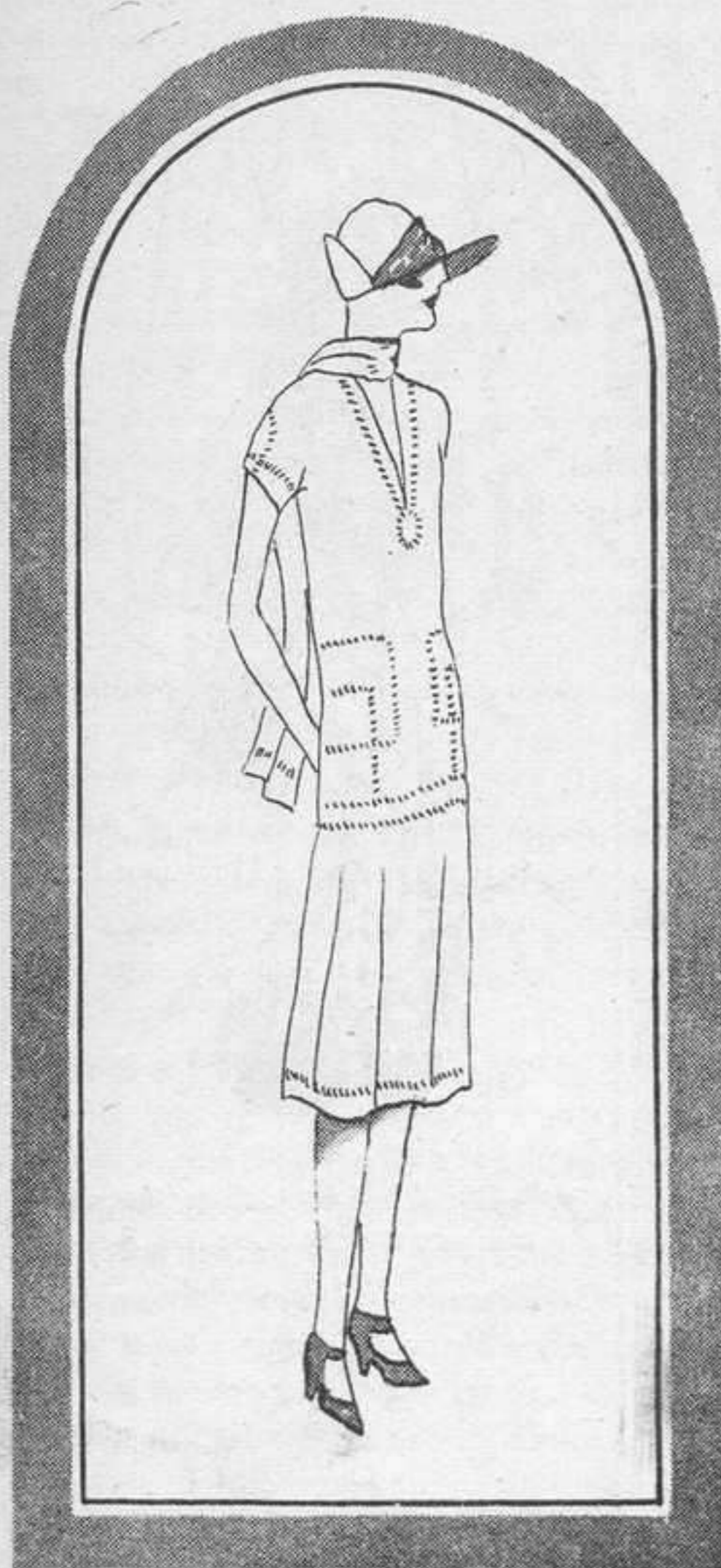
¿Volveremos a ver las sombrillas? Quizás, pues se han hecho maravillosas en *toile de Jouy*, con doce varillas, muy planas, a la manera de las sombrillas japonesas. Todos estos dibujos son, a pleno sol, de un efecto encantador.

¿Volveremos a ver las sombrillas? Quizás, pues se han hecho maravillosas en *toile de Jouy*, con doce varillas, muy planas, a la manera de las sombrillas japonesas. Todos estos dibujos son, a pleno sol, de un efecto encantador.

Vestido de crespón de China verde pálido, guarnecido con vainicas a mano. La falda, cortada «en forma», va unida al cuerpo con vainicas bordadas; asimismo lleva una vainica el dobladillo de abajo, y otras vainicas formando dibujos adornan las mangas, el escote y la «echarpe».



Magnífico abrigo de noche de «lamé» rojo y terciopelo rojo oscuro. Este abrigo es recto y cierra a un lado; larga «echarpe» de terciopelo ribeteada, así como las mangas, con piel de «renard» rojo.





El vestido con festones bordados que aún seguirá siendo de moda el invierno que viene. Este es de «crêpe satin» pétalo de rosa, bordado con perlas y plata. Un ancho entredós de encaje de plata atenúa el escote.

Para la tarde... Pero ¿a qué llamamos la tarde? En Deauville comienza la vida a mediodía, y solamente en el té de las cinco, en el pabellón del *golf*, en el polo, en las carreras, se ven trajes de vestir.

Es la hora de la muselina de seda y de los grandes sombreros; la hora también de los encajes, pues parece que éstos vuelven a estar en boga.

El encaje ocre plisado se lleva mucho. Se le combina con muselina de seda, y así se consiguen esos modelos tan prácticos, que pueden servir indistintamente para un té *chic*, para una comida, para una visita elegante y para un concierto.

Llega, por último, la noche, que es la hora del deslumbramiento.

Se ven hermosos *lamés*, encajes metálicos bordados con *strass*, encajes airosos colocados con verdadero arte.

He encontrado algunas reminiscencias de la moda de 1880, que son muy características.

Dæillet, por ejemplo, ha hecho combinaciones, en extremo acertadas, de encaje natural con encaje negro.

Los volantes se alternan y el talle queda muy bajo.

Goupy ha compuesto, con idéntica intención, un modelo igualmente guarnecido de volantes de encaje, que suben un poco hacia atrás, recordando el aspecto de los polisones.

Muchos modistas me han declarado, por otra parte, que ellos preparan este resurgimiento para el año que viene.

Los vestidos de noche, cuando son bordados, forman, sobre todo, grandes festones recortados, esos paneles estrechos y redondos que son desde hace años el tema predilecto de *Molyneux*. He visto, en un vestido de muselina de seda, bordados en lentejuelas cuadradas, de cuero, de oro o de plata, ligeras y de un bello brillo mate. Al lado, un vestido de muselina encerada estaba bordado con lentejuelas multicolores de celuloide, que formaban un

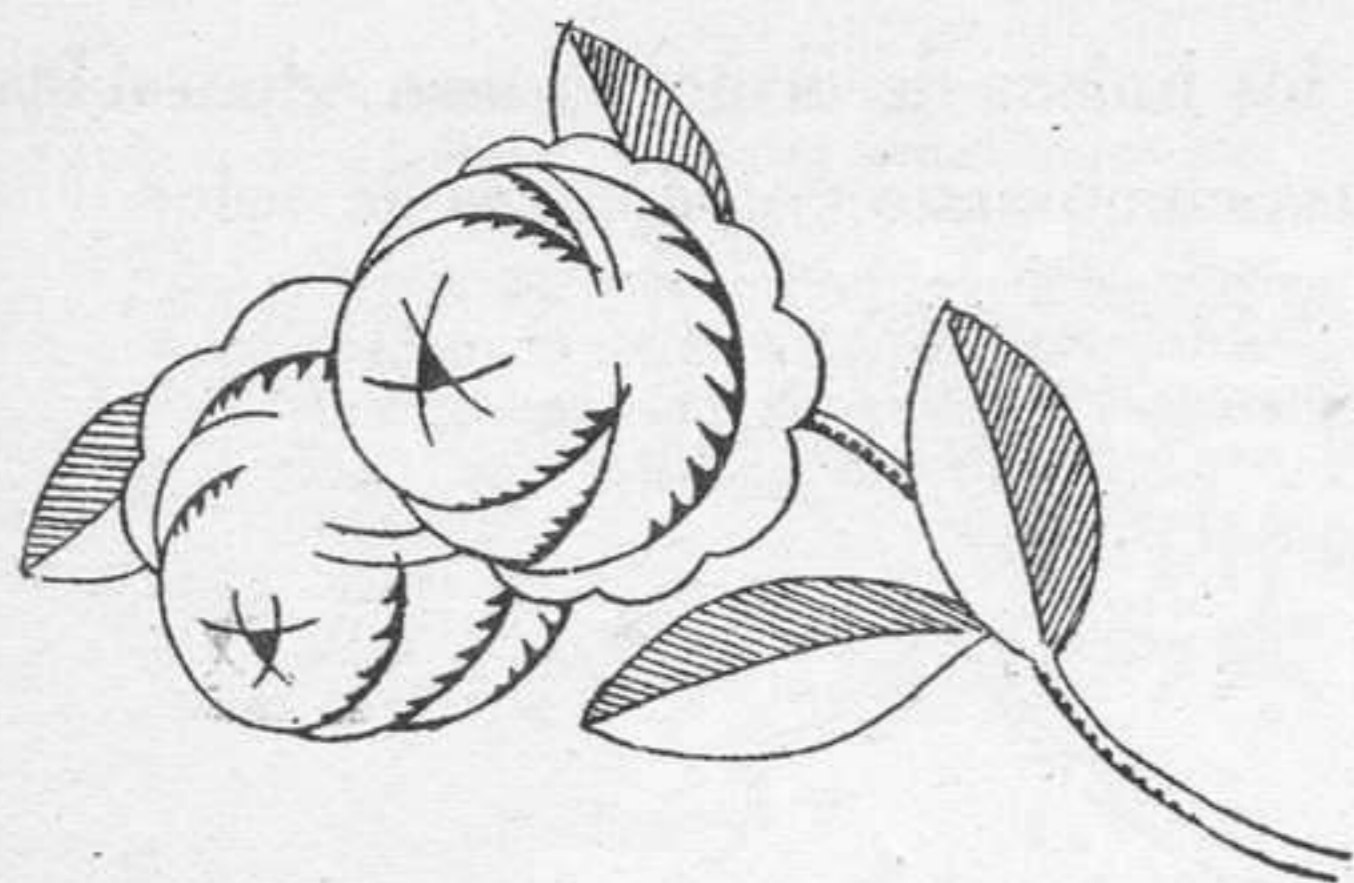
verdadero dibujo de *toile de Jouy*. No dejaré de anunciaros, para el próximo invierno, la aparición del encaje encerado.

También se habla, y no poco, del encaje pintado.

Pero ¿llevaremos estas fantasías? He aquí el secreto. El fabricante propone al modista, el modista a la parisina; pero ésta es quien decide en último término.

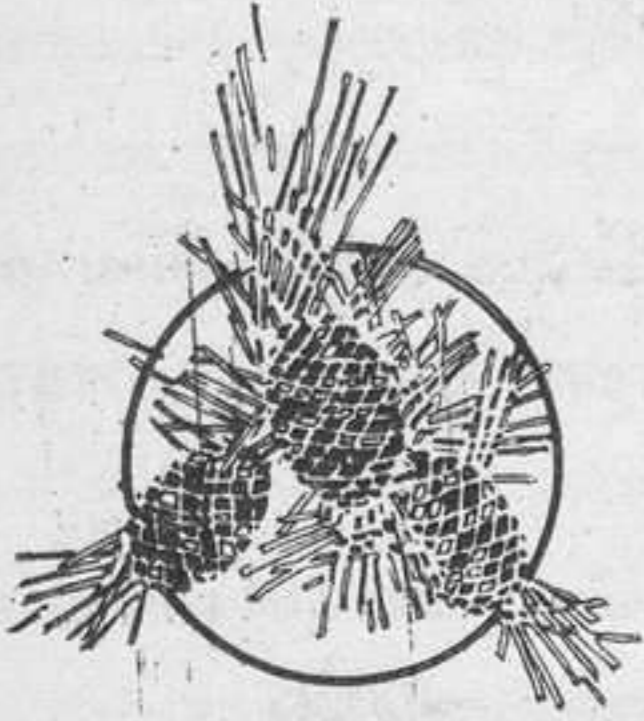
Volvamos a Deauville. Veremos durante la noche admirables abrigos de *lamé* o de terciopelos *lamés*, con pequeños dibujos geométricos o con dibujos persas. Sus matices suaves, un poco apagados, se adaptan perfectamente al gusto actual.

Se hacen ya capas con los hombros muy bajos, ya abrigos rectos guarnecidos

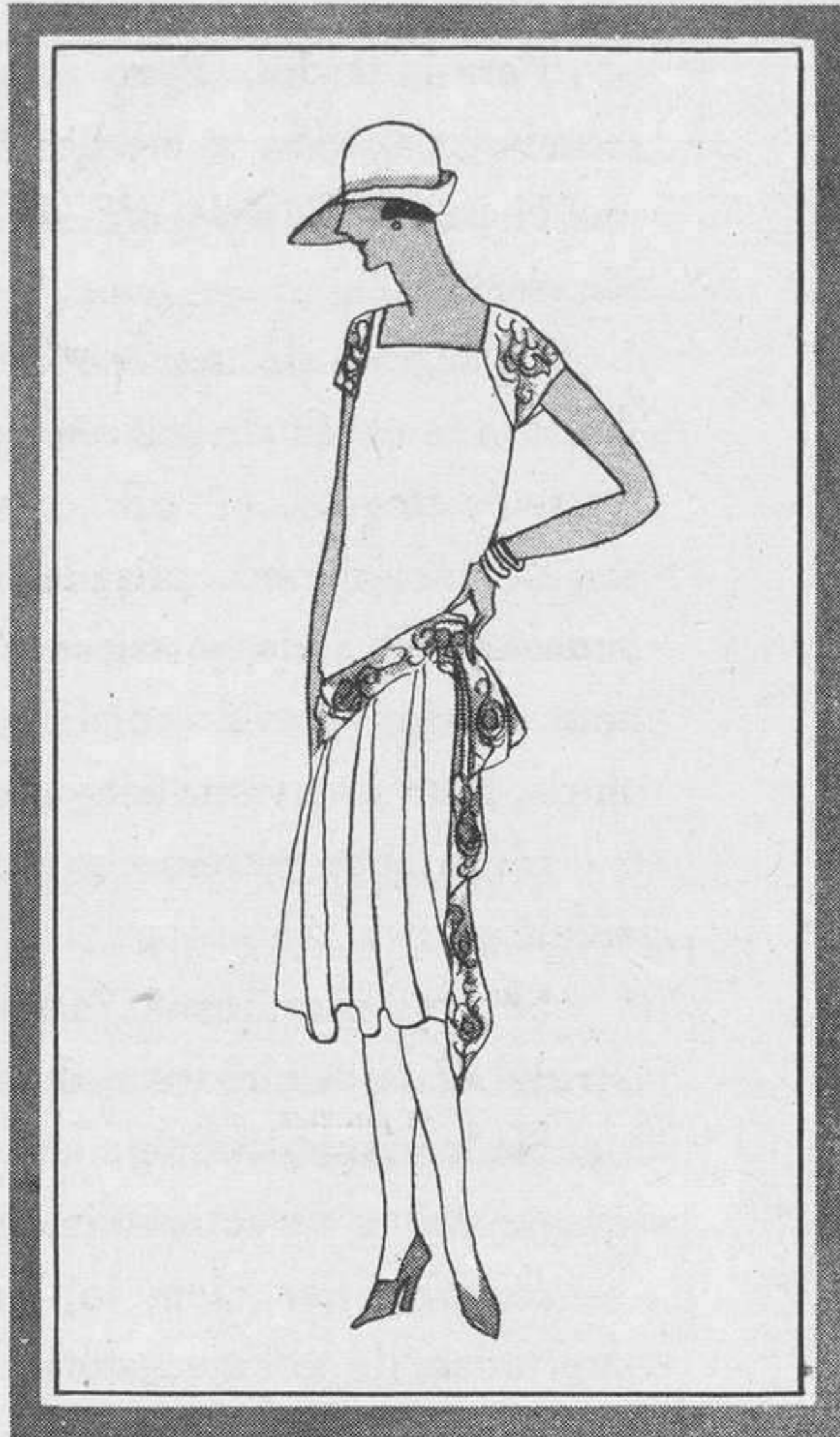


Elegante vestido para las carreras. Es de muselina de seda blanca, bordada con seda e hilillos de plata mate. El abrigo es de otomán blanco, adornado con el mismo bordado y con un alto zócalo de «renard» gris. El sombrero es de fieltro gris de dos matices.

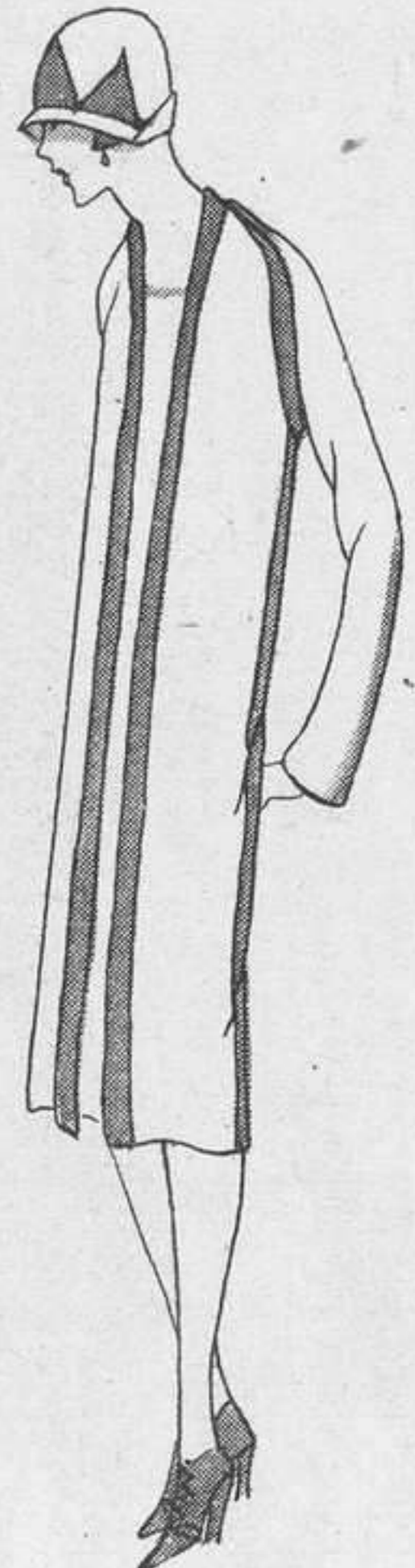




Una delicada labor de «Madeleine Vionnet», la gran casa de la Avenida Montaigne. El vestido, de un corte sabio y personalísimo, es de crespón color «mastic». Unos calados forman un dibujo en la faja y en las mangas raglán.



Vestido de muselina de seda blanca para pollita. Las mangas y la faja son de muselina de seda con dibujos rosas. Grandes tablas dan vuelo a la falda.



También es de «Madeleine Vionnet» este abrigo de crespón de China color crema, adornado con tiras de crespón de China «palo de rosa». El conjunto es a la vez muy original y muy elegante. Se complementa con un sombrero de cinta «gros grain» color crema, adornado con cinta «palo de rosa».

de piel. Las mangas de estos últimos son muy anchas, abiertas a veces hasta la mitad de su largo, para que pasen las manos.

En cuanto a los abrigos de terciopelo, tendrán por tema el abrigo de terciopelo rojo de

Chanel, que alcanzó tanto éxito. Está muy fruncido sobre los hombros, y los frunces descienden formando una especie de ancho canesú en la espalda. El forro es enteramente de marabú del mismo tono, y es inimaginable el efecto mimoso y tibio que produce.

Me preguntaréis: ¿y los detalles? Hay cien mil. Ante todo, el de los zapatos blancos de este verano, que no siempre se usan con medias del mismo tono.

He visto infinidad de elegantes que llevaban con estos zapatos medias color *beige marocain*.

Esto no quiere decir que esta moda sea encantado-

ra; pero..., en fin, es la moda. En cuanto a la *echarpe*, ya cambia su aspecto.

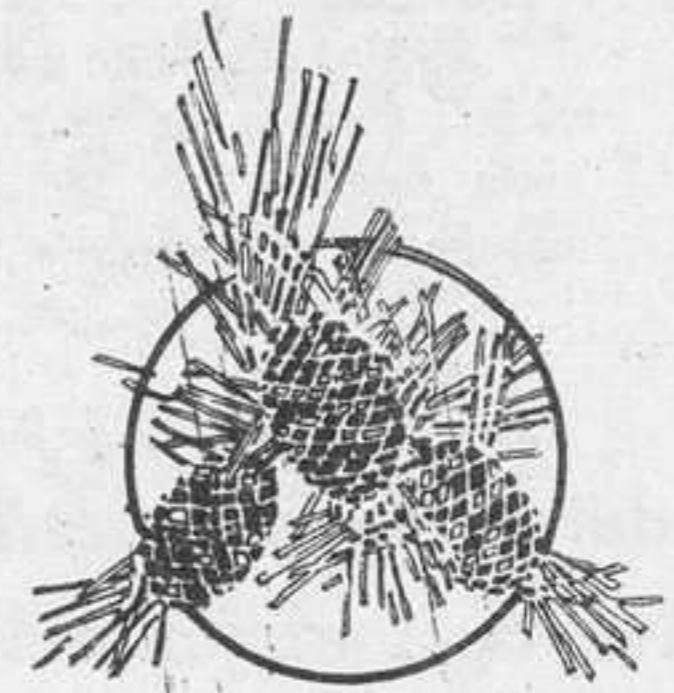
Será reemplazada por la mañana por un pañuelo cuadrado de *taffetas* deshilado, o bien de muselina florida.

Para la tarde es de muselina de seda lisa, o de varios matices. *Worth* tiene *echarpes* preciosas, cuyos tonos van del *beige* claro al marrón oscuro.

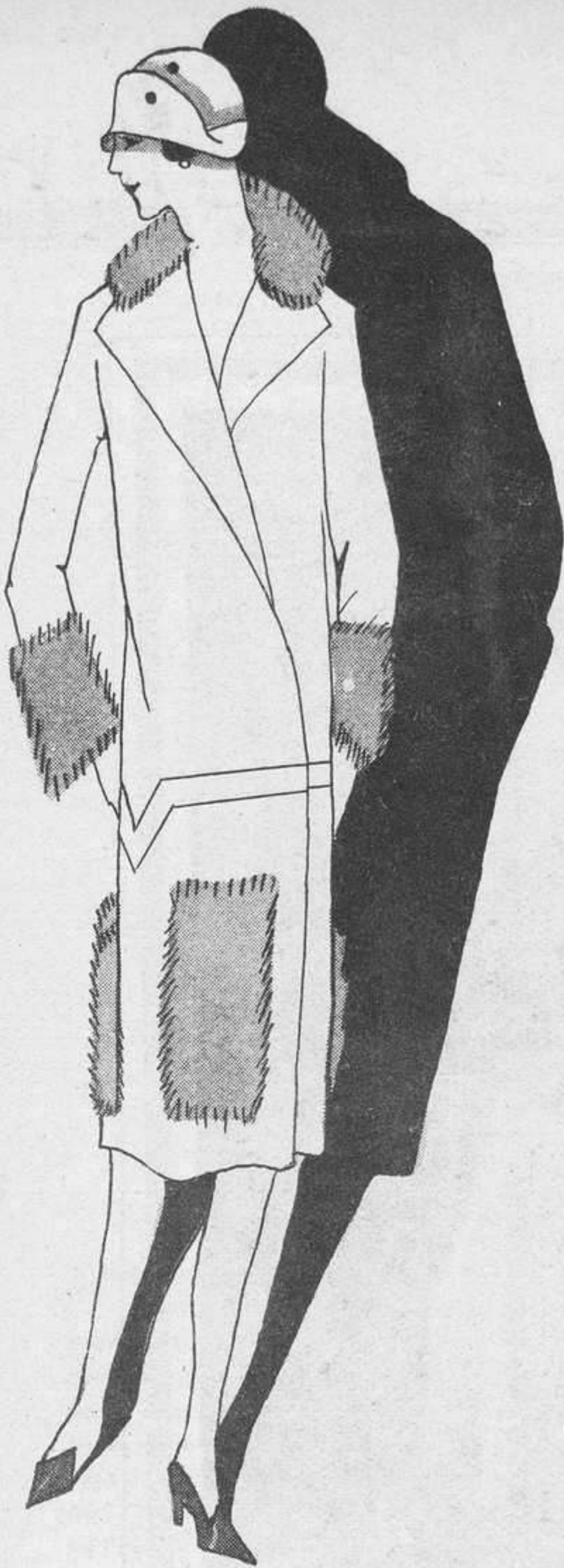
Por último, para la noche he encontrado en casa de *Worth* unas *echarpes* cubiertas de flecos de avestruz, que dan la impresión de boas extremadamente flexibles y ligeros.

Patou ha hecho algunas en tul, bordadas a punto de zurcido.

En cuanto a los bolsos de mano, forman admirables dibujos en *strass* combinado con piedras de color.



LOS GRANDES MODISTAS



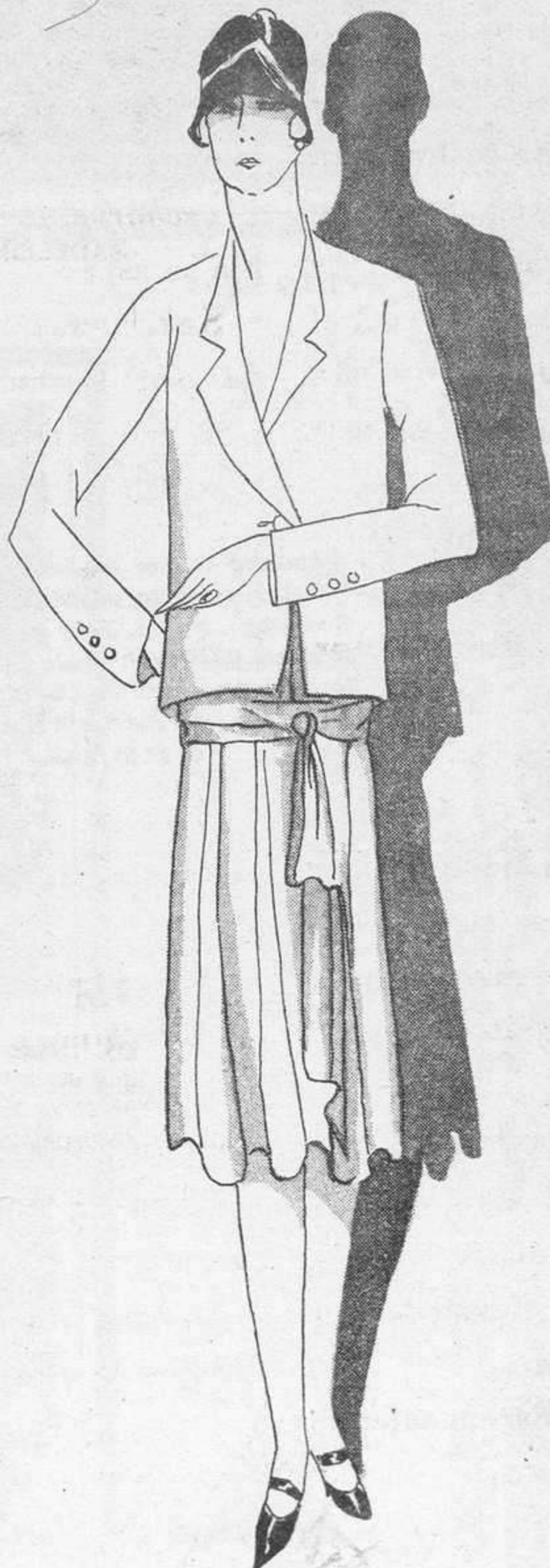
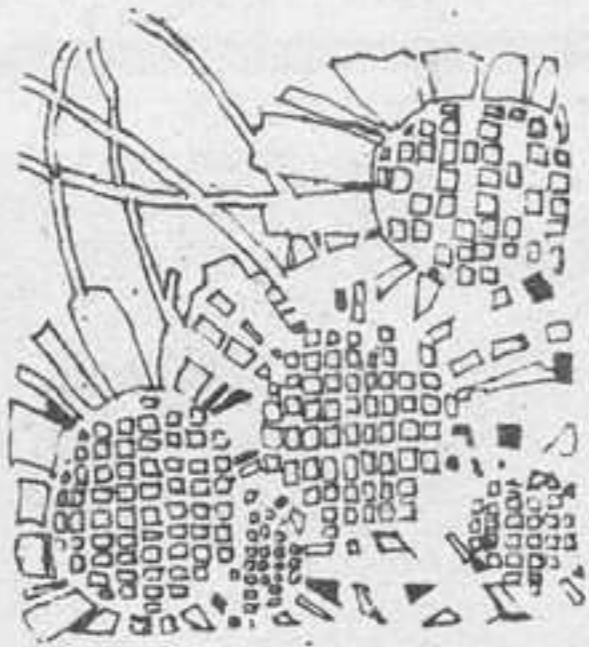
« JENNY »

La piel será nuestro adorno predilecto para los abrigos de invierno; la veremos recortada, formando paneles y muy labrada. Este modelo de «Jenny», de terciopelo negro, está adornado con paneles, cuello y altos puños de «tagouin».



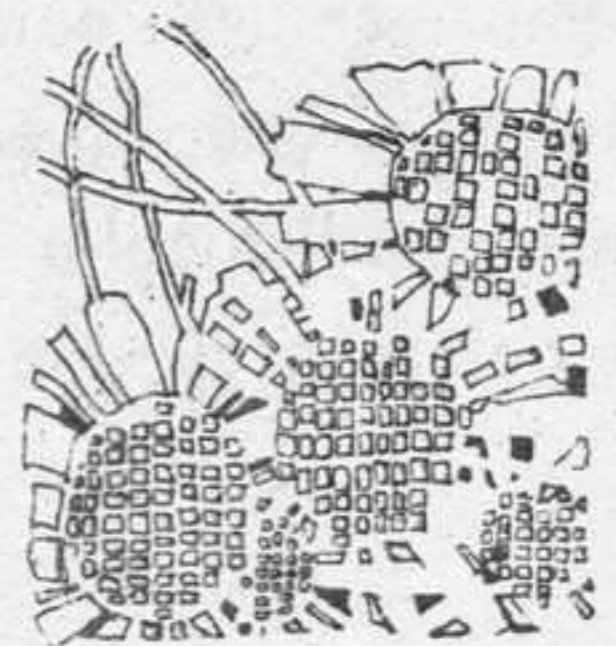
« LUCIEN LELONG »

«Lucien Lelong» permanece fiel a su criterio del «vuelo disimulado». Este abrigo, de raso encerado, lleva unas tablas que se abren al andar. Lo adorna un amplio cuello de «rata chinchilla» que cierra a un lado.



« NICOLE GROULT »

«Nicole Groult» ha realizado, con éxito, algunas tentativas de boleros. Aplica hoy esta idea a un abrigo de «crepalga», negro, con amplios canelones; este abrigo, recto por detrás, forma un bolero por delante.





«MADELEINE VIONNET»



Madame P. luce un delicioso vestido de raso negro, adornado con «crepe Georgette», blanco. Todo en este vestido es nuevo y original, desde el volante de las mangas hasta la amplia chorrera «en forma», que cae hasta el mismo borde de la falda.

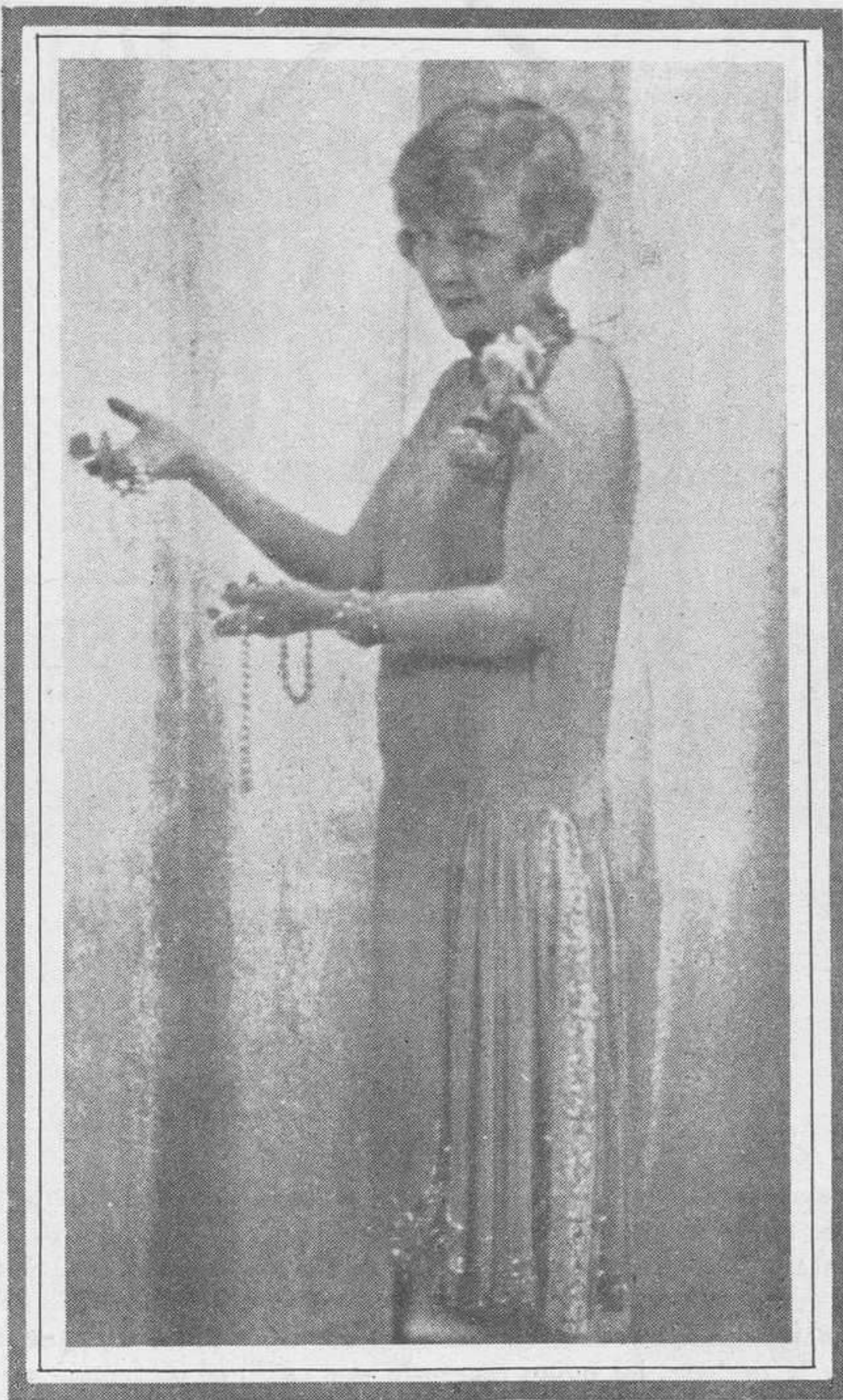


«Molyneux» se distinguió siempre por una gran sencillez de forma y una gran riqueza en los bordados y la calidad del tejido. Este abrigo de encaje de plata va bordado con «strass» y plata y ribeteado con piel de «rata chinchilla».

He aquí un encantador traje de deportes de «Lucien Lelong» en seda «chemisier». El «jumper» cierra muy alto y el cuello forma a un lado una estrecha «echarpe»; la falda es plisada y la faja ancha, va anudada a un lado.

«MOLYNEUX»

(Fots. Mme. Albin Gullot.)



Miss Irene Wills, la encantadora danzarina, luce un vestido de noche, de muselina de seda, de un tono malva sonrosado, adornado con encaje de plata. Un bordado de grandes lentejuelas de plata ribetea la falda, recortada en ondas muy anchas y redondas.

Este traje de otoño, ideado por «Jean Patou», es de terciopelo negro, adornado con armiño; la parte superior del vestido es de raso blanco. Es digno de notarse que el talle está colocado bastante alto y que las mangas de la levita tienen un ancho y ahuecado puño de piel.

«LUCIEN LELONG»

«PREMET»

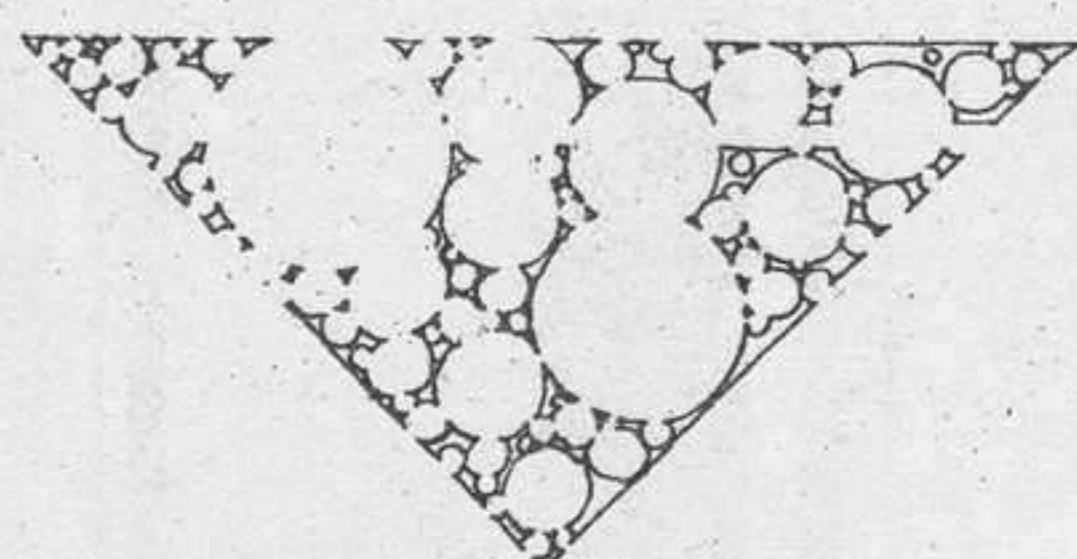
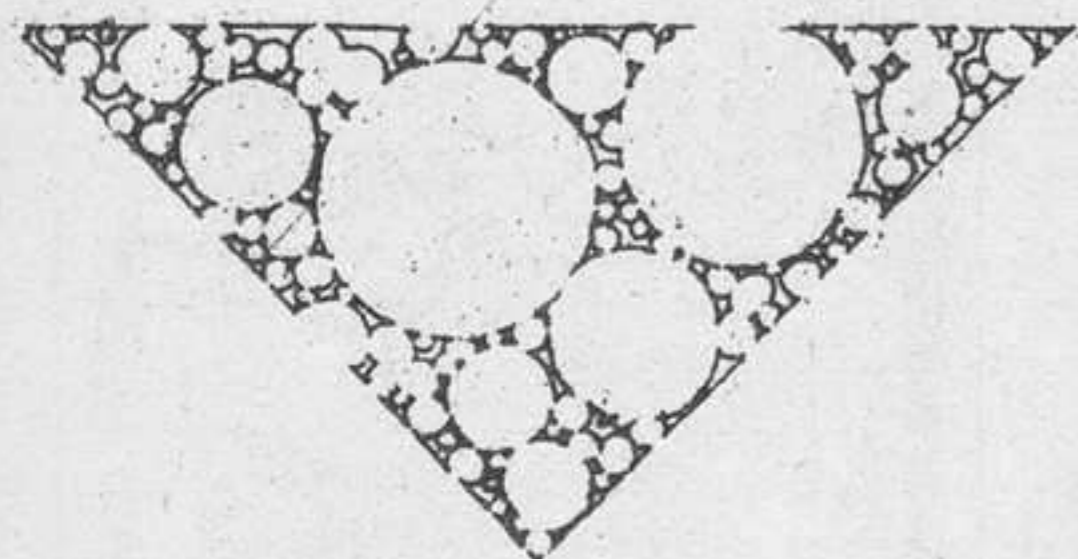
«JEAN PATOU»



(Fots. Mme. Albin Guillot.)

Los vestidos

de "toile" de seda



«LUCIEN LE LONG»

Un bonito modelo de «Lucien Lelong» de «toile» de seda blanca; la larga pechera se une al volante plisado de la falda. La parte inferior de este volante se plancha en liso, lo cual presenta un efecto novísimo. Corbata de cinta encerada, negra.



En buen día se le ocurrió a un modista ingenioso la idea de que, utilizando la seda listada de las camisas de hombre, podía conseguirse encantadores trajecitos de mañana.

A fin de conservar a estos vestidos su carácter, se les imprime, vagamente, un sello masculino; la pechera, los puños rectos o vueltos, con su botonadura.

Toda la Cote d'Azur se ha visto invadida por estos trajecitos de listas diversas y múltiples coloridos, y esta moda subsiste desde hace un año, extraordinaria y halagüeña duración para una moda femenina.

El matiz de sencillez de estos vestidos conviene a nuestro gusto actual; además son de una gran solidez, se lavan fácilmente y se prestan a tan diversas combinaciones, que son poco asequibles a la monotonía.

La parte superior puede llevar una pechera redonda o cuadrada, y esta pechera puede tener las listas horizontales o verticales.

La parte inferior puede llevar pliegues o tablas de'ante o alrededor, o solamente a los lados.

Unas iniciales —dos o tres letras— graciosamente bordadas ponen un sello personal en los bolsillos respuntados.

Acaso puedan seros de alguna utilidad en vuestra elección las siguientes indicaciones: La pechera muy larga afina la silueta, y la falda, plisada por delante nada más, es mucho más fácil de planchar, lo cual es digno de tenerse en cuenta, sobre todo cuando se viaja.

Lucien Lelong ha hecho un modelo precioso, cuya larga pechera plisada llega más abajo de la cintura; por delante, lleva una túnica algo más corta que la falda y cuyos pliegues, menudos, terminan antes del dobladillo; el efecto así logrado es muy nuevo y muy elegante.

He visto este mismo modelo una vez en tela de listas con la pechera blanca, y otra vez todo blanco.

Este último era quizá el más nuevo, ya que empezamos a cansarnos un poco de las listas y nuestra predilección va a la toile de seda lisa; se ven muchos vestidos en rosa, azul pálido o malva, adornados con tiras de crespón de China, u otra seda de un tono distinto.

No pueden encontrarse más bonitos vestidos para el verano.

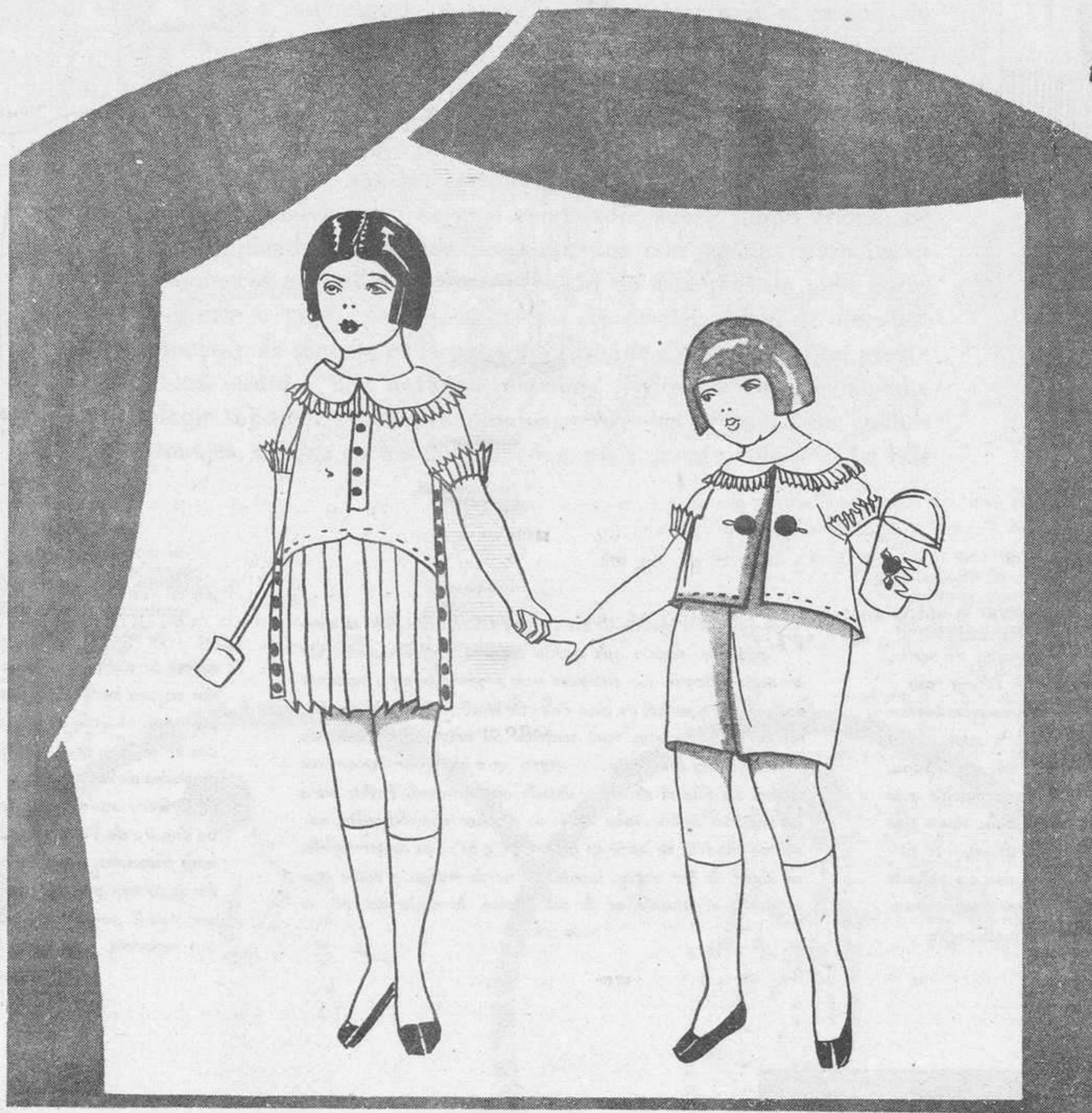
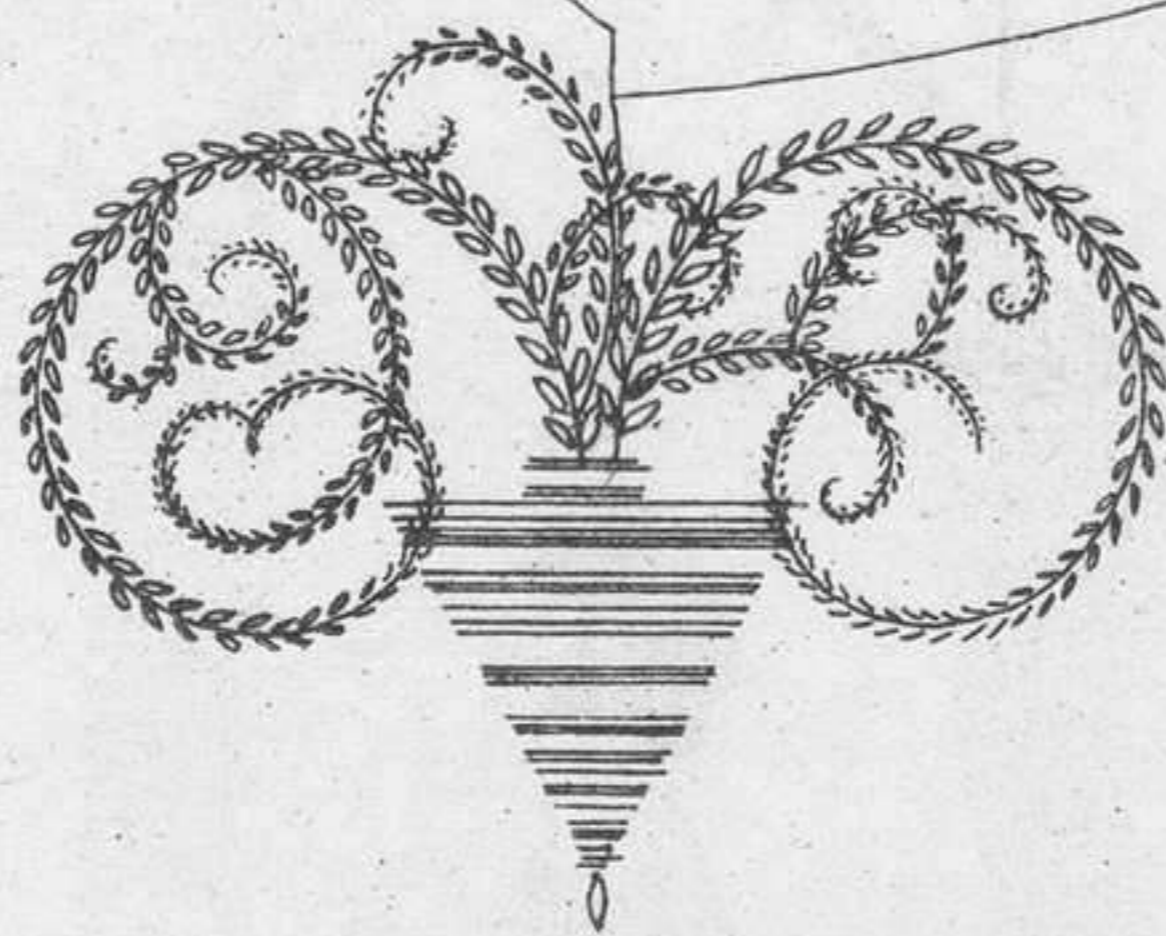


Vestido de una gran sencillez abrochado por delante. Es de «toile» de seda rosa, adornada con el mismo tejido en encarnado; el bolsillo respuntado lleva una inicial bordada en rojo y los botones son rojos también.

«Toile» de seda verde mirto, con un volante plisado de crespón de China color «mastic». Unas tablas dan vuelo a la falda. Cintura respuntada, verde mirto, con una hebilla color «mastic».

Vestido muy práctico de «toile» de seda azul pálido, recto por detrás y tableado por delante. Cuello y pechera de «toile» de seda azul marino, adornados con una cinta encerada.

UN BAILE INFANTIL

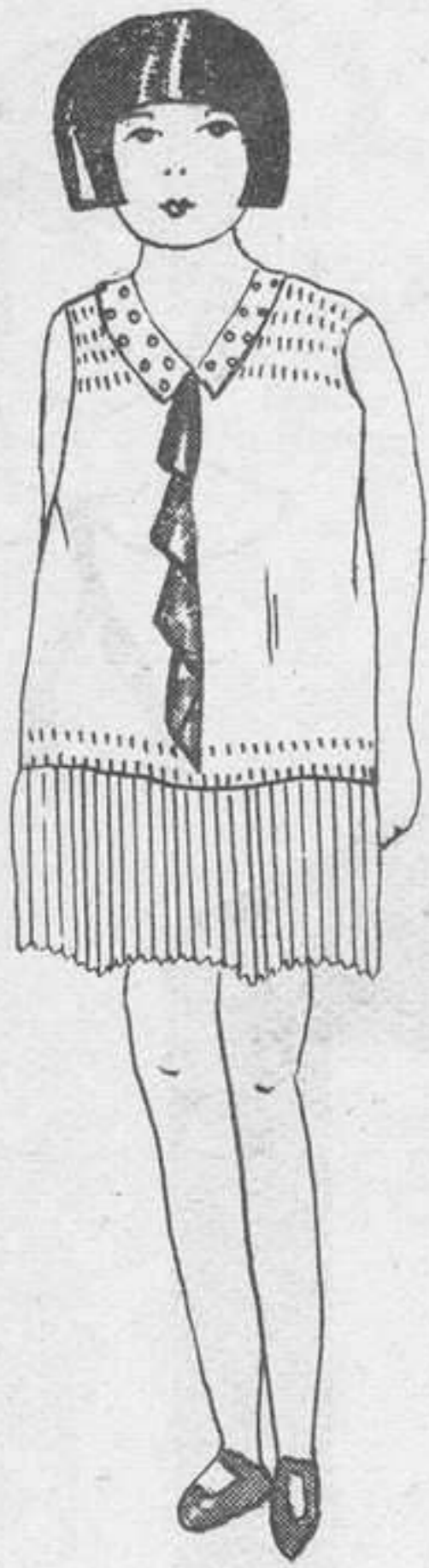


¿Hay nada más bonito que una fiesta infantil? Los pequeños bailarines, tan bellos, engalanados por el orgullo de sus mamás, tienen una gracia singularísima. Me encanta ver sobre los cabellos cortos de las niñas una estrecha cinta de terciopelo o de plata ribeteada con florecitas de seda rosa. Este tocado les da un pequeño aspecto ceremonioso, que no perjudica, sin embargo, el encanto infantil. Es menos banal que el ancho lazo «mariposa» hoy visto en todas partes. He encontrado en una niña muy elegante aquel lazo, pero lo llevaba liso y plano. Esto constituía una originalidad de muy buen tono.

Aparte tomado en una fiesta infantil en el momento de una distribución de juguetes. Estos dos encantadores «babys», hermano y hermanita, se hallaban vestidos con «toile» de seda azul guarnecida de diminutos volantes de muselina blanca. La niña llevaba una falda plisada; el niño, una chaquetita respunteada sobre una blusa de crespón de China blanco.

Dos gabancitos para la salida. El de la izquierda, ligeramente «en forma», es de terciopelo blanco, surcado de respuntes de seda; a la derecha, un gabancito en «drapella» color «mastic», con dos tablas profundas, colocadas a ambos lados, y un bolsillito respunteado. Cuello y solapas, de hechura sastre.





TOTE LEON

La sencillez es, a veces, un adorno encantador. He aquí, por ejemplo, un trajecito de vestir, fácil de copiar. Es de crespón de China rosa y los hombros están guarnecidos con calados bordados. Este calado puede ser hecho a mano en el mismo tejido, o bien, en último caso, a máquina, lo que resulta menos elegante, pero mucho más fácil de hacer. En los volantes plisados, dos o tres hileras del mismo calado ofrecen un aspecto primoroso. La chorrerita está hecha con un volante «en forma», de «crepe-satin», rosa. Puede reemplazarse por un lazo de terciopelo negro.

He aquí otro vestido de crespón de China. El tejido es muy práctico, puesto que puede lavarse perfectamente. Os aconsejo plisarlo con pliegues muy profundos, pero bastante anchos, para poder, en caso de necesidad, plancharlo nuevamente. El vestido es muy sencillo. Su originalidad consiste solamente en un terciopelo negro, que pasa por dos anchos ojales. Es éste el gracioso detalle que debemos hallar para los vestidos de los niños. A fin de obtener más elegancia, este mismo modelo se hace en tul crudo, y la cinta de terciopelo, en lugar de ser negra, puede ser verde-musgo o color castaño. Si el vestido es de tul blanco, la cinta deberá ser rosa o azul.

Algunas niñas llevan, igual que sus elegantes mamás, trajes de muselina de seda con encajes. Este modelo es de muselina de seda blanca y encaje ocre. Puede convenir a una damita de honor en una boda. Para ésta, «Jeanne Lanvin», que es el gran oráculo en la materia, prefiere los vestidos de «style», muy largos, en tisú de plata o en muselina de seda rosa. En la boda de la Princesa de Orleans, sus damitas de honor parecían salir de un cuadro de Velázquez. Llevaban largas faldas, muy fruncidas, sobre un corpiño liso, y un gorrito bordado con perlas. Claro que es preciso, para que pueda permitirse una originalidad de indole tan refinada, que el resto del cortejo sea muy elegante.



Apunte de un vestido de tul, tomado en una boda reciente. La falda, tableada, va unida al cuerpo con una cinta de terciopelo. Las mangas están fruncidas sobre un terciopelo idéntico al que ribetea el escote redondo, adornado a su vez con un ramillete de flores de seda. El conjunto, es adorable de lozanía y de color. La unión del terciopelo azul y el tul rosa ofrece un delicioso efecto «Pompadour».

Casaques



Es muy agradable tener, cuando estamos en el campo, un gabancito fácil de poner, que cubra las blusas o los vestidos ligeros, bien cuando haga fresco o, simplemente, cuando queramos cambiar el aspecto de una *toilette*. En estos momentos nos agradan, para estas prendas, los tejidos abigarrados, como son las cretonas antiguas con arcáicas florecitas en tonos malva, gris, *beige* o sonrosado, sobre fondo crema. Se han empleado los tejidos pespunteados con guatina para hacer gabancitos cálidos, y se han ribeteado de una piel de pelo corto —nutria o topo, por ejemplo—. Esto es algo difícil de ejecutar. Mucho más sencilla es la pequeña *casaque* sin mangas, que presta a los vestidos una nota elegantísima. Evitaréis cuidadosamente elegir tejidos de grandes dibujos, como las cretonas de anchos ramajes, usadas en los muebles, y excesivamente vulgares. La tela

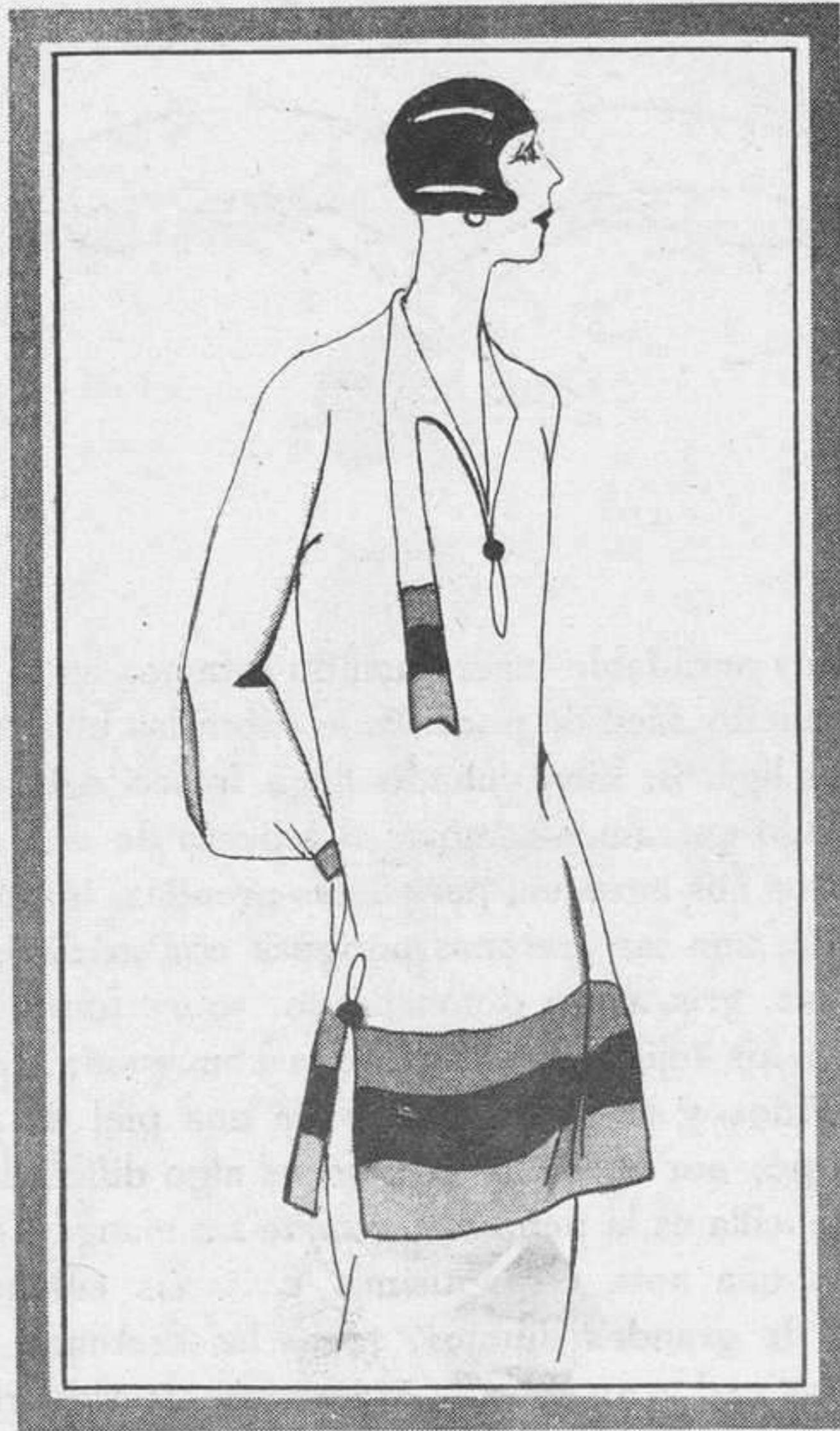
«*Martial et Armand*» exhiben unos blusones hechos con presillas de seda o cintas entrecruzadas. Es una labor difícil, pero que se presta a lindos efectos de color. El adjunto modelo es de presillas de seda oro viejo, ribeteadas con un tono castaño.

Gabancito de cretona; el cuello es holgado, aunque bastante alto. Lleva a los lados una ligera indicación de vuelo y las mangas se ensanchan en su parte inferior.



«MARTIAL ET
ARMAND»

He aquí una blusa de «toile» de seda o de «toile» de hilo, lisa, azul claro, guarnecida con tiras azul oscuro, motivos de «soutache» y borlas. Resulta encantadora con una falda plisada.



Este largo y elegantísimo blusón de raso es más «de vestir» que los anteriores. Se adorna con tiras de raso en varios matices de la misma gama de color. Es blanco y las tiras están matizadas en «beige», marrón y naranja.

debe ser flexible y sin apresto, y si sois esbeltas, bastará con cortar un rectángulo, reservando en su centro un hueco para el escote, redondo. Si no sois.. muy esbeltas —lo que puede ocurrir, a pesar de la moda— os aconsejo la costura sobre los hombros, que permite sesgar o levantar el tejido a un lado, según indica el grabado. Dejaréis después anchas y rectas las sisas de las mangas y ribetearéis el tejido con una presilla adecuada al dibujo. Idéntica presilla ribetea los dos bolsillitos y el escote. Queda aún por hacer las dos costuras bajo los brazos, después de haber forrado la *casaque* con una seda ligera. ¡Cuántas blusas deslucidas, parecen nuevas merced a este pequeño accesorio!

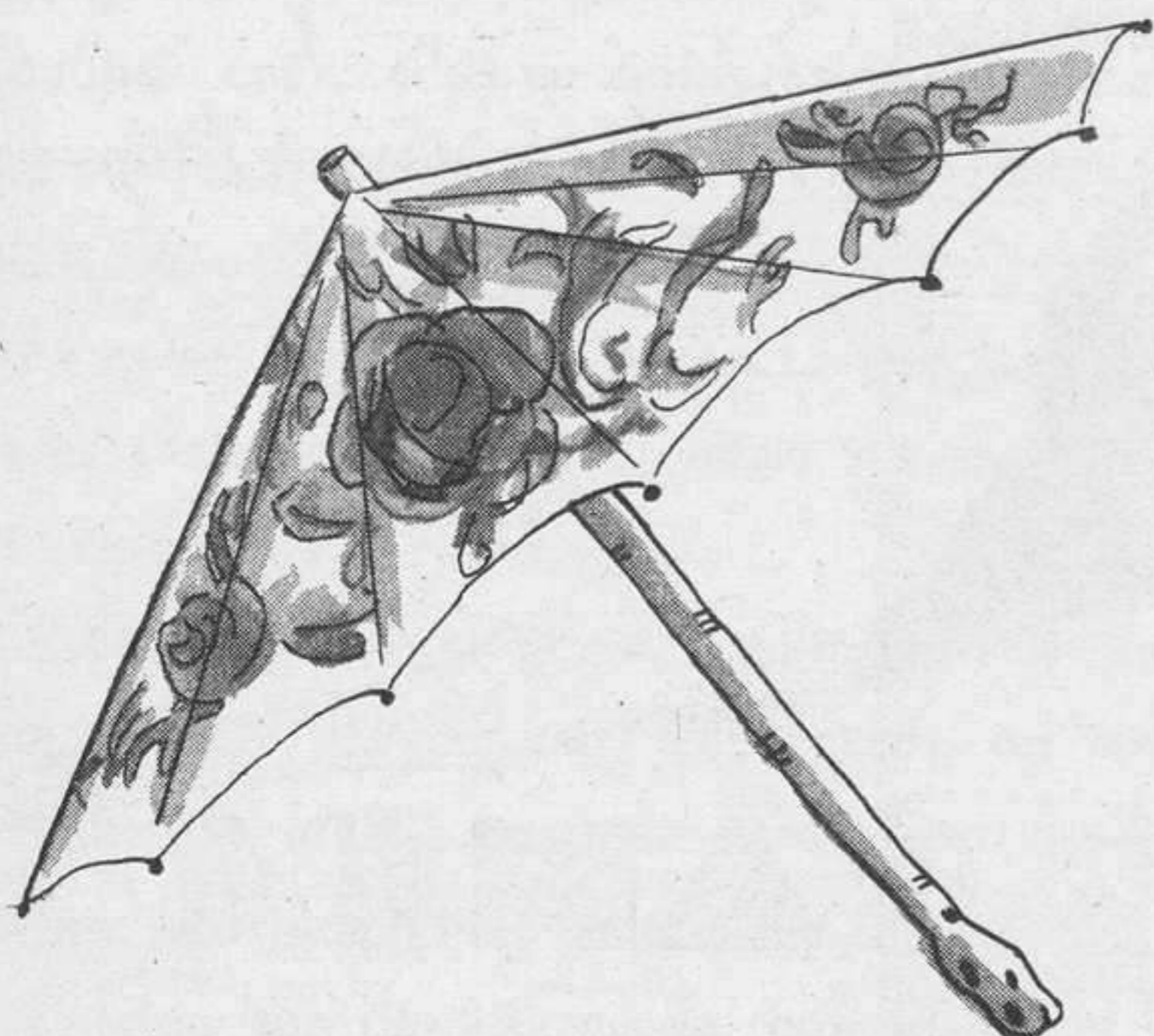


Blusa de crespón de China, fruncida en el escote y que cierra a un lado. Un pequeño bolsillo abotonado le imprime un sello de novedad. En las mangas breves aparecen aos tiritas respunteadas y adornadas con botones.



Este pequeño «jumper», de cretona antigua, puede hacerse también sin mangas, con una costura a un lado. Los dibujos de la cretona han de ser menuditos y las preferencias de la moda van, en este caso, a los tonos neutros.

SOMBRILLAS



He aquí la sombrilla de moda. Es de «toile de Jouy» con dibujos multicolores. Su forma plana, con doce varillas, le da cierto airecillo japonés.

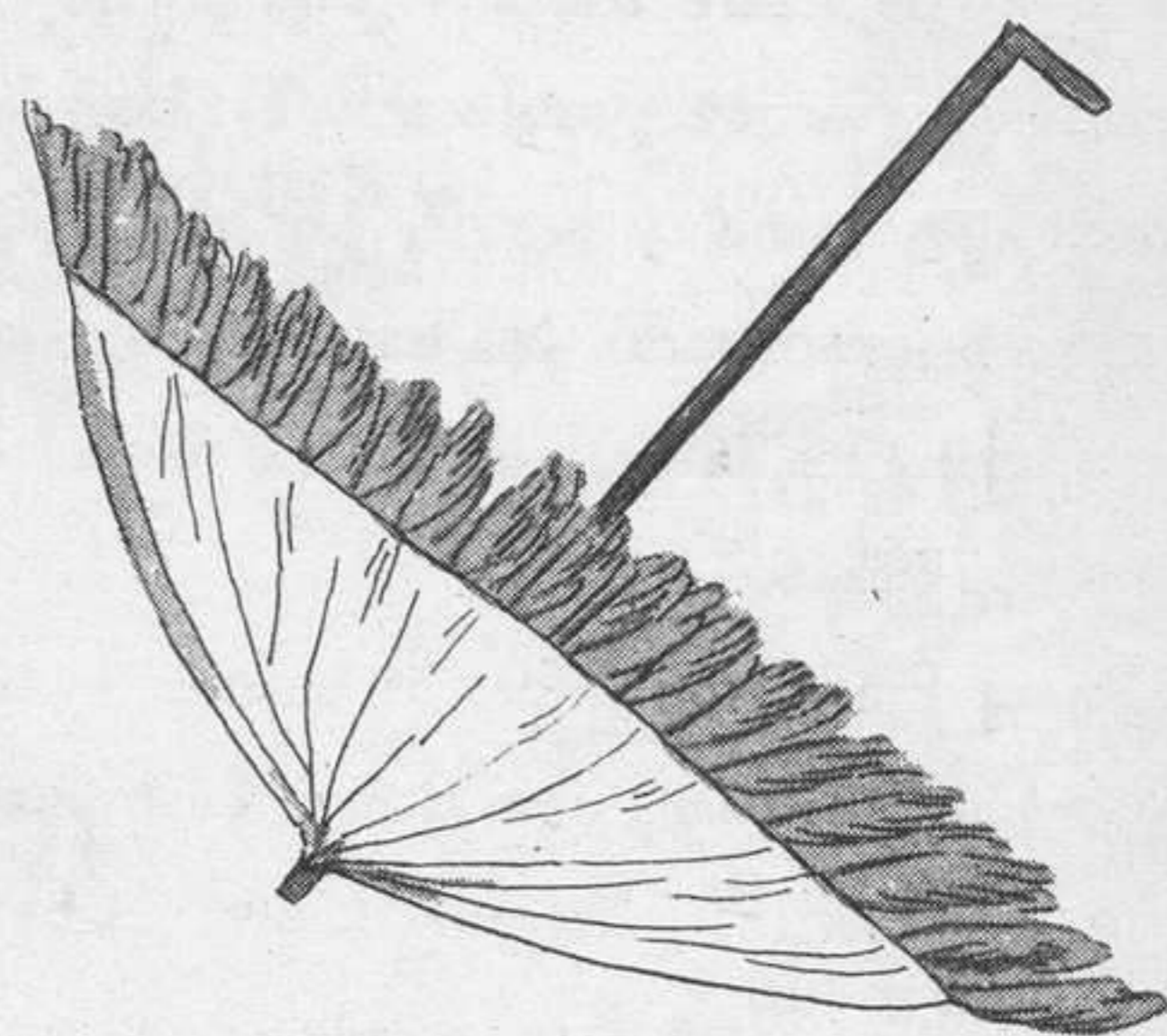
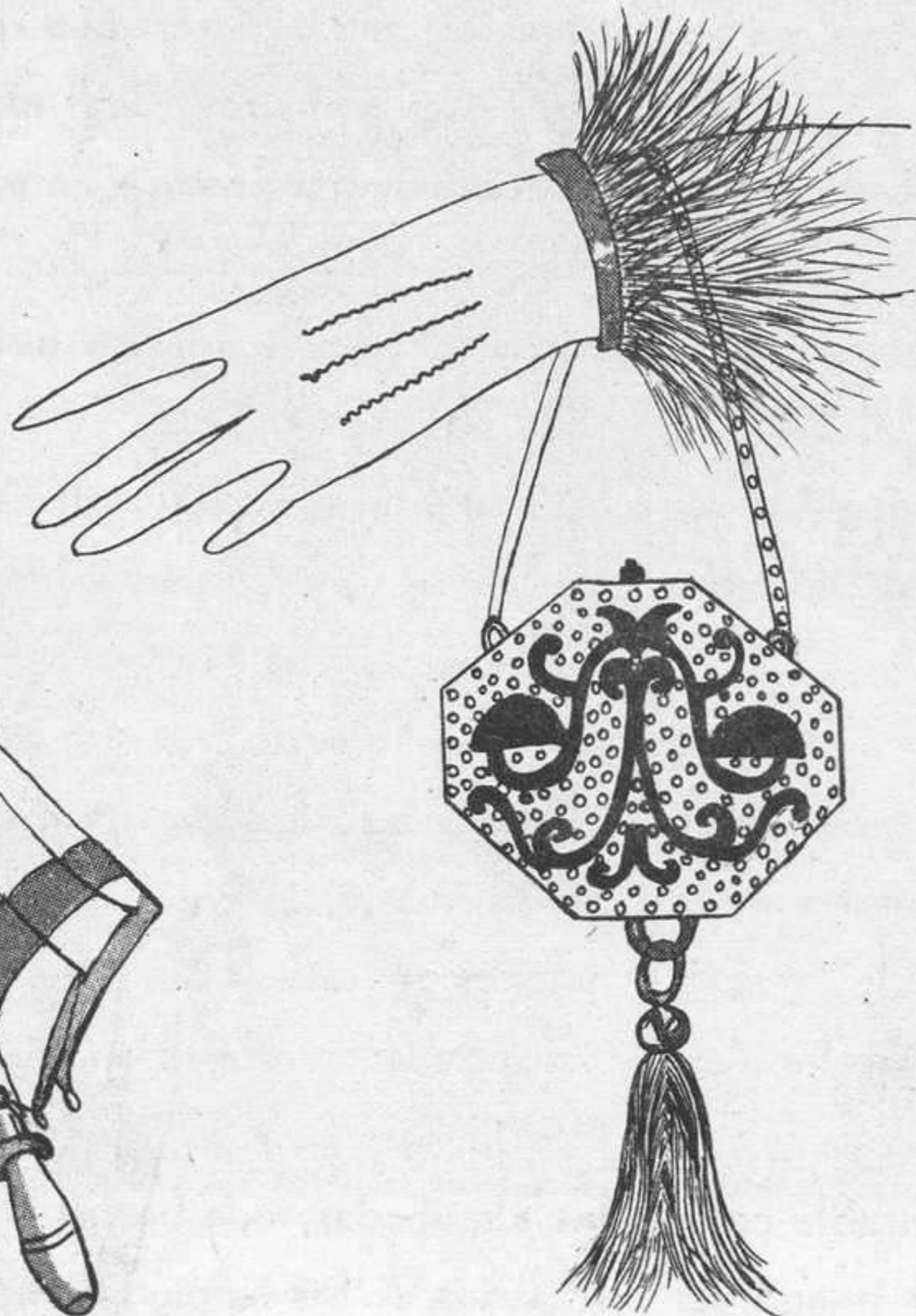
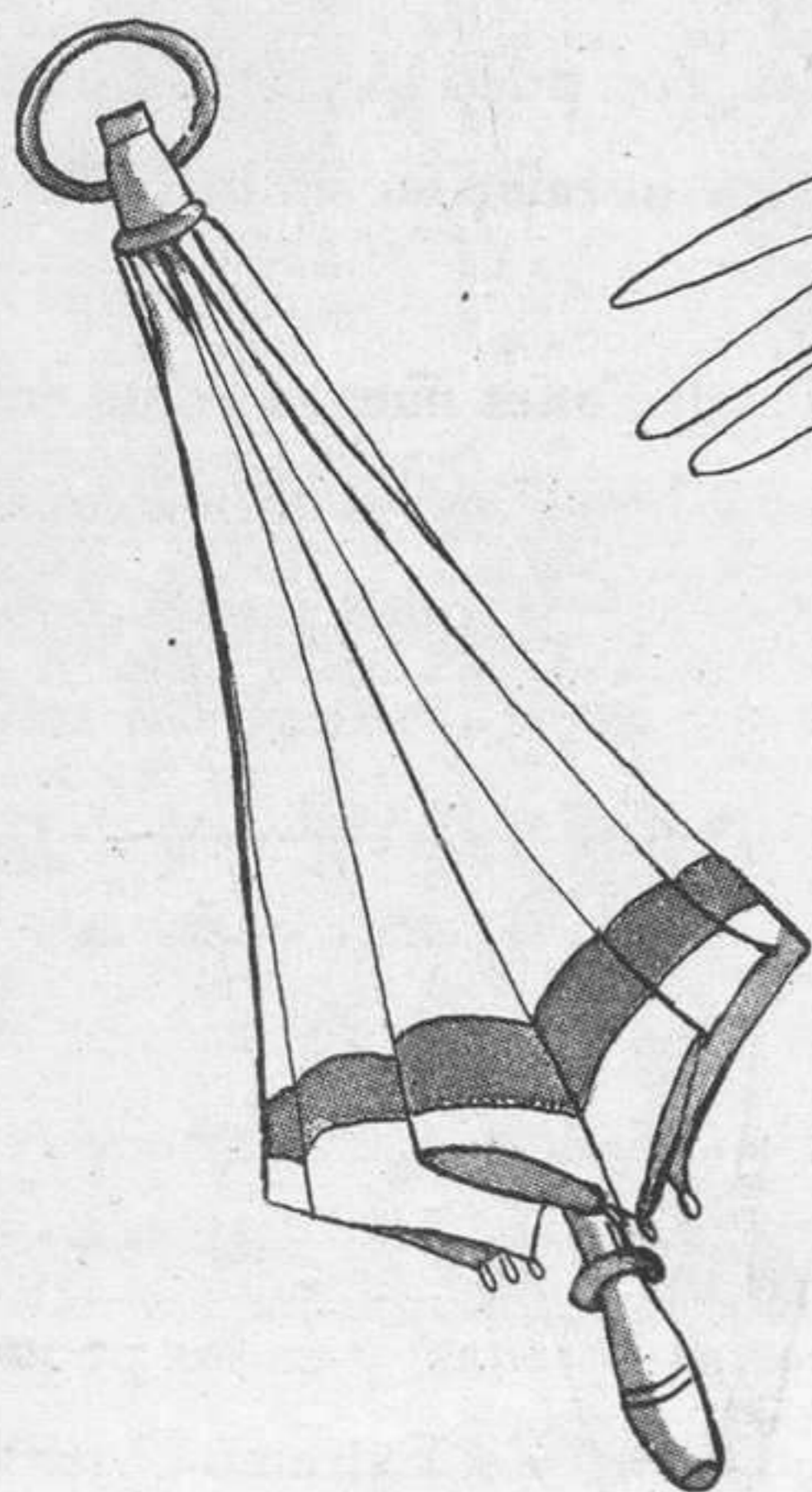


Las cuentas de fantasía siguen en boga con los vestidos de verano. Estas están dispuestas de una manera original y van mezcladas con unas piedras verdes que imitan esmeraldas. (Winter.)



He aquí un curioso «en tout cas» de reducido tamaño, que se lleva colgado de la muñeca, merced a un aro que tiene en la contera.

Este bolso, enteramente cubierto de «stras» y con dibujos de onyx y rubies, ha sido visto colgando de la mano enguantada de una elegantísima dama en Deauville.

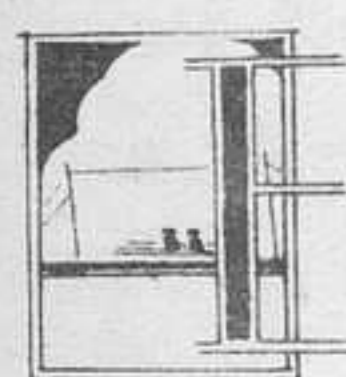


«Worth» ha hecho unas sombrillas de una fantasía divertida. Son de muselina de seda y las rodea un fleco de plumas de gallo.

DETALLES



LA CASA DE CAMPO



Es delicioso amueblar una casa de campo económicamente, buscando ideas ingeniosas y utilizando los recursos que pueda proporcionar el país. Muchas señoras se revelan en su casa, por el cuidado de decorar y arreglar ésta, como verdaderas artistas. Buscan un carpintero hábil, o simplemente dócil, a quien dirigir, y no temen ponerse un mandil de pintor, ni servirse del *ripolín*, pintura esmalte que proporciona tonos deliciosos. De esta forma, una habitación sencilla puede transformarse en un bellísimo estudio moderno.

Quiero hablaros ahora del diván y los almohadones. El diván es, entre todos los muebles, uno de los más prácticos, porque puede ser transformado, durante la noche, en cama, y servir, por consiguiente, para un huésped inesperado. No hay casa que no tenga un diván; pero éste, la verdad, puede ser adornado con más o menos gusto.

Primeramente, colocaréis bajo el *sommier*, gruesas y sólidas ruedas de poca altura. El colchón estará bien lleno y mullido, y su funda será independiente de la del *sommier*. Para ésta, lo mejor es una tela lavable, que pueda cerrarse con automáticos. Dos fundas alargadas y redondas contienen, una, el *traversin* (1), la otra, dos cuadrantes doblados. Es indispensable colocar una tela como respaldo al diván, que puede ser igual a la de la funda. Debe ser fruncida y sujeta con anillas a un barrote.

Todo esto es corriente y lo sabéis tan bien como

(1) Almohada larga, redonda y rígida, utilizada en Francia.

yo; pero lo que me parece digno de mención son los soportes que se colocan a cada lado del diván y que, por una suma relativamente pequeña, añaden al mueble una gran elegancia.

Y ahora es cuando entra en funciones el carpintero del lugar.

Le mandaréis hacer dos cajones rectangulares, algo más altos que el diván. Si los preferís cerrados, podrán servir de armarios pequeños; si abiertos, de preciosas librerías, que pintaréis con *ripolín*, en tonos vivos. Aún podéis mandar hacer unos estantes de tablitas desiguales, que sujetaréis con dos ganchos a ambos lados del *sommier*. De esta forma, con poco que sepáis pintar al *pochoir*, daréis a vuestra instalación un inconfundible sello de originalidad.

Acabo de ver dos instalaciones nuevas en un castillo de Normandía. En una habitación bastante sombría, la dueña de la casa imaginó reunir todos sus *bibelots* chinos, que no eran, por otra parte, de un gran precio. En el fondo hizo colocar un diván de raso negro, con la funda del colchón del mismo tejido; a cada lado, dos cajones de madera pintados con laca roja. En un panel redondo, de papel rojo, engastado en una moldurilla, hizo dibujar un gran dragón negro. Y nada de cojines: las almohadas, con borlas doradas, y en los pequeños armarios de los lados, *bibelots* del Extremo Oriente. El conjunto ofrecía un gran carácter, no obstante haber costado muy poco.

En el primer piso, la hija de los dueños tenía, igualmente en su habitación, un diván; pero éste se hallaba cubierto de cretona blanca con flores azules. Habían



colocado a la cabeza y a los pies dos biombos del mismo tejido engastados en molduras azules. En el fondo, una cortina fruncida, sobre una varilla plateada. Todo era risueño.

La cama, facilísima de hacer. La graciosa poseedora de esta estancia recibía en ella a sus amigas como en un saloncito.

Ciertos divanes exigen una multitud de cojines, aunque, a decir verdad, esto está pasado de moda. Los cojines con divisas bordadas son divertidos y pueden formar combinaciones indefinidas.

Pueden ser de tela cruda, con la divisa bordada a punto de cruz, en seda negra o de color.

Se elige un verso, una frase amable, o, en ciertos casos, una serie de frases que se complementan unas a otras.

He conocido una casa donde se imaginó bordar una colección de cojines con figuras de palabras cruzadas;

otra, donde reprodujeron sobre terciopelo negro las principales figuras del *mah-jong*; otras, en fin...

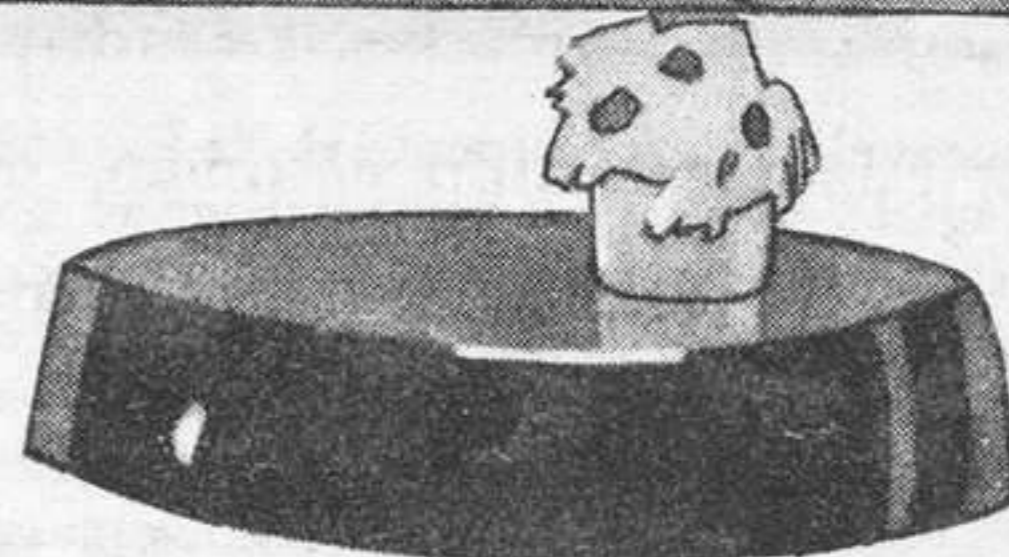
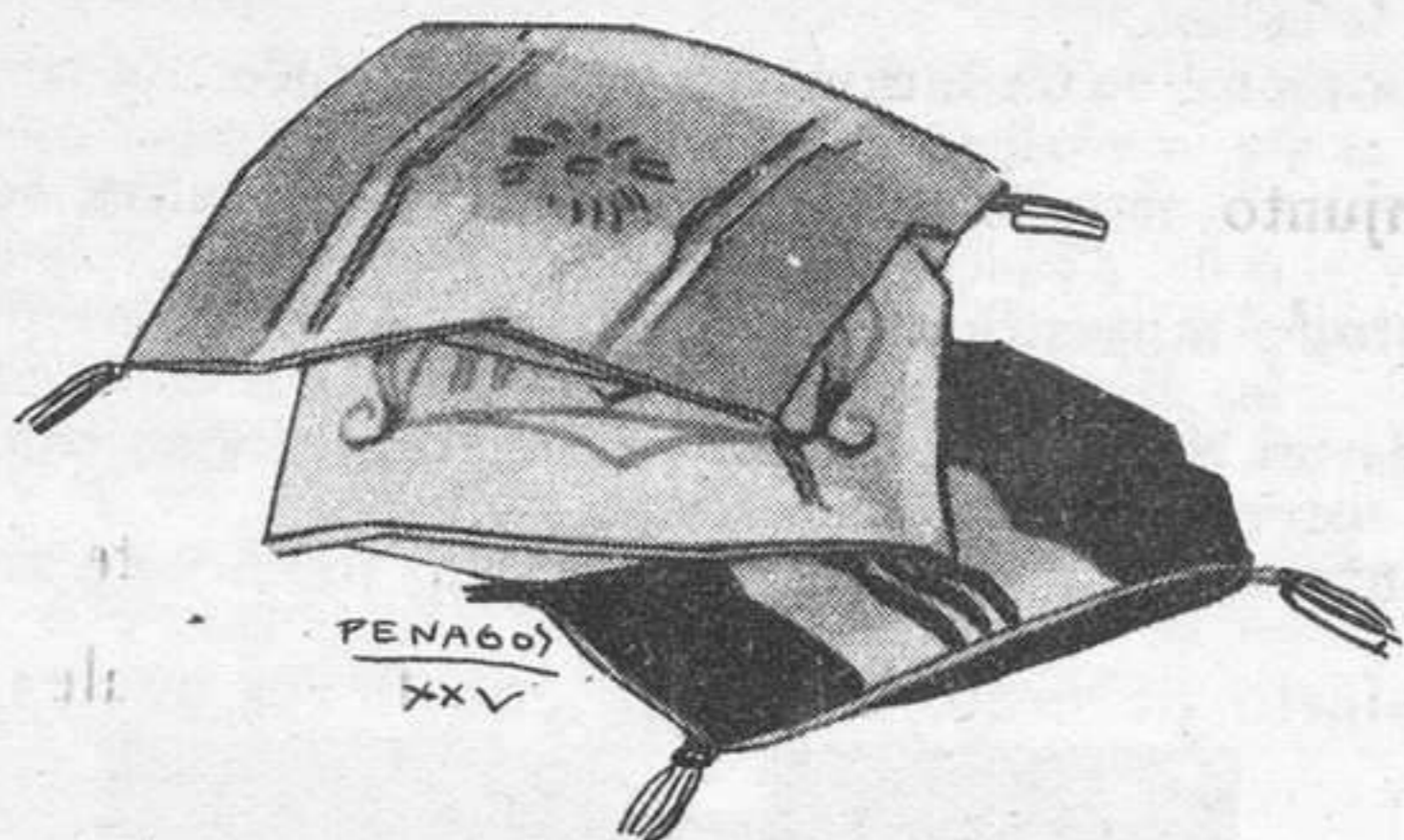
Pero basta en estos casos encontrar una idea y saberla aplicar oportunamente.

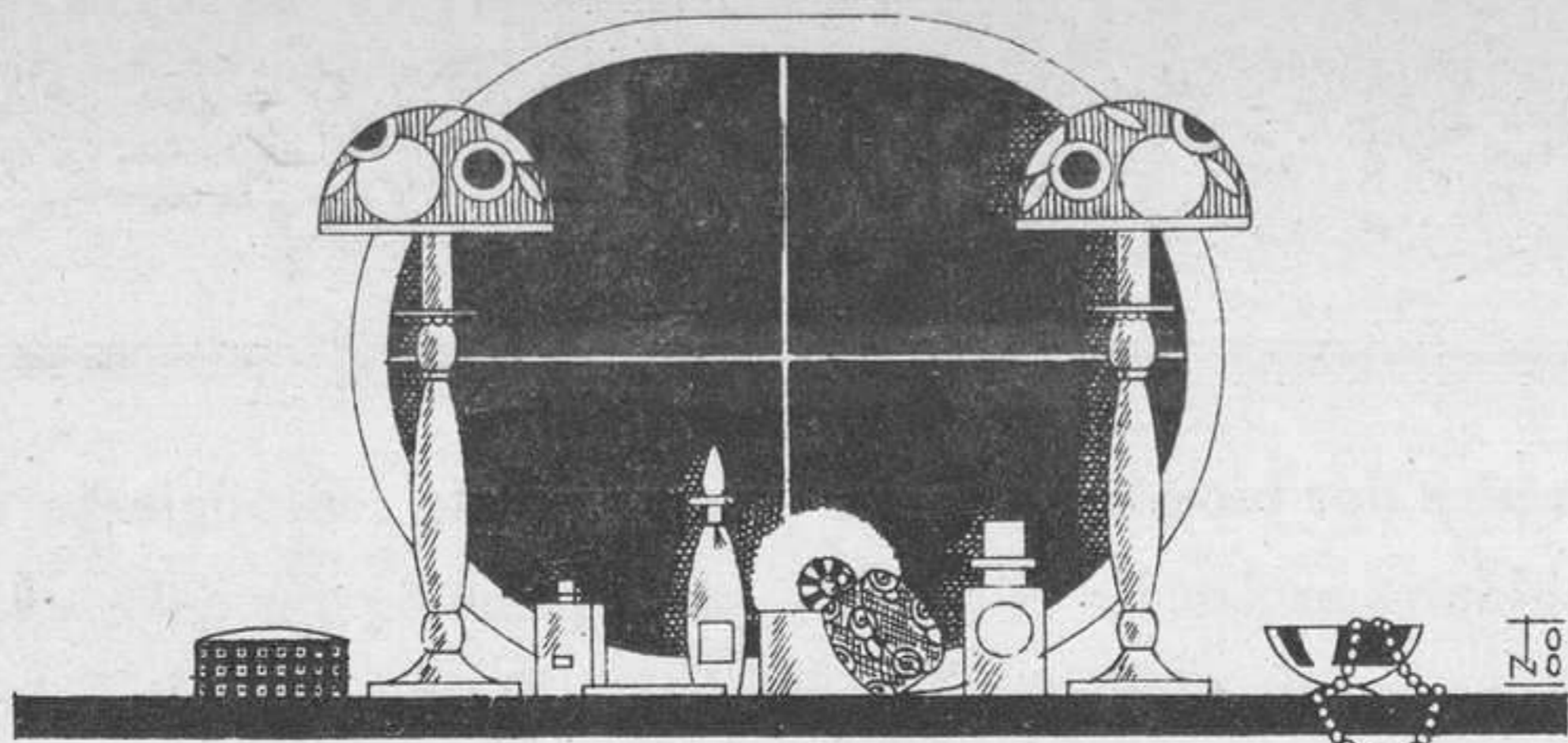
Bastará buscarla aplicando la voluntad al deseo de embellecer la casa y de hacerla más agradable.

¿Necesitaré hablaros de los infinitos recursos que ofrecen los pañuelos de aldeanas para hacer cojines, pantallas o mantelillos?

Sé de una señora que, llegada a un pueblo, y encontrando instalada la luz eléctrica, pero sin los aparatos necesarios, empleó en su casa para aquel uso algunos platos pueblerinos, en los que hizo un agujero, a fin de dejar pasar por él la tuerca de las bombillas.

Todo esto es encantador, porque nace de un cerebro femenino y lleva el sello del deseo de ser amable. Embellecer su casa, hacerla risueña, es la coquetería más encantadora que puede poseer una mujer.





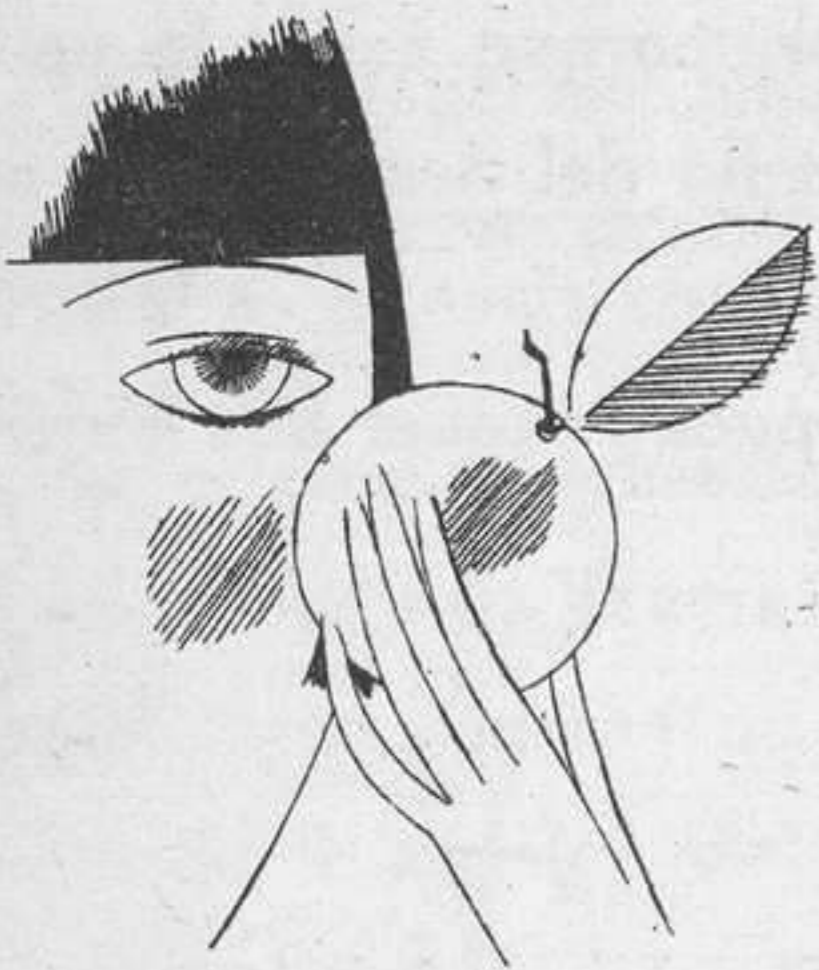
EN EL TOCADOR

SABER empolvarse es un arte difícil y delicado que poseen muy pocas mujeres, a pesar de su coquetería. He sido sorprendida en alguna reunión elegante, por rostros demasiado blancos, con polvos excesivamente claros; por mejillas muy rosas, cubiertas de una crema grasienta; por fisonomías, en fin, afeadas por un *maquillaje* intempestivo. No es suficiente querer ser bella; es preciso saberlo ser, y algunas mujeres poseen esta ciencia en un grado supremo. Recurren a todos los artificios, sin

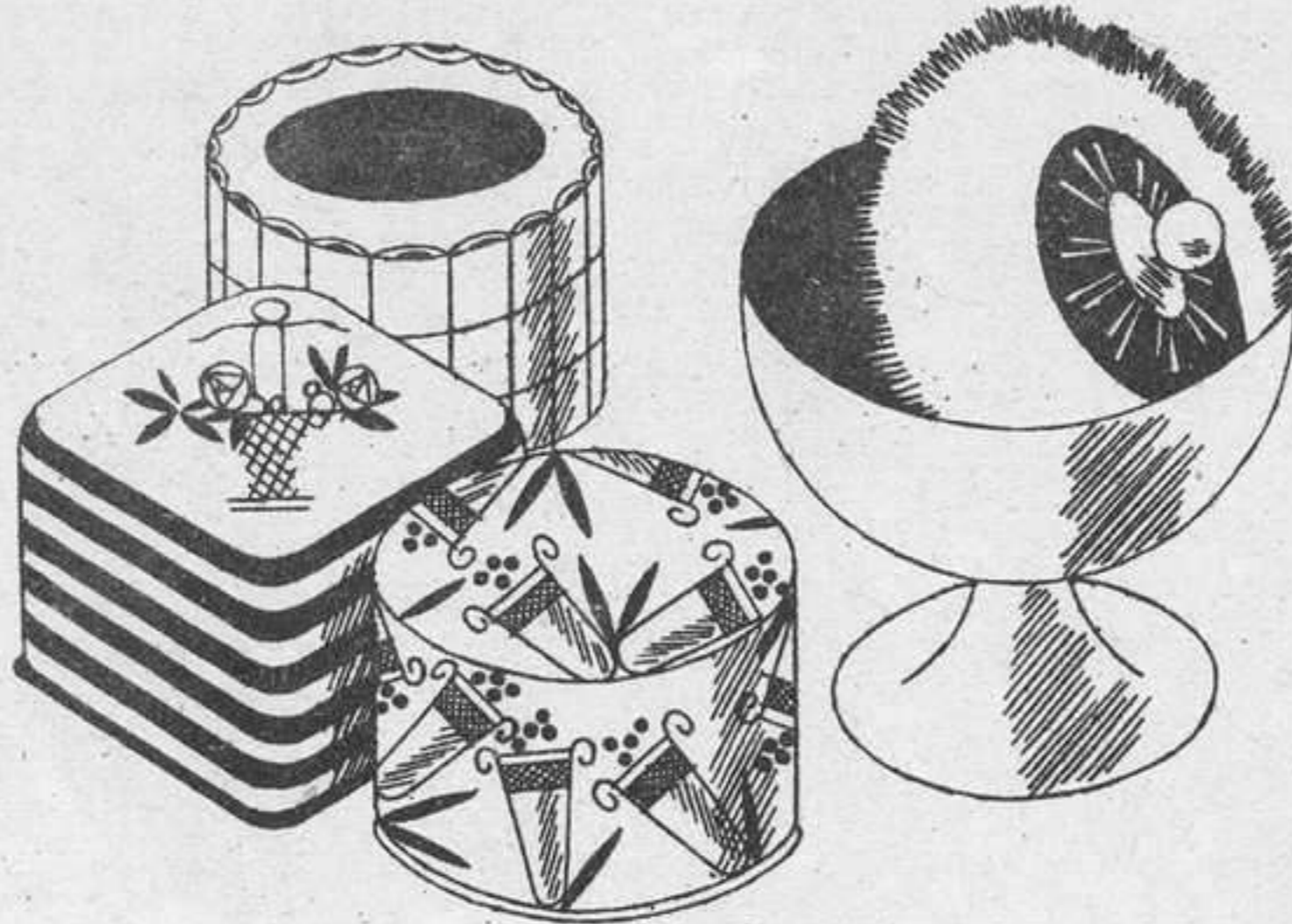
que estos se hagan visibles. Saben exactamente dónde deben colocar el rojo para que parezca natural, y saben empolvarse minuciosamente, teniendo en cuenta el matiz de su piel. Esto es de una importancia capital: muchas mujeres creen que esclarecen su tez, eligiendo unos polvos blancos o de un matiz demasiado

dables reflejos. Lo colocaréis, desde luego, con pequeños toques delicados, teniendo en cuenta el óvalo del rostro. Sobre una cara redonda, el rojo debe ponerse más alto que sobre un rostro delgado. Otras veces, debe colocarse a los lados muy hacia atrás para alargar el óvalo. Es preciso som-

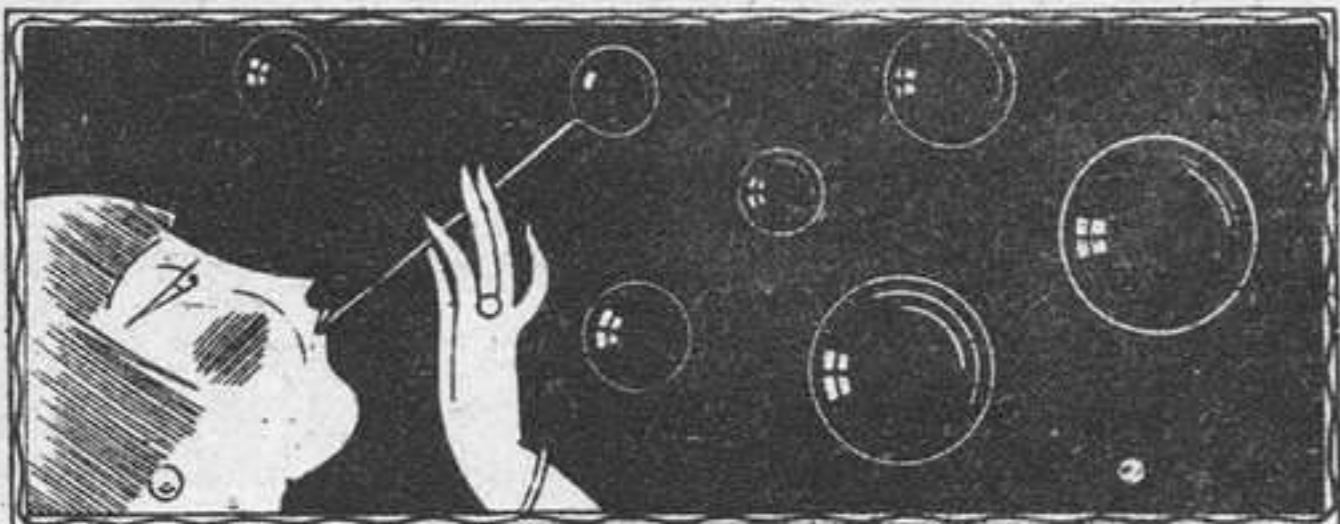
Sin recurrir a los maestros del arte, una mujer, con tal de que sea cuidadosa, puede muy bien proporcionarse los polvos de arroz que le convienen. Le bastará con adquirir dos o tres cajas y hacer con ellas algunas mezclas, hasta obtener exactamente el matiz deseado. Las rubias, mezclan polvos malvas con rosas y blancos, pero es preciso hacer esto con mucha discreción. Hablando del colorete, os diré que lo prefiero en pasta, pues en polvo se coloca menos fácilmente, así como prefiero también el rojo anaranjado al rojo oscuro. Se destaca menos y da más agradables reflejos.



claro, y llegan así a resultados desastrosos; el cuello parece ennegrecido, y el color de los cabellos, de las cejas y de los ojos, se halla en desacuerdo con esta pintura torpe. Hoy día, no hay una mujer coqueta en París que no se encargue los polvos, matizados exprofeso para el color de su tez. Los institutos de belleza poseen grandes cantidades de colores diversos que, mezclados cuidadosamente, acentúan el tono ocre, sin llegar a la exageración del año pasado. ¿Quién no recuerda a aquellas infelices que creían embellecerse pintándose hasta llegar a parecer indias? Afortunadamente, este capricho pasó muy pronto.



brear las mejillas, procurando no descender más allá de la línea de la nariz, y, sobre todo, evitando que el color forme manchones, pues el efecto es deplorable. Los polvos de arroz colocados sobre el colorete, atenúan éste. En cuanto a los ojos, aconsejo que no os los pintéis durante el día. Si acaso, podríais pasaros un ligero cepillo, humedecido en negro, tanto por las pestañas como por las cejas, pero sin pegarlas ni hacerlas pesadas. Os ruego la mayor discreción y que eludais el empleo del lápiz. Nada envejece ni afea tanto como el uso inmoderado de los afeites. Os hablaré, en la semana próxima, de la manera de embellecerse para la luz artificial



La hija de Roosevelt, el expresidente de la República norteamericana, esa linda «girl» que llegó a escandalizar al mundo entero con sus graciosas extravagancias, y que mereció por su popularidad el sobrenombre de «La Princesa Alicia», hoy ya señora de Longworth, ha tenido una genialidad muy norteamericana: ha aceptado el ofrecimiento de una casa de perfumería de cuyo nombre no queremos acordarnos, y ha comenzado a posar para un retrato que más tarde ha de servir para cartel anunciador de una crema de belleza.

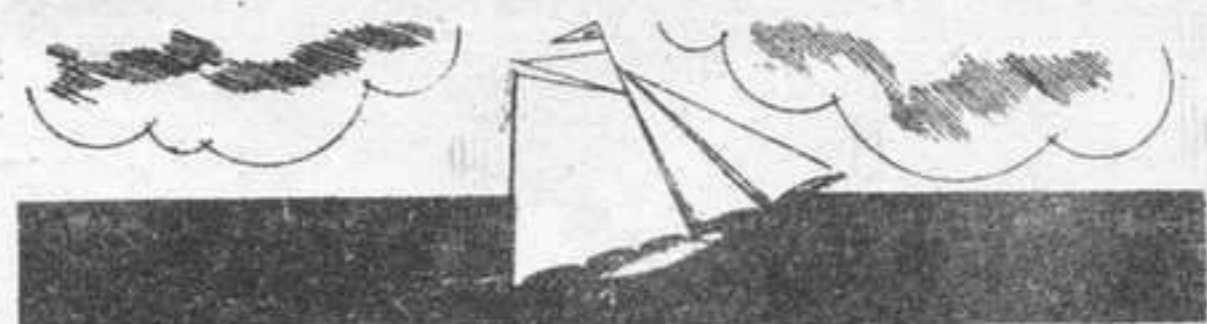
Por ello, recibirá la señora de Longworth la apetecible cantidad de 25.000 dólares, que íntegra destinará para dote de su hija, una linda criatura de mes y medio de edad.

La extravagancia merece disculpa y resulta simpática cuando, como en este caso, está inspirada en el amor maternal.

Un médico inglés acaba de publicar el resultado de las investigaciones que ha practicado para saber por qué son más bonitas las mujeres que los hombres. El doctor ha hecho observaciones en 1.600 mujeres de todas las razas y de los pueblos más diversos del mundo, y ha sacado en conclusión que la mujer debe su belleza al poco esfuerzo físico que está obligada a hacer.

Los estudios profundos, el trabajo intelectual grande, las preocupaciones de los negocios, ejercen una influencia real y perjudicial sobre la belleza.

Para probar su tesis, el médico cita un ejemplo. En la India inglesa existe una tribu, la de los Zara, en la cual están trocados los papeles de la sociedad europea. Allí es la mujer quien, «conforme a las reglas del mundo animal —dice el doctor— se declara al hombre, dirige los asuntos del Estado, desempeña los cargos públicos y atiende a las necesidades del hogar, mientras que el hombre puede decirse que no hace nada; y allí los hombres son guapos y las mujeres disfrutan una fealdad respetable».





Los niños auténticos

La madurez no puede manejar lo infantil sin dejar en ello torpes huellas digitales



En esta sección publicamos ocurrencias, frases, actitudes infantiles capaces de interesar, de conmover o de divertir a nuestros lectores y enviadas por ellos mismos. Podrán publicarse con nombre y apellido exactos o supuestos; pero el hecho relatado debe ser absolutamente real. El remitente podrá firmar con su nombre, con iniciales o con seudónimo.

Carmencita (once años) a su padre, médico famoso:

—Papá, una niña de mi colegio dice que su abuelo tiene la sangre azul. ¿Qué enfermedad es esa?

□ □ □

Babis (dos años), con ese instinto de propiedad que brota tiránico en los niños mucho antes de que puedan inculcárselo los tratadistas de la derecha o los intereses del capital, se apropia cuanto encuentra. Y aunque apenas sabe hablar, ya dice tan clara como frecuentemente:

—¡Mío! ¡Mío!

Un día su madre, buscando una suave derivación pedagógica, le dice mostrando varias cosas:

Mira: *tuyo*, no; *tuyo y mío*: el traje, *tuyo y mío*; la silla, *tuya y mía*; los zapatos, *tuyos y míos*.

—*Tuyo y mío* —repite Babis, sin gran convicción.

Días después Babis está enredando y ha cogido el reloj de su madre que, naturalmente, peligra.

X.

—Deja eso, Babis; es el reloj de mamá.

—¡No! —protesta Babis—. ¡Tuyo y mío!

□ □ □

Tenia Paquito F. de C. tres años y acababa de nacer su primera hermana. Paquito, muy mimado, no miraba con muy buenos ojos a la nueva participante de caricias ni a la nodriza, que parecía ser también personaje importante, capaz de reclamar su parte de cuidados y atenciones.

Pasaron pocos días y uno de ellos Paquito fué en busca de su madre, estuvo mirándola un rato y al fin se decidió a decir:

—Mamá: esa niña y ese ama, ¿por qué no se vuelven a París?

G. F. DE C.

□ □ □

El novio de Piluca, oficial de la Escolta Real, solía ir de uniforme a casa de la novia todas las tardes. José Mari, hermano de Piluca, no había cumplido entonces cuatro años y llamaba al novio de Piluca el *soldao*.

Una tarde andaba José Mari correteando por la Castellana cuando pasó, de uniforme, un cabo de la Escolta. José Mari gritó: «¡Un *soldao!*», y yéndose derecho a él, le dijo a gritos:

—¿Por qué no subes a hablar con Piluca?

R. C.



(Continuación de LA AVENTURA DE MISTER BUTTERFIELD.)

Butterfield retrocedió un paso, diciendo:

—Vizcondesa, si no se retira usted a su cuarto, abandonaré esta casa —y se dirigió a la puerta.

—¡No, no! ¡Oh! No sea usted tan cruel.

Habían sonado pasos fuera de la casa y llamaban a la puerta.

—¡Oh *mon Dieu!* —exclamó la vizcondesa juntando las manos.

Repitieron la llamada.

—¡Se va a despertar Antón! —exclamó.

—Suba a escape —dijo Butterfield entre dientes—. Ande de prisa. Luego abriré la puerta.

La señora dió unos pasos y cayó al suelo.

Repitieron la llamada diciendo: —¡*Ouvrez!*

—¡Dios me socorra! —exclamó Butterfield, cuya frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor. Inclínose sobre la vizcondesa y trató de levantarla, pero, evidentemente, se había desmayado.

Llamaban nuevamente. Había que interrumpir a todas aquellas llamadas y abrió.

Entró un hombre barbudo.

—¡*Savristi!* —exclamó mirando a Butterfield y a la vizcondesa— ¿Qué diablos hacen ustedes aquí? —preguntó en francés.

Butterfield se retorció el bigote sin saber qué repliar, y al fin dijo:

—¿Quién es usted?

—¿Qué quién soy? Pues el amo de esta casa, caballero. Tenga la bondad de decirme quiénes son ustedes y a qué han venido aquí.

La vizcondesa se movió, se incorporó y se quedó mirando a los dos hombres.

—Repito que soy el amo de esta casa. ¿Quiénes son ustedes?

—¡El amo de esta casa! —exclamó la vizcondesa—. Pero, ¿no decía usted que era suya, señor teniente coronel?

—No —repuso Butterfield—. Vine aquí como ustedes, buscando refugio, y entré por una vidriera que estaba abierta.

—Entonces, ¿quién es esta señora? —preguntó el recién llegado.

—¡*Mon Dieu!* —exclamó con voz ronca la vizcondesa—. Le ruego que no hable tan alto, porque se va a despertar mi esposo.

—¡Su esposo! —repitió el amo de la finca—. ¡Pues me gusta la situación! —Se echó a reír—. Bien ha aprovechado usted la noche, caballero. Se ha instalado en una casa que no es suya, y ahora estaba usted con una señora que no es su mujer.

—No es preciso que empeore usted las cosas alzando la voz —dijo Butterfield enrojándose de ira.

—La alzaré cuanto me dé la gana, aunque sea hasta el tejado —repuso el otro—. *Dame, oui*. Voy arriba a decir a ese infeliz marido lo que ocurre y ambos decidiremos lo que convenga hacer con usted. —Echó la llave a la puerta y se la guardó—. Ahora, *monsieur et madame*, veremos qué se hace.

Butterfield le vió subir la escalera. El contratiempo era grave. ¿Cómo podría dar una explicación satisfactoria al vizconde? El enredo era espantoso.

La vizcondesa interrumpió el doloroso silencio.

—¡Huya usted! —dijo cogiéndole de un brazo—. No tiene usted momento que perder. Antón le matará si se queda.

—¿Y a usted? —dijo Butterfield.

—No se preocupe por mí. Antón creará cuanto le diga yo, pero a usted no le creará una palabra. ¡Váyase! ¡Pronto!

Butterfield dirigió la vista a la puerta.

—Está cerrada —dijo.

—La vidriera —repuso la vizcondesa—. Ande de prisa o será demasiado tarde.

Arriba sonaban voces. Luego sonaron fuertes pisadas.

—¡Huya! —dijo la vizcondesa abriendo la vidriera de par en par. Sonaron pasos en la escalera.— ¡*Mon Dieu*, está usted perdido!

Butterfield no necesitó más recomendaciones. Huyó precipitadamente. La vizcondesa le vió alejarse y cerró la vidriera. Al mismo tiempo lanzó una sonora carcajada.

En la escalera apareció el barbudo. —¿Se ha marchado? —preguntó, y se quitó la barba, dejando al descubierto el semblante del vizconde de Montpellier y uniéndose al regocijo de su mujer.

—¡Oh, Antón! —exclamó—. ¡Qué comedia tan divertida! Pero tardaste mucho tiempo en llegar. Casi me pusiste en un compromiso.

—¡*Mon Dieu!* No era tan fácil bajar desde la ventana. ¡Vaya un susto que le hemos dado a ese hombre!

—Quizá le hayamos castigado demasiado severamente.

—Que no hubiese adoptado esta casa por suya. ¡Sí que le hemos dado que pensar al *monsieur*. ¡*Savristi!* Estuve a punto de soltar la carcajada cuando le hablaste de la guerra de China y de mi cobardía con el mandarín.

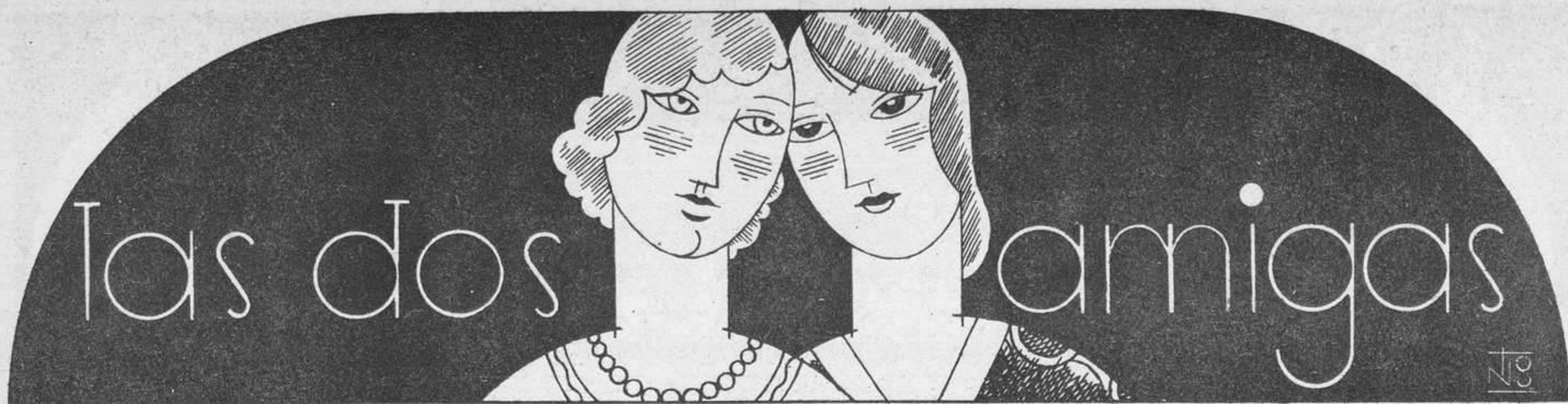
—Bueno —repuso la vizcondesa riéndose—. Ya es hora de dormir a nuestras anchas. Estoy cansada, Antón.

□ □

Quince días después recibía en Osselt, Mr. John Butterfield, un bulto procedente del extranjero. Contenía una bicicleta y varias prendas de ropa dejadas en Bretaña. Del guía de la bicicleta pendía una tarjeta con estas líneas:

«Con afectuosos recuerdos de monsieur y madame Beaudelaire, de la Comedie Française, y de la casa de campo de Val André.»

FIN



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

—¿Quieres verle porque es tu pareja predilecta? Ya sabes que el doctor de Ansauvillers no ejerce. Es el médico particular del príncipe. Además, con toda franqueza, prefiero a Bourtagne, que es un especialista.

—Pero, mamá, el señor de Ansauvillers es muy buen médico.

La señora Augerolle volvió a sonreír, y observó con indulgencia:

—¡Y además es un guapo mozo, te hace la corte y te gusta!

II

Odette se colocó su vestido de lana *beige* y encasquetóse el sombrero de raso del mismo tono. Con los brazos en alto, renovaba el gesto gracioso de las hermosas cenéforas, poniendo en estos últimos toques de su *toilette* el más exquisito cuidado.

Estaba encantadora.

Y ella lo sabía. Quedó contenta de su obra. Tenía una cita. Iba al encuentro del doctor de Ansauvillers.

¡Qué deliciosa obra maestra es una *toilette* femeninal! ¡Es un halago discreto, delicado y perfecto en obsequio del amado! Se han recordado sus cumplimientos, sus gustos, sus preferencias, eligiendo el vestido que elogió, el matiz que mejor sienta, el sombrero que más favorece. Hay, por decirlo así, un tierno pensamiento para él en cada pormenor de la *toilette*.

En el momento de acudir a la entrevista, hay aún, claro está, cierta incertidumbre acerca del éxito; se sonríe con algo de coquetería, con cierto temor y un poco de malicia; se confía en oír la frase amable que recompensará de los desvelos que para gustarle se han tomado. Cuando una palabra, una mirada, recompensan el trabajo, ¡qué radiante claridad ilumina el rostro de la mujer conquistada!, ¡qué llamarada de orgullo, de amor, de agradecimiento, embellece en un segundo las ardientes pupilas de la enamorada triunfante!

Odette siguió la avenida Henri-Martin y llegó al bosque por la Mesette. Detrás de los lisos céspedes las masas violetas de los árboles desarrollaban sus planos sucesivos hasta las colinas grises, que parecían nubes bajas sobre el hermoso horizonte.

Encontraba pocos paseantes, solitarios: una mujer elegante que acompañaba dócilmente a un perro y deteníase cuando éste se paraba; un sospechoso vagabundo, mal vestido, que probablemente había subido de los fosos de las fortificaciones; una extraña vieja con un bolsón de tapicería; un modesto rentista del barrio. A veces, a lo largo de los lagos, un jinete, una amazona. Saltaban sobre sus caballos con un ritmo regular; las cuatro patas del animal lanzaban en torno terrones de tierra con un ruido sordo.

En la punta de la isla, en medio de masas de verdor, el techo cónico de un quiosco hacía pensar en algún paisaje pueril de un Japón de estampa, y se reflejaba, con el caballete del tejado hacia abajo, en el fondo del lago lleno de nubes. Un olor de fango llegaba al olfato. Desde lo alto de las orillas en declive veíanse las pequeñas embarcaciones que hendían suavemente las durmientes aguas color de bronce. Oíanse las cuñas girando bajo el esfuerzo de los remos. Los cisnes dejaban detrás de ellos un remolino triangular, que se borraba poco a poco.

Odette avanzaba por las vías tranquilas. Los paseantes se lanzaban miradas complacientes.

Desde lejos reconoció Odette al doctor de Ansauvillers, con su elevada estatura, su traje oscuro, y sus ojos, grandes y zalameros, de un claro azul, de un hermoso azul de agua.

A veces le tomaban por judío, por uno de esos bellos judíos que conservan de generación en generación, entre pueblos diversos, la soberbia y la gracia orientales de los reyes de Judá.

Ella le tendió la mano. El la retuvo largo rato entre las suyas. Y en seguida, con instinto de mujer, con el deseo de dar un gran precio al favor otorgado, dijo Odette:

—He hecho mal en aceptar la entrevista. Si mamá lo supiera me regañaría, me prohibiría que volviese a verle, y tendría razón.

Se sonrió afectuosamente y exclamó:

—Sin embargo, usted sale sola para ir al *tennis*.

—Salgo sola o en compañía de alguna amiga. Pero es la primera vez, puede usted creerlo, que acepto una entrevista.

Ella le miraba a los ojos con un atrevimiento ingenuo y turbador. Y sus claras pupilas y su voz franca querían hacerle comprender que era sincera, que iba hacia él con todo el impulso de su corazón confiado; que iba hacia él —podía creerlo— de una manera grave, consciente y apasionada, y que, verdaderamente, por primera vez en su vida.

Ansauvillers comprendió en seguida su influencia sobre aquella alma nueva. Sonrió a sus pensamientos... Y muy suavemente, mien-

tras le dirigía elogios a su *toilette* —pues conocía las palabras que había que decir a las mujeres—, la llevó hacia una avenida desierta. La cogió del brazo familiarmente, pero ella se desasíó sin afectación.

—Odette, desde que le fui presentado, hemos sostenido largas conversaciones en las avenidas del Bosque, en casa de amigos comunes, o en casa de sus padres, durante comidas o conciertos. Hemos cambiado las ideas de dos jóvenes que desean conocerse. He creído comprender que a usted no le disgustaba mi compañía. ¿Me habré equivocado?

—Ya sabe usted que no.

—Gracias —dijo con voz emocionada—. Habrá usted adivinado, sin duda, que mi simpatía por usted se ha cambiado poco a poco en un sentimiento más tierno. Yo la amo a usted, Odette.

Ella se puso pálida.

Con los ojos bajos, volvía la cabeza hacia el lago. Retrasaba la marcha, como si no tuviese fuerzas para andar, y apretaba el cierre del bolso, maquinal y nerviosa.

Ansauvillers prosiguió:

—Antes de presentarme a sus padres para pedirles su mano he querido hablar con usted. La consultarán. Piense, cuando dé su contestación, que toda su felicidad depende de ella. Piense en la ternura sincera y eterna que anhelo consagrarle. He querido darle a conocer esta ternura; he esperado conmoverla, emocionarla, ejercer alguna influencia sobre usted...

Expresábase con la entonación de cierto actor del Teatro de la Comedia, a quien vió una tarde, en la escena, con espectación indecible. Habíase sentido emocionada, bien se acordaba de ello, al oír las palabras de amor dichas por aquel guapo mozo, tan elegante, tan simpático, tan atrayente.

Entonces pensó en el doctor Ansauvillers, pues ya ocupaba un gran lugar en sus preocupaciones de muchacha. Parecíale a Odette que sería dulce y emocionante oírle hablar de aquella manera. Presentía, adivinaba, estaba casi segura de que aquello tendría lugar algún día.

¡Y he aquí que aquel día había llegado! Estaba encantada. Se ensanchaba. Su pecho, palpitante, alzaba la tela del vestido con el ritmo de una precipitada respiración.

Mauricio continuó diciendo:

—Si recibo un no, me alejaré de aquí, Odette. Seguiré al Príncipe cuando regrese a su país. Me estableceré allí. No volveré a verla nunca más. Si recibo un no, no quiero volverla a ver; sería mi pena demasiado grande...

—No recibirá usted un no —dijo ella simplemente, en voz muy baja.

De nuevo él le cogió el brazo. Odette se abandonó esta vez, mientras Mauricio le repetía con voz penetrante:

—¡Odette! ¡Querida Odette!

Verdaderamente tenía necesidad de sentirse sostenida. Desfallecía de felicidad. El apretaba contra su cuerpo el brazo dócil de la joven, y de esta forma se miraron unos instantes, sin hablar, bajo la bóveda de ramas violetas.

Esquivaban la ruta frecuentada, conduciendo así sus pasos gemelos de enamorados hacia las soledades acogedoras.

III

El sol de las mañanas de noviembre aparecía, por fin, en el cielo de un pálido azul de iris, de un azul desteñido, desleído, con venas de lechosas blancuras. Tenía el aspecto de tener frío aquel sol sin rayos, por encima del bosque rojo y violeta, todavía lleno de humedad.

Mauricio de Ansauvillers seguía cogido del brazo de Odette. Apretóle debajo del suyo, y sus manos se juntaron entrelazándose los dedos. Preguntó dulcemente:

—¿Cree usted que sus padres nos darán su consentimiento?

Ella afirmó, sonriendo con soberbia confianza:

—Mis padres hacen todo lo que yo quiero.

Mauricio comprendió que había estado hábil dirigiéndose desde el principio a aquella muchacha sensible, voluntariosa y mimada. Ella le amaba; no le cabía duda alguna. Exigiría ser su marido, y no dejaría escapar la ocasión. Sin embargo, aún tenía miedo de una cosa, y añadió:

—Mi querida Odette, usted ve las cosas con sus lindos ojos de veinte años.

(Continuará en el número próximo.)

RECEPCIÓN EN EL PALACIO DE MONTIJO



RESULTÓ concurridísima la recepción de la Condesa de Montijo, que el domingo último hizo bailar.

No se hablaba más que de la terrible cuestión de las peinetas de teja.

Terminó ya esta contienda que aparecía formidable, y todo se ha reducido a que vuelvan a los rincones donde se guardaban las manzanas de la discordia, los emblemas del antiguo traje regional, la peineta, la mantilla y la basquiña.

Una sencilla evolución de la moda ha estado a punto de producir trascendentales consecuencias políticas; la gente *comm'il faut*, a quien se acusa de ser afrancesada, es quien ha hecho alarde de españolismo.

Y una de las damas más jóvenes de la vieja aristocracia, la marquesa de Valmediano —hija de uno de los principales personajes de la situación, el general Echagüe, nombrado Conde del Serrallo estos días—, fué la primera que resucitó el traje de nuestras abuelas.

Sin la prudencia del joven monarca, el cual exigió a la autoridad civil la responsabilidad de cuanto sucediese en Fuente Castellana, ¿quién sabe las dolorosas escenas que habríamos presenciado?

Después de las borrascas, calma completa; y el resultado principal es una farsa que Arderius ha exhibido en su teatro, con el título de *La Fuente Castellana o Peinetas y Mantillas*, y que no produjo ni frío ni calor.

Pero me he entretenido más de lo que creía en bosquejar cuestión tan baladí, y vuelvo presurosa a la fiesta de la Condesa de Montijo, que ofrecía, entre otros atractivos, el de unos cuadros vivos presentados con rara exactitud y notable efecto, y el de una lectura de composiciones poéticas por los señores Chico de Guzmán y Campoamor. Este último poeta, mago de la sensibilidad, ha sorprendido gratamente a la concurrencia con el anuncio de un nuevo tomo de poesías, que, por las trazas, alcanzarán no menos fama que sus ya célebres *Doloras*.

Sin embargo, aquel regalo del oído y del espíritu no me ha impedido recrearme en la contemplación de las preciosas *toilettes* —menos lindas, por supuesto, que las que tan ricas galas ostentaban— reveladoras de las nuevas tendencias de la moda.

He visto en las señoras mayores preciosos vestidos de gro, de tafetán o de terciopelo lila, negro, color de pensamiento o de yema de huevo; los volantes se hacen mucho festoneados y adornados con franjas bordadas; los lazos de la espalda y los bieses que adornan las faldas, las sobrefaldas y los corpiños, son de raso. Muchos corpiños llevan tirantes de encaje negro.

He visto en una señorita un modelo tan elegante y nuevo que no resisto al placer de describirlo. La primera falda era de gasa blanca y la segunda de gasa rosa con adornos de raso y rizados de encaje; el delantero, echado hacia atrás y fijado por medio de un lazo de grandes caídas; el corpiño, alto y con aldetas; las magas, anchas, de muselina, con flores bordadas de aplicación y volantes de encaje de Brujas; el escote, formando un pico de por lo menos tres dedos, cuyo atrevimiento atenuaba acertadamente una corbata de encaje con cinta de raso. En la cabeza, unas encantadoras rosetas de cinta color *cabellos de la reina* completaban el tocado de la damita, nueva demostración de que para las señoritas nada hay más encantador y de mejor gusto que la sencillez.

A la salida me fijé en los paletós de verano y pude observar con satisfacción que estas prendas, tan útiles como elegantes, ofrecen el presente año mucha novedad y variación.

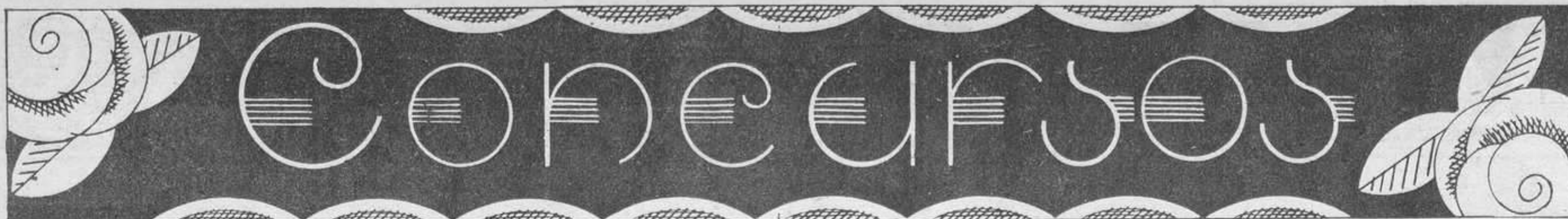
Los paletós sacos, o paletós rectos, han sido casi completamente postergados, sucediéndoles los paletós cortos y ajustados o semiajustados; es decir, ceñidos por detrás y rectos por delante.

En general, los paletós rectos o semiajustados se hacen en lana, merino o cachemir, casi siempre en negro, y se usan para el paseo.

Casi todos los que admiré el domingo último a la salida de la fiesta en casa de la condesa de Montijo eran de tafetán, gro, reps de seda o terciopelo y muy ajustados, marcando la línea del talle, que nuestras bellas elegantes se ingenian con éxito en llevar cada día más fino.

Mucho se lamentó —sin que el sentimiento general lograra deslucir tan brillante fiesta— la ausencia de la marquesa de Morante, retenida en casa por un motivo desagradable: el arresto de su hijo primogénito, el joven oficial D. Joaquín Ossorio, encerrado en las prisiones de San Francisco por no haber querido jurar al rey Amadeo.





LO PASADO — LO PRESENTE — LO FUTURO

Desearíamos reflejar, por medio de este primer Concurso, el auténtico espíritu de la mujer española contemporánea. ¿Cómo hacerlo? Si os preguntamos, amables lectoras, inteligentes, sensitivas lectoras, *cómo sois*, difícilmente lograríamos nuestro propósito. El espíritu es aún más pudoroso que su habitáculo (cuyos menudos pies, si del vuestro se trata, beso reverente).

Veamos un medio indirecto. Veamos, si es posible, que os defináis sin decirlo, que os descubráis sin saberlo, que nos contestéis cómo sois sin que os lo hayamos preguntado.

PASADO, PRESENTE, FUTURO. Los tres lados del triángulo eterno. ¿Qué son para vosotras? Por aquí está tal vez la solución. Si nos decís algo de vuestro pasado, algo de vuestro presente, algo que con vuestro porvenir se relacione, habréis esculpido una estatua a imagen y semejanza vuestra.

¿Os agrada este ejercicio? La vida no es nada o es un arte de mejor conocerse y de mejor conocer a nuestros semejantes. Por eso creemos que nuestro primer Concurso ha de interesaros grandemente y ha de resultar lleno de belleza y de exquisitez, puesto que ha de reflejar el espíritu de la mujer española.

El Concurso consistirá en relatar **UN BUENO Y UN MAL RECUERDO** (*Lo Pasado*) de vuestra propia vida. En declarar cuáles son en la actualidad vuestras **PREFERENCIAS Y ANTIPATIAS** (*Lo Presente*). En describir **UN DESEO Y UN TEMOR** (*Lo Futuro*) que surgen en vosotras cuando miráis al porvenir.

CONDICIONES DEL CONCURSO

1.ª Las respuestas, escritas a máquina o con letra muy clara, por un sólo lado del papel, contestarán separadamente a cada una de las tres partes del cuestionario:

I.—Un bueno y un mal recuerdo.

II.—Mis preferencias y mis antipatías.

III.—Un deseo y un temor.

2.ª Como el espacio de que disponemos es limitado y esperamos muchas respuestas, encarecemos a nuestras lectoras la posible concisión. La brevedad aquí, como en todas partes, será una virtud.

3.ª Las respuestas podrán firmarse con el nombre de su autora o con un seudónimo. Cuando deban publicarse con seudónimo convendrá (pero no lo exigimos) que se nos diga el nombre verdadero y dirección de la autora para el caso de que sus respuestas obtengan premio.

4.ª Concederemos cuatro premios, que se repartirán en la siguiente forma:

1.º A la mejor respuesta sobre las tres cuestiones.

2.º A la mejor respuesta sobre la primera cuestión.

3.º A la mejor respuesta sobre la segunda.

4.º A la mejor respuesta sobre la tercera.

5.ª Los premios se adjudicarán mediante votación de las lectoras de MUJER. Oportunamente publicaremos la forma de la votación.

PREGUNTAS INDISCRETAS

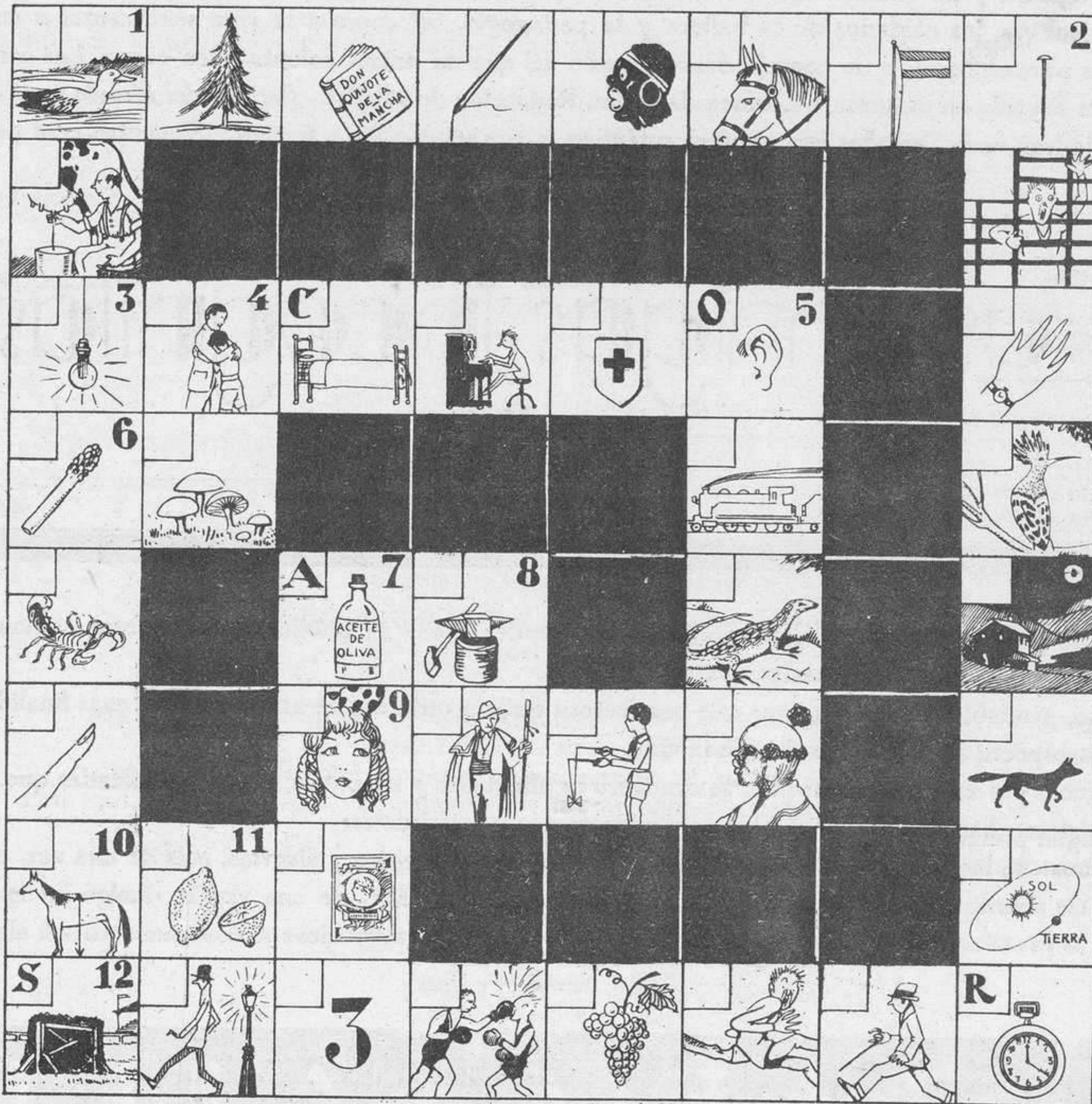
¿Qué es flirteo?

Si consultáis la última edición del Diccionario de la Academia obtendréis este resultado: *Flirteo, flirtear* no son palabras españolas. En cambio, lo son *espichón, crascitar* y *rosmarino*. ¿Lo hubieran sospechado ustedes? ¿Qué deducir? ¿Que en España hay rosmarinos y espichones, pero no flirteo? ¿Que si en nuestra tierra es frecuente el crascitar, no se ha visto jamás a nadie flirteando? ¿O que eso de definir lo que es flirtear y flirteo es cosa de más cuidado de lo que parece? Sea como quiera, a nosotros se nos ha ocurrido intentar el suplir tamaña deficiencia del Diccionario nuevo, e invitar a nuestras lectoras a que definan el *flirteo*. ¿Qué es, pues, *flirteo*? Publicaremos todas las respuestas ingeniosas o interesantes que recibamos. Para las mejores, concederemos premios oportunamente. Al remitir las respuestas (que deben escribirse con letra clara por un sólo lado del papel) debe indicarse la firma con que se han de publicar.

¿CÓMO SUSCRIBIRSE A MUJER, REVISTA DEL MUNDO Y DE LA MODA, COMPLETAMENTE GRATIS?

Muy sencillo. Buscáis seis amigas que se suscriban por un año (gratis también; ahora veréis cómo). Nos enviáis vuestra dirección y la de vuestras seis amigas (total, *siete*) con el importe sólo de *seis* suscripciones; la suscripción vuestra la serviremos gratis. Como cada amiga vuestra puede reunir otras siete suscripciones, también para ellas será gratis la suscripción, porque el importe de una de las siete suscripciones puede guardárselo para reembolsarse lo que pagó por la suya.

Ejemplo: María obtiene que se suscriban sus amigas Luisa, Mercedes, Lola, Matilde, Pilar y Margarita; son siete suscripciones de un año. María nos manda el importe de seis suscripciones y nosotros le enviamos siete: una (la suya) gratis. Pero después Luisa obtiene que se suscriban Julia, Milagros, Teresa, Lucía, Rosa, Carmen y Casilda y recoge el importe de siete suscripciones; pero como una de las siete se la enviamos gratis, Luisa puede enviarnos solamente el importe de seis, y el importe de la séptima se lo guarda para reembolsarse lo que pagó a María por su suscripción, que, por tanto, le resulta también gratis. Y lo mismo que Luisa pueden hacer Mercedes, Lola, Matilde, Pilar..., todas, en fin, las que tengan siete amigas a las que haga ver que sólo con buscar otras siete puede suscribirse a MUJER, *completamente gratis*. También puede María suscribirse, desde luego, antes de hablar a sus amigas, y después, en vez de seis, buscar siete amigas (como Luisa), con lo que tendrá, por de pronto, su suscripción sin esperar a reunir las siete; y cuando las reúna, se reembolsará el pago hecho.



GRAN CONCURSO DE
PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS
 PREMIOS por
 pesetas **1.000** en metálico.

1.^{er} premio, 500 pesetas en metálico.
 2.^o — 200 — —
 3.^o — 00 — —
 4.^o a 7.^o — 25 — —
 8.^o a 17 — 10 — —

Total . . 1.000 pesetas en metálico.

Este concurso presenta una interesante novedad en el universal pasatiempo de palabras cruzadas, que apasiona a millones de lectores en el mundo entero, y además ofrece, a los solucionistas, premios en España excepcionales. Basta para tomar parte en este concurso, adivinar qué objeto representa cada dibujo. Una vez adivinado esto, sabemos que la inicial de lo representado es la letra que corresponde a cada cuadrado. Estas letras tienen que formar entre sí una palabra, cuya palabra ha de empezar siempre en un cuadrado numerado y terminar en un cuadrado negro. Veamos un ejemplo:

ALTO	RAMA	OLLA
MULA		RESTA
ONCE	SANTO	ASA

En este ejemplo vemos que Alto, Rama y Olla, las tres cosas representadas en los dibujos, forman con sus iniciales la palabra Aro. Las palabras Alto, Mula y Once, Aro; y las de Once, Santo y Asa, forman la de Osa, así como Olla, Resta y Asa, forman la de Ora. De manera que lo que hay que averiguar es el nombre de los objetos representados y poner la inicial en el cuadrado de la derecha. En algunos cuadros las letras están ya escritas para hacer más fácil la solución. Por lo tanto, es bien sencillo. ¡Alguien tiene que ganar 500 pesetas!

Advertimos aquí que en el texto de las palabras cruzadas ilustradas existen algunas abreviaturas corrientes, tales como S. M., Vd., Ptas., etc., como también se incluirán nombres geográficos e históricos.

Si los problemas os parecen un poco complicados, acordáos de que, aunque mandéis una solución incompleta, podéis alcanzar el primer premio.

Si ningún concursante envía una solución perfecta, los premios serán, por su orden, para las más aproximadas.

REGLAS

1.^a Este concurso constará de 14 problemas. Estos problemas se publicarán en la revista MUJER. La Editorial «Saturnino Calleja», S. A., se reserva el derecho de extender este concurso a otras revistas suyas si así le conviene.

2.^a La solución consiste en escribir en los cuadritos blancos que hay a la derecha de cada cuadrado grande, la letra que corresponda a la inicial de la cosa representada por el dibujo. Después de escribir todas las letras en los cuadritos correspondientes, se recortará la página para enviarla de acuerdo con la regla siguiente.

3.^a Las soluciones habrán de enviarse todas juntas al final del concurso. Cualquier solución que llegue suelta no será tomada en consideración.

4.^a El tomar parte en este concurso supone la aceptación de todas las condiciones y la renuncia a toda reclamación.

5.^a Cada lector podrá mandar tantas series de soluciones como crea conveniente.

El primer premio de 500 pesetas será adjudicado al concursante que mande todos los problemas con su solución exacta. Si no hay ninguno que envíe todas las soluciones exactas, el premio será adjudicado a aquél que tenga menos faltas en sus soluciones.

6.^a EN CASO DE EMPATE, el Jurado se reserva el derecho de dividir los premios como le parezca más conveniente.

7.^a Aunque todo lector tiene derecho a mandar tantas soluciones como desee, un lector no podrá ganar más de un premio.

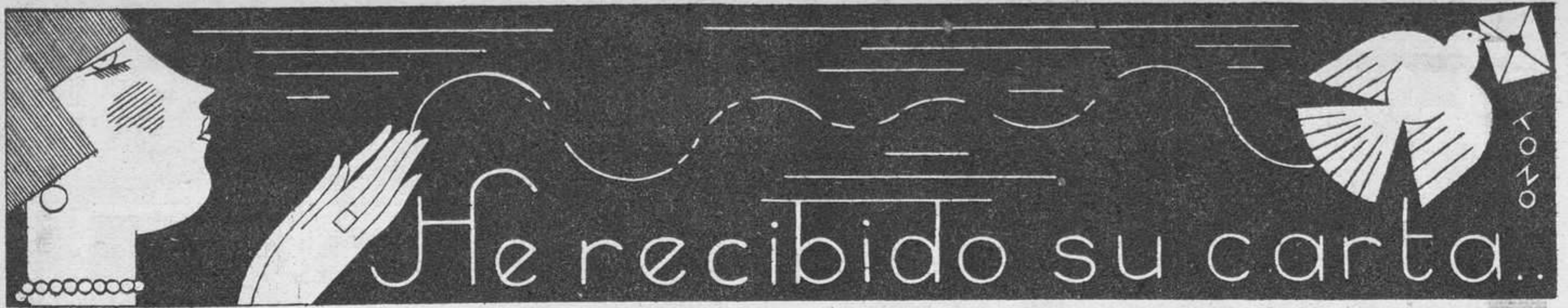
8.^a Si un lector manda más de una serie de soluciones, tendrá que mandarlas en sobres separados.

9.^a Las soluciones tendrán que estar escritas claramente y con tinta sobre el mismo dibujo aquí publicado. Aquellas que estén confusas o hechas sobre calcos, etc., serán descalificadas.

10.^a No se mantendrá correspondencia acerca de este concurso.

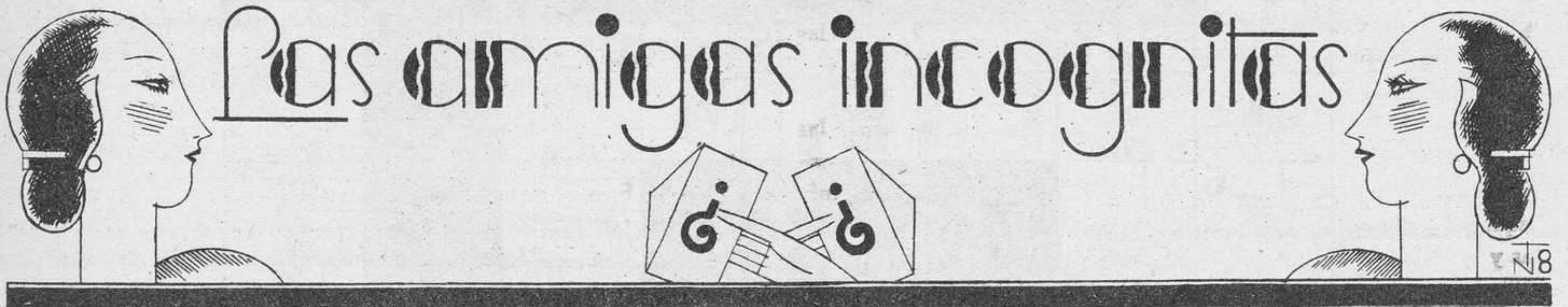
11.^a La lista de premios será publicada lo más pronto posible.

12.^a Ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., ni de la Redacción de MUJER podrá tomar parte en este concurso.



... lectora amable; es decir, por ahora me limito a esperarla y a prometerle a usted poner en la respuesta todo mi interés, todo mi deseo de agradar y de ser útil a quienes me honren con su confianza y sus consultas referentes ya a la moda, ya al hogar o a la puericultura, los cuidados de la belleza y la pedagogía, así como a la vida sentimental o cultural y, en fin, a cuantos problemas puedan requerir un consejo desinteresado del que mi buena voluntad sea capaz. Las cartas que hayan de contestarse en esta Sección se dirigirán a Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda, Apartado 447, Madrid. Podrán venir firmadas con nombre auténtico, o con seudónimo o iniciales. Se contestarán por riguroso orden de recepción.

CARMEN DE ÁVILA.



En esta sección, las lectoras de MUJER podrán corresponder entre sí; publicaremos cuantas comunicaciones se nos envíen, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

En un principio, probablemente, las cartas que una lectora dirija a otra, o a otras, no tendrán más finalidad que la de pedir o dar consejos respecto a cualquier orden de la vida.

Pero poco a poco, por este medio sencillo, se descubrirán afinidades y simpatías; nacerán amistades que, por su carácter exclusivamente epistolar, han de resultar doblemente interesantes y espirituales.

Y en el transcurso de los días, en el flujo y reflujo de la vida con sus penas y alegrías, más de una vez, una amistad entablada a través de las columnas de MUJER será consuelo y ayuda eficaz. Más de una vez, la «amiga incógnita» resultará la más comprensiva, la predilecta, como si el desconocimiento de la persona favoreciese al conocimiento del alma y del corazón.



Un prejuicio infundado y un confundir cosas, no ya distantes y distintas, sino opuestas—la literata pedante, *marimacho* y rata sabia, con la mujer que transmite a su pluma la agilidad de su inteligencia y la emotividad de su corazón—, es la causa lamentable de que infinidad de españolas oculten, cuál pecado, *que escriben*.

Escribir es quizá la más noble actividad humana y la más placentera. Y las españolas, en general—pese a una leyenda estulta—, escriben muy bien; porque si a veces les falta entrenamiento, casi siempre les sobra buen gusto y espiritualidad.

A todas: las que escriben y no se ruborizan por ello, las que escribían *en secreto* y para ellas solas, las que nunca han probado a escribir, MUJER les invita a hacerlo y a enviarnos sus producciones. ¿Cuáles? ¿Sobre qué? Todas, y sobre todo: los fragmentos de un diario en que anotáis momentos de vuestra vida; la crónica en que se refleja la emoción producida por un paisaje; las impresiones, los relatos, los comentarios sobre temas diversos... ¿Cuál de vosotras no ha escrito algo así, aunque no fuese sino en vuestra correspondencia epistolar? Algunas han dado un paso más, y han compuesto un poema o han escrito unos cuentos, o unos diálogos de pura imaginación. Enviádnoslo todo. Aquí tendremos siempre espacio reservado para honrarnos publicando lo que nos enviéis. Queremos demostrar que en esto, como en todo, la mujer española no cede a la de país alguno, apenas se le dan medios de ejercitar las cualidades admirables que pueden, en algún caso, estar dormidas, pero y que existen merecen todos los cuidados y no pocos homenajes.

Los trabajos que se nos envíen para *La página de las lectoras* (los hombres quedan excluidos de esta Sección) pueden, a voluntad de la autora, publicarse con su nombre, seudónimo o con unas simples iniciales.

En números sucesivos daremos mayor cantidad de texto de las novelas **MONINA** de Gyp y **DOS AMIGAS** de Le Cœur, que hemos tenido que reducir a límites excepcionales en los números 2, 3 y 4, en beneficio de la variedad y abundancia de otras secciones.

GRATIS, Y DINERO ENCIMA

En otro lugar de este número explicamos el sencillo procedimiento mediante el cual todo el mundo puede suscribirse a nuestra Revista "MUJER" COMPLETAMENTE GRATIS. No bastándonos esto, ofrecemos, además, a los primeros diez mil suscriptores por un año, COMPLETAMENTE GRATIS TAMBIÉN, el regalo de uno (el suscriptor puede elegir el lote que prefiera) de los lotes de libros siguientes: (Se marcan con asterisco aquellos libros que pueden dejarse en todas las manos.) Se puede sustituir un libro de un lote por otro de un lote distinto con tal que ambos sean del mismo precio.

Lote 1.—Un ejemplar de LOS MAESTROS DEL ARTE MODERNO, por el autorizado crítico español Juan de la Encina, obra ilustrada con 45 magníficas láminas fuera de texto, en papel *couché*, y que vale 12 pesetas.

Lote 2.—Cinco tomos, a elegir, de la COLECCION POPULAR DE ARTE, ilustrada con láminas, en papel *couché*, y que cada uno de los cuales vale 2,50 pesetas. Los títulos son los siguientes:

A. SÁNCHEZ RIVERO. *Los grabados de Goya.* * RICARDO DE ORUETA. *Gregorio Hernández.* * V. LAMPÉREZ ROMEA. *Los Grandes Monasterios Españoles.*
 JUAN DE LA ENCINA. *Julio Antonio.* * F. J. SÁNCHEZ CANTÓN. *Los arfes.* * J. MORENO VILLA. *Velázquez.*

Lote 3.—Cuatro tomos, a elegir, de los libros siguientes:

	<u>Ptas.</u>		<u>Ptas.</u>
ANDRENIO. <i>Novelas y novelistas</i>	4,50	MANUEL BUENO. <i>En el umbral de la vida</i>	4,—
EUGENIO D'ORS. <i>Glosas</i>	4,50	* MANUEL GÁLVEZ. <i>El solar de la raza</i>	4,50
* G. K. CHESTERTON. <i>Pequeña Historia de Inglaterra</i>	5,—	* RAFAEL CALLEJA. <i>Rusia, espejo saludable para uso de pobres y ricos</i>	5,—
* J. CASARES. <i>Crítica efímera, I</i>	4,50	* RAMÓN PÉREZ DE AYALA. <i>Política y toros</i>	4,50
* — — — <i>II</i>	4,50	— — — <i>Las máscaras, I</i>	4,50
* G. DUHAMEL. <i>Vida de los mártires</i>	6,—	— — — <i>II</i>	5,—
* G. K. CHESTERTON. <i>El candor del Padre Brown</i>	6,—	— — — <i>Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones</i>	5,—
* — — — <i>El hombre que fué jueves</i>	6,—	— — — <i>El sendero andante</i>	6,—
ANDRÉS GIDE. <i>La puerta estrecha</i>	6,—	* CONDE WHITE. <i>Sus memorias, dos tomos</i>	12,—
* F. ISCAR-PEYRA. <i>La bolsa y la vida</i>	6,—	* J. FRANCO RODRÍGUEZ. <i>Días de la regencia</i>	4,50
* E. DE GORBEA. <i>Magerit</i>	4,50	ARMANDO DONOSO. <i>Dostoevski, Renán. Pérez Galdós</i>	5,—
* JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA. <i>El poema de la pampa</i>	4,—	ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. <i>Las señales furtivas</i>	3,50
* — — — <i>La intimidación literaria</i>	4,—	— — — <i>El romero alucinado</i>	3,50
J. MORENO VILLA. <i>Evoluciones</i>	4,—		
* LUIS BELLO. <i>Ensayos e imaginaciones sobre Madrid</i>	4,—		
MANUEL AZAÑA. <i>Estudios de política francesa contemporánea</i>	4,50		

Lote 4.—Cinco tomos, a elegir, entre los siguientes:

	<u>Ptas.</u>		<u>Ptas.</u>
JUAN DE VALDÉS. <i>Diálogo de la lengua, un tomo</i>	2,50	* CIRICÍ VENTALLÓ. <i>La tragedia del diputado Anfruns, un tomo</i>	2,50
* BALTASAR CASTIGLIONE. <i>El cortesano, un tomo</i>	2,50	* LAS CASES. <i>Napoleón explicado por sí mismo, tres tomos</i> ..	7,50
E. GÓMEZ CARRILLO. <i>La sonrisa de la esfinge, un tomo</i>	2,50	* PLUTARCO. <i>Vidas de hombres ilustres, un tomo</i>	2,50
* DON JUAN MANUEL. <i>El conde Lucanor, un tomo</i>	2,50		

Lote 5.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN PALMA, cuyo precio es de 3 pesetas, y cuyos títulos son los siguientes:

SHAKESPEARE. <i>Hamlet.</i>	G. D'ANNUNZIO. <i>Sueños de las estaciones.</i>	MOLIÈRE. <i>El avaro. El casamiento y la fuerza.</i>
— <i>Macbeth.</i>	A. DE MUSSET. <i>No hay burlas con el amor.</i>	MARIVAUX. <i>Juegos de amor y de azar. El legado.</i>
A. DUMAS (Hijo). <i>La Dama de las Camelias.</i>	— <i>Fantasio. El candelero.</i>	LOPE DE VEGA. <i>La estrella de Sevilla.</i>
H. MURGER. <i>La vida de bohemia.</i>	GOETHE. <i>Fausto.</i>	ANDREIEF. <i>Gaudeamus.</i>
A. DUMAS (Hijo). <i>Demi-monde.</i>	* E. AUGIER Y J. SANDEAU. <i>La felicidad de Antonieta.</i>	A. DE MUSSET. <i>Lorenzaccio.</i>
M. MAETERLINCK. <i>Peleas y Melisenda.</i>	BJORNSON. <i>Leonarda.</i>	M. GORKI. <i>En el fondo.</i>
— <i>La Princesa Malena.</i>		

Lote 6.—Seis libros, a elegir, de la preciosa COLECCIÓN IRIS, cuyo precio es de 2 pesetas cada uno, y cuyos títulos son los siguientes:

GOETHE. <i>Germán y Dorotea.</i>	JOAQUÍN MONTANER. <i>Los iluminados.</i>	SCHILLER. <i>Primavera de amor.</i>
J. GORDINE. <i>Sol de la aldea.</i>	TOMÁS BORRÁS. <i>El hombre más guapo del mundo.</i>	DUMAS. <i>Cesarina.</i>
TURGUENEF. <i>Canción del amor triunfante.</i>		MERIMÉE. <i>La venus de Ylle.</i>
		ALBERTO INSÚA. <i>Las alas rotas.</i>

Lote 7.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

SALOMÓN. <i>Proverbios</i>	2 pesetas.	* JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA. <i>El muchacho español</i>	3 pesetas.
EPICTETO. <i>Máximas</i>	2 —	SILENO. <i>Caricaturas</i>	3 —

Lote 8.—Cinco tomos, a elegir, de la interesante COLECCION DE MANUALES CALLEJA, de *Ciencia, Literatura y Conocimientos prácticos*. El precio de cada tomo es de **2,50** ptas., y sus títulos son los siguientes:

- | | | |
|---|---|--|
| ADAM. <i>Platón. Sus ideales morales y políticos.</i> | * TH. ACHLOESING FILS. <i>Química Agrícola.</i> | * BARDIN. <i>El motor de explosión aplicado a la aviación.</i> |
| * CARPENTER. <i>Vida de los insectos.</i> | * CORNEVIN. <i>Las vacas de leche.</i> | C. H. W. JOHNS. <i>Babilonia.</i> |
| | * VERMAND. <i>Motores de gas y de petróleo.</i> | |

Lote 9.—Un ejemplar de la obra

F. BARÓ. *La locomotora moderna*, ilustrada con infinidad de grabados en el texto y fuera del texto, en papel couché..... 18 pesetas.

Lote 10.—Un ejemplar de la obra

A. GÉNOVA. *Submarinos*, ilustrada con láminas fuera de texto, grabados y gráficos..... 18 —

Lote 11.—Un ejemplar de la obra

* SPITZY. *La educación física del niño*, magnífico tomo ilustrado con 195 grabados fuera del texto 15 —

Lote 12.—Un ejemplar de los dos libros siguientes:

- | | |
|---|-----|
| * <i>Atlas postal de España y Marruecos</i> , un tomo en folio, con 50 mapas tirados sobre papel de lujo..... | 5 — |
| * BARÓ Y VILLAR. <i>Atlas Enciclopédico de España</i> , cuadernos de las provincias de Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, Madrid y Vizcaya; precio de cada cuaderno 1,50 pesetas, total..... | 9 — |

Lote 13.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

- | | | | |
|--|---------------|--|-----|
| * G. LEROUX. <i>El hombre que ha visto al diablo</i> | 1,50 pesetas. | * FELIPE SASSONE. <i>La señorita está loca</i> | 4 — |
| ROBERTO LEVILLIER. <i>La tienda de los espejos</i> | 4,50 — | — — — <i>La rosa del mar. A campo traviesa.</i> | 4 — |

Lote 14.—Cuatro libros, a elegir, de la espléndida COLECCIÓN DE GRANDES ESCRITORES MODERNOS, tomos de 300 a 400 páginas. El precio de cada tomo es de **4,50** ptas., y sus títulos son los siguientes:

- | | | |
|---|--|--|
| * B. BJORNSON. <i>La pescadora</i> | PIERRE LOTI. <i>La tercera juventud de Madame Endrina.</i> | L. PERGAUD. <i>La novela de «Mirai», perro de caza.</i> |
| * J. K. HUYSMANS. <i>Vida de Santa Liduvina.</i> | * CARLOS FOLEY. <i>Silvia y su herido.</i> | E. THEURIET. <i>Corazones llagados.</i> |
| PAUL ADAM. <i>Los corazones nuevos.</i> | ARTSEBACHEF. <i>Sanin.</i> | PIERRE LOTI. <i>La primera juventud.</i> |
| KARIN MICHAELIS. <i>La edad peligrosa.</i> | * CARLOS DERENNES. <i>El Pueblo del Polo.</i> | ENRIQUE DE REGNIER. <i>La ilusión de heroísmo de Tito Bassi.</i> |
| * FRANCIS JAMMES. <i>El señor cura de Ocerón.</i> | ABEL HERMANT. <i>Los grandes burgueses.</i> | ABEL HERMANT. <i>Confidencias de una pájara.</i> |
| * JORGE RODENBACH. <i>Museo de Beguinas.</i> | — <i>Los transatlánticos.</i> | G. D'HOVILLE. <i>El seductor.</i> |
| EDUARDO ROD. <i>El sentido de la vida.</i> | MARCELA TINAYRE. <i>La rebelde.</i> | E. JALOUX. <i>Lo demás es silencio.</i> |
| B. BJORNSON. <i>Mary.</i> | GYP. <i>La felicidad de Ginette.</i> | JEAN PSICHARI. <i>La prueba.</i> |
| LEÓN DE TINSEAU. <i>El dolor de amar.</i> | JORGE RODENBACH. <i>El carillonero.</i> | CARLOS FOLEY. <i>El príncipe loco.</i> |
| * HÉCTOR MALOT. <i>Micaelina.</i> | * B. BJORNSON. <i>Un muchacho feliz.</i> | |
| CLEMENCEAU. <i>Los más fuertes.</i> | | |

Lote 15.—Tres libros, a elegir, de la COLECCIÓN NOVELAS PARA MUJERES. El precio de cada tomo es de **4** pesetas, y sus títulos los siguientes:

- | | | |
|--|---|--|
| PEDRO DE RÉPIDE. <i>El maleficio de la U.</i> | ANTONIO DE HOYOS. <i>El remanso.</i> | ALBERTO INSÚA. <i>Maravilla.</i> |
| EDUARDO MARQUINA. <i>El beso en la herida.</i> | F. GARCÍA SANCHIZ. <i>El corazón astrónomo.</i> | * MAURICIO LÓPEZ ROBERTS. <i>El novio.</i> |

Lote 16.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN GRANDES NOVELAS DE AMOR. El precio de cada tomo es de **3,50** pesetas, y sus títulos son los siguientes:

- | | | |
|---|--|-----------------------------------|
| GOETHE. <i>Werther.</i> | * B. DE SAINT-PIERRE. <i>Pablo y Virginia.</i> | JORGE SAND. <i>Ella y él.</i> |
| EL ABATE PREVOST. <i>Manon Lescaut.</i> | A. DUMAS (hijo). <i>La Dama de las Camelias.</i> | TURGUENEF. <i>Nido de nobles.</i> |

Lote 17.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN FÉMINA. Su precio es de **3** pesetas, y los títulos los siguientes:

- | | | |
|--------------------------------------|------------------------------|----------------------------------|
| * LEOPOLDO ALAS. <i>Superchería.</i> | * A. KUPRIN. <i>Oliesia.</i> | * TURGUENEF. <i>Primer amor.</i> |
| * ALFREDO DE MUSSET. <i>Margot.</i> | B. CONSTANT. <i>Adolfo.</i> | — <i>Y así pasó el amor.</i> |

Lote 18.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

- | | | | | | |
|---|-----------|---|-----------|-------------------------------------|-----------|
| KUPRIN. <i>El desafío</i> | 1,65 pts. | * HEADON HILL. <i>El misterio de Monksglade</i> | 1,65 pts. | * DICKENS. <i>Tiempos difíciles</i> | 4,50 pts. |
| * HAWTHORNE. <i>Cuando la tierra era niña</i> | 4,50 — | * — — <i>Su culpa heroica</i> | 1,65 — | PIERRE MAEL. <i>El ogro</i> | 1,65 — |

Lote 19.—Una colección completa de la BIBLIOTECA VARIORUM, cuyos títulos son los siguientes:

- | | | | |
|--|----------|--|-----------|
| CARMEN SILVA. <i>Casado</i> | 4,— pts. | CYRIL BERGER. <i>La maravillosa aventura de Santi Stapleton.</i> | 4,50 pts. |
| DOSTOIEVSKI. <i>Nietotchka Nezvanova</i> | 4,50 — | TURGUENEF. <i>El espadachín</i> | 4 — |

El suscriptor que además de recibir gratis su LOTE de regalo desee adquirir otros libros de los comprendidos en esta lista, podrá hacerlo siendo suscriptor de "MUJER", con un descuento del treinta por ciento sobre su precio marcado.

El LOTE de regalo se podrá recoger completa y absolutamente gratis en la Administración de "MUJER", calle de Valencia, núm. 28. El suscriptor que desee recibirlo a domicilio deberá enviar con el importe de la suscripción **dos** pesetas para gastos de envío del LOTE correspondiente.

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas.

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y legumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18 pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación,
pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

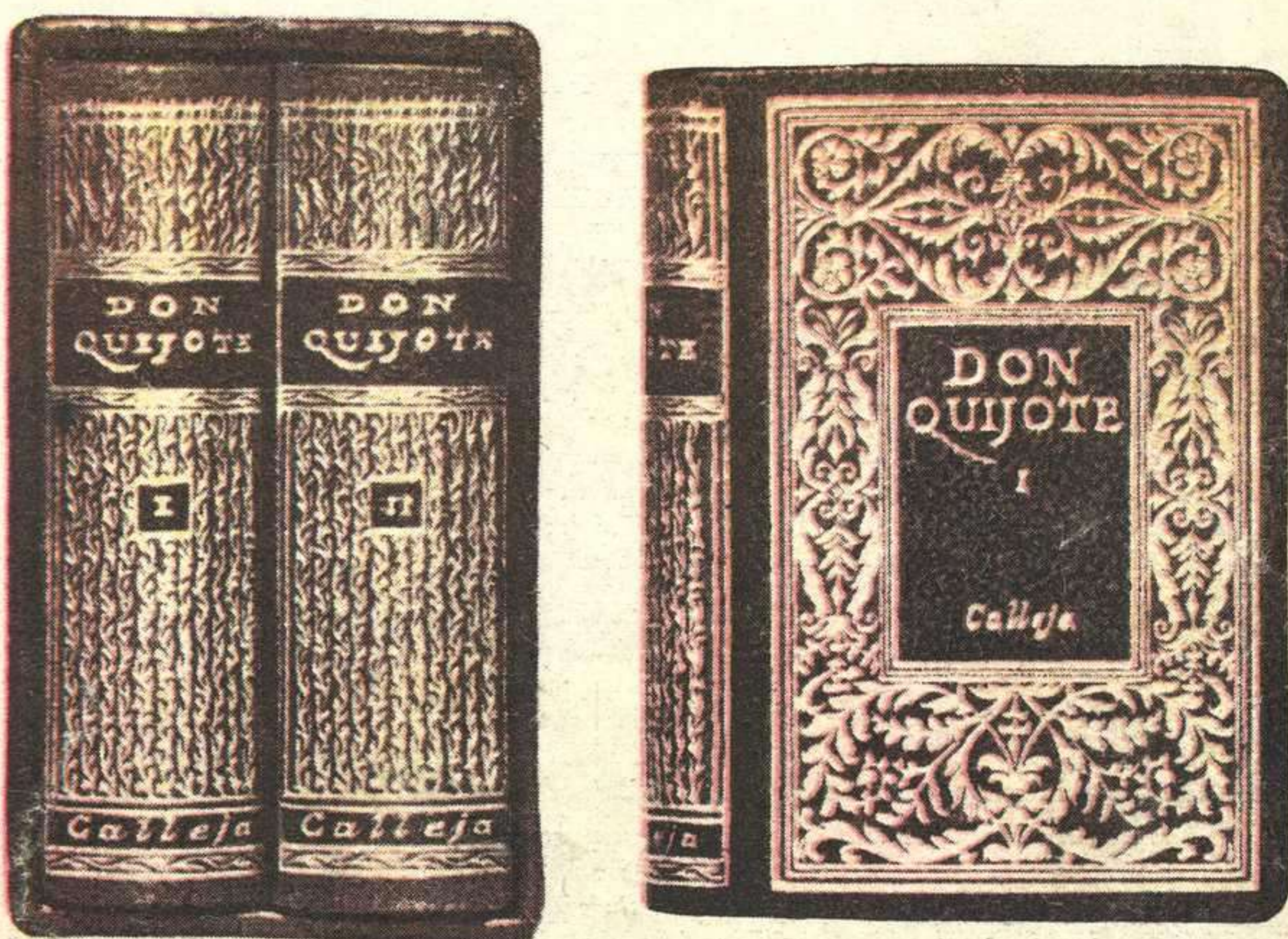
CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID

NUEVAS EDICIONES DEL "QUIJOTE"

Las ediciones Calleja del **Quijote** han sido siempre renombradas y preferidas a todas las similares, por la gran superioridad que sobre ellas siempre alcanzaron.

Dos ediciones nuevas presenta la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» de la obra del príncipe inmortal; y las dos no son superiores a las demás, porque no hay otras que con ellas puedan siquiera compararse. Nuestras anteriores ediciones, con ser tan justamente estimadas, no pueden resistir el parangón. Así lo reconocen cuantos las han visto. Así será juzgado unánimemente por cuantos las admiren.

Supone esta edición tantos y tan considerables esfuerzos editoriales, que seguramente no se reimprimirá. Encuadernación en piel. Ningún bibelot de buen tono es más elegante ni más decorativo sobre el secreter de una señora.



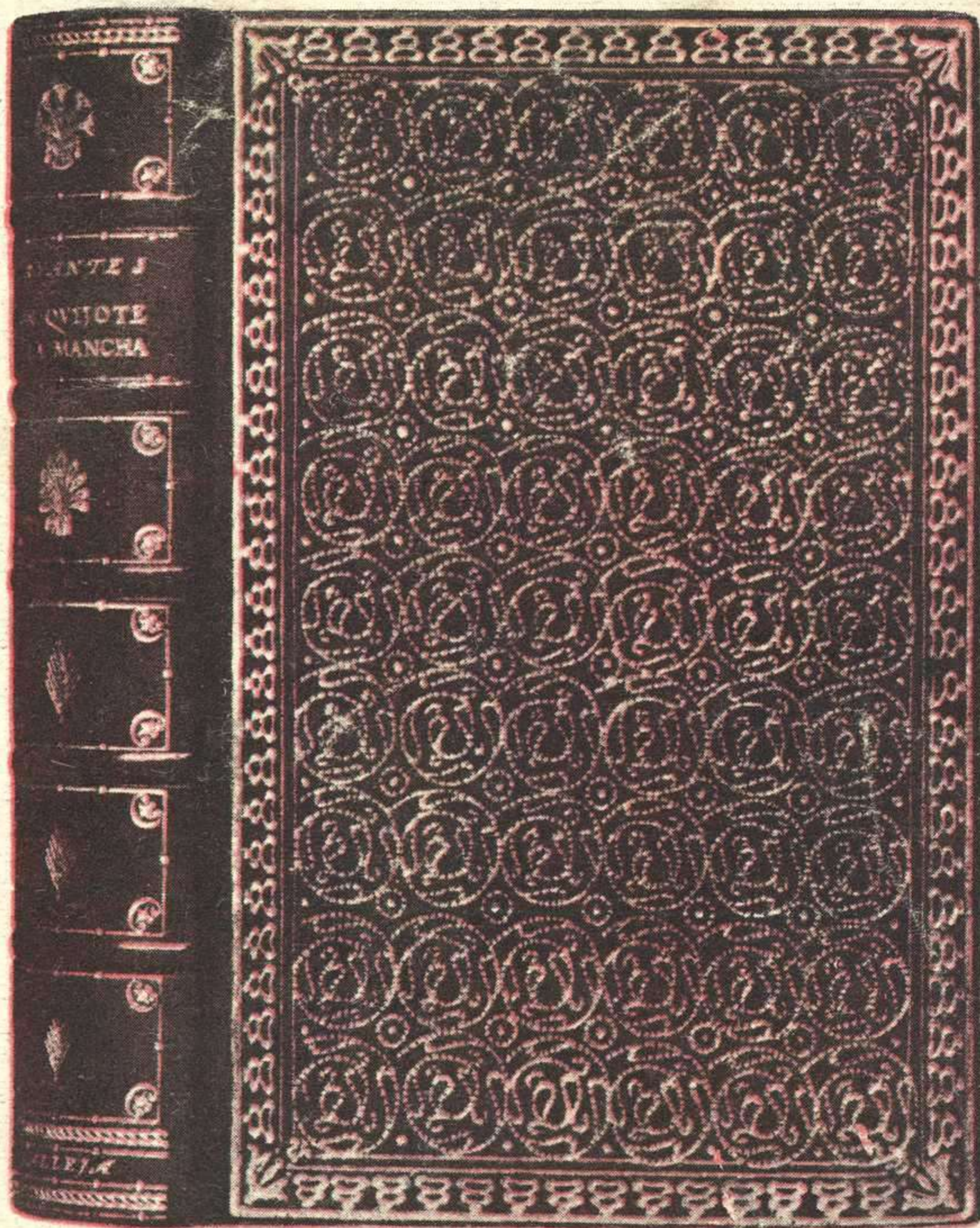
Facsimile, a su tamaño exacto, de **Don Quijote**. Edición miniatura. Texto absolutamente integro. Impresión diminuta, pero perfectamente legible. Dos tomos, 1893 páginas.

Precio, en piel, con estampaciones en oro fino, **24 pesetas.**

*La edición de bolsillo es como un breviario: por su forma, por su tamaño y por su uso. Son muchos, por ventura, los amigos de Cervantes que tienen el **Quijote** por su libro de horas. Son muchos, pues, los que necesitan la edición cómoda, que no abulte ni estorbe; que les acompañe en el paseo, en el viaje; que esté siempre a nuestro alcance, discreto camarada, sobre la mesa, en el saco de mano, en el bolsillo. Y a la par, que sea de fácil lectura, no tanto para el largo recorrer los capítulos imponderables, como para la breve consulta o corto homenaje de los que abren diariamente, siquiera unos minutos, el libro supremo, para regalarse y confortarse en el río, vivo siempre, de tantas galanuras, de tantos siempre nuevos, siempre acrecidos tesoros.*

Encuadernado en piel, con estampaciones en oro fino,

25 pesetas.



Facsimile a su tamaño, de **Don Quijote**, edición de bolsillo.